

Veintiséis puertas



Victoria
Aihar

Veintiséis puertas

Victoria Aihar

Ediciones Dandelion

Derechos de autor © 2024 Victoria Aihar @Ediciones Dandelion

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Título original: veintiséis puertas Autora: Victoria Aihar Corrección: Believe SCT para Ediciones Dandelion Diseño de cubierta: Magical Eyes Designs para Ediciones Dandelion Diagramación: Magical Eyes Designs para Ediciones Dandelion

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Prólogo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	
<u>Capítulo 25</u>	
<u>Capítulo 26</u>	
<u>Capítulo 27</u>	
<u>Capítulo 28</u>	
<u>Capítulo 29</u>	
<u>Capítulo 30</u>	
<u>Capítulo 31</u>	
<u>Capítulo 32</u>	
<u>Capítulo 33</u>	
<u>Capítulo 34</u>	
<u>Capítulo 35</u>	
<u>Capítulo 36</u>	
<u>Capítulo 37</u>	

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)



Dedicatoria

Para aquellos que se aventuran en estas páginas,

Este libro es una oda al amor eterno, a la resiliencia del espíritu humano y a la inquebrantable fortaleza que reside en cada uno de nosotros. Alba y Emiliano nos enseñan que, incluso en los momentos más oscuros, la luz del amor y la esperanza nunca se extingue.

A vos, que te embarcás en este viaje conmigo, te dedico esta historia. Que encuentres en ella la inspiración para superar tus propios desafíos y la certeza de que el amor, en todas sus formas, es la fuerza más poderosa que nos guía.

Y a mi amor, el susurro silencioso en cada amanecer, el refugio en cada tormenta, esta historia lleva impreso mi corazón, como testimonio de un amor que trasciende cualquier final.

Con el corazón en las manos,

Victoria



Prólogo

Estela M. Escudero de Kelly

Al comenzar a leer, la advertencia de la autora: “este libro es una oda al amor eterno”, me anuncia que tendré ante mí una historia de amantes. Luego de finalizar el libro, sé que la oda ha cumplido cabalmente su entrega de emociones: hondas —la de dos enamorados—, y de pasión —la que despierta la música—. Por ello, y con la certeza de que emana de la novela una melodía propia, puedo asegurar que música e instrumentos son importantes personajes secundarios que moldean a los protagonistas.

Y así, Alba, como pianista, es la muestra rotunda de que el único límite que existe es el que erige nuestro miedo. Y que Emiliano toque el saxofón, nos recuerda la clasificación de ese instrumento: transpositor —sus notas suenan más altas o más bajas que las escritas en el pentagrama— y él es eso, y hará música para romper los mandatos trazados.

El idilio, nacido en el claroscuro de un salón de música, avanza a través de breves capítulos —mosaicos del sendero que recorrerán los enamorados— todos preludiados por pasajes que merecen una mención especial por la intensidad de ideas que enmarcan cada escena, con excelencia. Sin caer en la remanida carrera de obstáculos que pone a prueba el amor, la historia muestra su escollo, pero se trata de un punto de inflexión donde Alba y Emiliano —y aquí recordé a Romeo y Julieta y ese su amor rayano en el desborde pasional del primer deslumbramiento que nunca tuvo oportunidad de echar raíces— se enfrentan al instante de las decisiones con un gran interrogante: ¿podrán pasar del arrebato ardiente, como el de los florentinos, al amor profundo? Ellos van a descubrir la respuesta arrojados en los solemnes

interiores de la universidad o en la cómplice intimidad de sus cuartos. Cuántas puertas separan un lecho del otro, es el código que comparten.

Superarse, confiar en sí mismos, encontrar el destino que pareció difuso, es parte de lo que harán los protagonistas mientras viven su historia de amor, y para que ello aflore, hallamos frases con fibra y carnadura: “La ira lo golpeó como una llama que le consumía la calma”; “guardaban el secreto de un amor expresado en el lenguaje sutil de las miradas y los gestos fugaces”; “el futuro se extendía ante él como un abismo, y no sabía si debía saltar o quedarse en el borde”; “descubrieron que el amor no era sólo un sentimiento, sino una decisión que tomaban cada día al despertar”. Y para hablarnos de las emociones que nos hacen fuertes, las que reconfortan e iluminan, la autora envuelve a la pareja con este mensaje: “el amor verdadero nunca muere, perdura por siempre en los corazones de aquellos que lo llevan consigo”.

Es un concepto hermoso, emparentado con famosos versos:

Cual dos palomas por amor llevadas, con ala abierta uelan hacia el
nido, por una misma voluntad aunadas.

Al leer la historia de Alba y Emiliano, los imaginé así, volando juntos hacia el nido después de haber transitado las facetas del amor: deslumbrante, posesivo, altruista, tierno, comprensivo, solidario y, finalmente... eterno.



Capítulo 1

“La música puede dar nombre a lo innombrable y comunicar lo desconocido.”

Leonard Bernstein

La noche se presentaba como una sinfonía de gotas de lluvia, envolviendo el campus universitario en un manto de misterio y nostalgia. Aunque debería haber estado desierto, aquel lugar resonaba con la melodía de “Idea 10” de Alcocer desde la sala de música, una invitación casi etérea en medio de la tormenta.

El joven, envuelto en la oscuridad de aquella noche tumultuosa, llevaba consigo el peso de la soledad y la tristeza en su corazón. Creía estar solo, enfrentándose a un torbellino de emociones.

La sorpresa inicial al escuchar música en un momento tan inesperado fue cediendo ante una curiosidad intensa, casi febril. La melodía, con su belleza intrincada y a la vez sencilla, parecía entonar un lamento que resonaba en lo más profundo de su ser.

Con cada nota que vibraba en su interior, la urgencia de conectar y de comprender quién podría estar tocando tal belleza en la soledad de la noche crecía dentro de él. Un enigma se desplegaba ante sus ojos, y la necesidad imperiosa de desentrañarlo lo empujaba hacia adelante.

Con pasos rápidos y el anhelo del encuentro, tomó una respiración profunda, observó el cielo, dejando que la lluvia fresca limpiara sus dudas y, con determinación, se encaminó hacia la sala de música. Cada charco reflejaba las luces ondulantes de las farolas al ritmo de la melodía, como guiándolo en su camino.

Al posar su mano sobre la textura fría y detallada de la puerta, el chico sintió cómo su corazón latía al compás de la música que se filtraba por la abertura. La madera tallada parecía cobrar vida bajo su tacto, contándole historias de incontables melodías y secretos susurrados en el silencio del recinto. Cuando estaba a punto de empujar la puerta para revelar el origen de aquel sonido mágico, una voz grave y firme lo sacudió:

—¿A dónde cree que va? —preguntó, con un tono que no admitía réplica.

El chico giró lentamente, encontrándose con la mirada intensa de un hombre maduro. Su imponente postura y mirada severa no dejaban lugar a dudas sobre su autoridad en aquel lugar. Vestía un traje oscuro que contrastaba con la palidez de su rostro, y en su mano sostenía un cuadernillo que parecía contener partituras y que indicaba su rol en aquel templo de la música.

—Yo... yo solo quería escuchar —balbuceó, sintiendo cómo la música en su interior se apagaba ante la intensidad de aquellos ojos que lo escrutaban.

—La música va más allá de ser solo escuchada; debe ser sentida, experimentada —contestó el hombre, cambiando su tono al percibir la verdadera pasión en la mirada y la voz temblorosa del joven.

Dudoso y algo avergonzado por ser descubierto curioseando, el chico bajó la mirada y deslizó la mano por la puerta, decidido a irse hacia su dormitorio. El hombre levantó una ceja, se apartó, abrió la puerta y con un gesto lo invitó a entrar a la sala de música.

Los ojos del joven brillaron con renovada alegría y aquella promesa de un encuentro misterioso latía con fuerza, esperando ser descubierta.

La música llenaba cada rincón de la sala, la joven pianista era el foco de aquel universo sonoro. Sus dedos danzaban sobre las teclas con un refinamiento que no contradecía las horas de práctica y dedicación tras cada movimiento, como una danza etérea sobre el brillante y negro piano de cola, ubicado justo en medio de la habitación. Ambos estaban cautivados por la escena que se revelaba ante ellos.

El hombre, quien momentos antes había mostrado una fachada de severidad, no pudo contener una sonrisa al ver la expresión de asombro en el rostro del invitado.

—Ella es Alba —murmuró, como si temiera romper el hechizo—. Una de nuestras estudiantes más prometedoras.

Alba, ajena a las miradas que la seguían, parecía estar en un mundo aparte, uno donde solo existía la música y su piano. La melodía que interpretaba era compleja y emotiva. Su polerón verde lima, demasiado grande y tan fuera de lugar en aquel entorno, era un recordatorio de que la verdadera pasión no conoce de etiquetas ni formalismos.

Finalmente, la pieza llegó a su fin y Alba se detuvo, dejando que el último acorde resonara en el silencio que se había formado. Percibiendo que no estaba sola, se giró hacia la puerta, y sus ojos parecieron encontrarse con los del chico. Por un momento, todo lo demás desapareció y, en ese instante compartido, se formó una conexión invisible entre ellos.

El chico, aún bajo el hechizo de aquel contacto, notó algo que lo confundió: un bastón blanco apoyado estoicamente al lado del piano. Su ceño se frunció ligeramente, una sombra de duda cruzó su rostro. Miró al hombre a su lado, buscando alguna señal que le diera una pista, pero este parecía ajeno a su confusión.

El hombre, con una sonrisa de orgullo, se acercó a Alba y la felicitó con entusiasmo.

—¡Bravo, Alba! Cada día te superas —exclamó con una voz que resonaba en la sala aún impregnada de música.

Alba se giró hacia él, su rostro estaba iluminado por una sonrisa genuina.

—Gracias, profe. Lamento haberlo molestado, pensé que no habría nadie en el campus hoy y

me dejé llevar... —respondió con humildad.

—No es nada, Alba. Acabo de volver y, al entrar, reconocí que eras tú. Pero parece que no somos los únicos aquí.

Alba abrió más los ojos y percibió otro perfume que no era solo el familiar de su profesor, el que reconocía sin dudar.

—¿Hola?

El chico observaba la escena, inmóvil en la puerta; su mente giraba en torno al bastón blanco. ¿Sería posible que Alba, con tal soltura y precisión en el piano, no pudiera ver? A pesar de que la idea le parecía absurda e inconcebible, la evidencia estaba allí, apoyada en el instrumento que la pelirroja controlaba con maestría.

El hombre notó la mirada confusa del joven y se acercó a él.

—Alba es una inspiración para todos nosotros —dijo suavemente, colocando una mano sobre el hombro del chico—. Ella nos demuestra que la música no está relacionada con la vista, sino con la percepción del alma.

El joven asintió, su mente se abría hacia una comprensión diferente. La música, después de todo, era un lenguaje universal, uno que trascendía las barreras visuales y conectaba corazones.

Con una nueva admiración por Alba, dio un paso adelante. Una mezcla de nerviosismo y asombro lo invadió, se quedó parado un instante con su nombre colgando en el aire entre ellos.

—Hola. Soy Emiliano —dijo finalmente, y su voz era apenas un susurro.

La indecisión lo asaltó; no sabía si era apropiado extender la mano o acercarse para darle un beso en la mejilla, gestos tan comunes que ahora parecían laberintos de complejidad.

El hombre a su lado, el profesor Augusto, le ofreció una sonrisa tranquilizadora, una que decía sin palabras que no había una manera correcta o incorrecta en el saludo. Al notar el titubeo, Alba, con la gracia que solo la experiencia otorga, extendió su mano, encontrando la manga mojada de Emiliano.

—Parece que la lluvia te encontró antes que la música —comentó con su voz teñida de una calidez que disipaba cualquier atisbo de frialdad.

—Salí a caminar y la tormenta me agarró por sorpresa... —dijo e hizo una mueca graciosa que Alba no pudo ver, pero sí percibir—. Lamento haber interrumpido —se disculpó, mientras tomaba la mano que Alba deslizó desde su manga mojada hacia la suya, sintiendo la firmeza de su apretón.

—Nada, no hay interrupciones acá, Emiliano, solo pausas bienvenidas —respondió con una sonrisa brillante y continuó—. Cada pausa es una oportunidad para volver a empezar, ¿no? —Emiliano asintió, inspirado por la sabiduría de sus palabras.

—Es una hermosa forma de verlo —dijo, al tiempo que su inseguridad inicial se desvanecía como la lluvia en el exterior.

El profesor los observaba con una amplia sonrisa y, con un gesto práctico y cotidiano, miró su reloj.

—Es hora de cerrar la sala, chicos —anunció con un suspiro y una voz que llevaba el peso del día—. La música necesita su descanso, al igual que nosotros.

Mientras hablaba, sus manos expertas encontraron el bastón de Alba y se lo entregaron con una familiaridad que hablaba de rutinas compartidas.

Emiliano todavía batallaba con sus emociones; no podía apartar la mirada de Alba. La luz tenue de las lámparas de la sala le otorgaba un halo casi místico y, por un instante, deseó poder mirar a través de sus ojos, preguntándose si la belleza que ella percibía era la misma que él veía. Inmediatamente, y en un movimiento casi inconsciente, movió la cabeza tratando de deshacerse

de esos pensamientos.

—¿Ya han comido? —preguntó Augusto, interrumpiendo el silencio que se había formado.

—No, yo no —respondió Emiliano—. La verdad es que no tengo hambre.

En cambio, Alba soltó una risa que inundó la habitación, eliminando cualquier rastro de fatiga o incertidumbre.

—¡Yo estoy muerta de hambre! —gritó con una energía interminable—. Voy a la cocina para calentarme algo.

Emiliano vio a Alba dirigirse hacia la puerta con una confianza que él apenas lograba entender.

—¿Querés venir conmigo? —preguntó ella, volteando hacia él con una gran sonrisa.

El chico asintió, encontrando en la invitación una oportunidad para seguir descubriendo el mundo de Alba.

—Claro, ¡me encantaría! —exclamó, y juntos, dejaron la sala de música, con sus secretos y melodías atrás.

Augusto les ofreció un “buenas noches” cálido y sincero, su voz llevaba un tono de satisfacción, también por el día que terminaba. Se alejó por el pasillo, sus pasos resonaban con la dignidad de quien ha dedicado su vida a la docencia. La luz tenue del pasillo bañaba su figura, creando sombras suaves que se deslizaban por las paredes adornadas con retratos de maestros del pasado.

Al dar algunos pasos más, antes de desaparecer tras la esquina, Augusto se detuvo un momento y se volvió para mirar a Emiliano y Alba. El golpeteo conocido del bastón resonaba en el pasillo junto con los murmullos de su conversación que, aunque inaudibles, eran un testimonio de la conexión que había nacido entre ellos. Una sonrisa se dibujó en su rostro, una sonrisa de quien sabe que la música ha tejido otra hebra en el tapiz de la vida.

Con un último vistazo, Augusto continuó su camino hacia el ala de los dormitorios docentes. A pesar de ser un fin de semana festivo y de la calma que reinaba en la universidad, para él, cada sala y cada pasillo resonaban con las notas de posibilidades y sueños que se gestaban en sus aulas. La música nunca dormía; simplemente cerraba los ojos para soñar con el mañana.



Capítulo 2

“Defino conexión como la energía que existe entre las personas cuando se sienten vistas, escuchadas y valoradas; cuando pueden dar y recibir sin juzgar; y cuando obtienen sustento y fuerza de una relación.”

Brené Brown

Las sombras de los chicos, danzando al ritmo de sus pasos, apenas perturbaban la tenue luz del pasillo, que se extendía como un manto suave.

Una vez que cruzaron las enormes puertas, Emiliano se percató de que la lluvia había dejado su rastro en los peldaños, un recordatorio brillante de la tormenta pasada y, con una preocupación apenas perceptible reflejada en su mirada, se detuvo al pie de las escaleras.

—¿Te ayudo para bajar? —preguntó, revelando más que una simple cortesía.

Ese gesto era el reflejo de un deseo de proteger y cuidar. Sin pensarlo, su mano encontró la de ella, que estaba libre del bastón, en un acto que hablaba de una conexión más allá de las palabras.

Alba, con la confianza de quien ha aprendido a navegar en un mundo que no puede ver, sonrió ampliamente y aceptó la cálida mano de Emiliano.

—Gracias, ya estoy acostumbrada a estas escaleras —dijo, pero no rechazó el gesto—. Aunque debo admitir que la compañía hace el camino más seguro.

Juntos descendieron las escaleras y cruzaron el amplio patio. La brisa nocturna les trajo el

aroma de la tierra mojada, un perfume que evocaba renovación y comienzos frescos.

—Amo el petricor —dijo, tras una inhalación y un suspiro.

—¿Petricor qué? —indagó Emiliano.

—Petricor, el olor de la lluvia cuando cae sobre tierra seca —explicó—. ¿No te parece que es un aroma bien particular?

Emiliano no podía dejar de mirar a Alba; estaba perdido en sus gestos, en su voz y en el hermoso rostro de la chica.

—Sí —respondió, apenas audible, a la vez que carraspeó y continuó—: no conocía el término.

—¡Ah! Es que me gusta conocer palabras raras, tan raras como hermosas.

La imagen de Alba, sumergida en el silencio de una biblioteca, pasando las páginas de una enciclopedia en busca de “palabras raras”, cruzó la mente de Emiliano. Se la imaginó con su dedo deslizándose por el papel, deteniéndose en términos que desafiaban la cotidianidad, cada uno como un pequeño tesoro esperando a ser descubierto. Sin embargo, la realidad de su ceguera lo golpeó como una ola fría, y se sintió ridículo por su fantasía fugaz.

Avergonzado por tal tontería, Emiliano buscó las palabras adecuadas, pero Alba, con la gallardía de quien ha aprendido a bailar con la vida siguiendo sus propias reglas, llenó el espacio entre ellos con una risa que disipaba cualquier atisbo de incomodidad.

—Las palabras son como la música —dijo Alba, su voz era clara en aquella noche tranquila—. Algunas son como esas melodías familiares que todos conocemos, y otras son como esas notas raras que, cuando las encontrás, te hacen sentir que descubriste un nuevo mundo. —Emiliano sonrió, encontrando consuelo en su perspectiva.

—Entonces, gracias por compartir ese mundo conmigo —respondió, y su voz era más firme ahora—. Petricor... es una palabra rara y hermosa, y ahora tiene un significado especial.

Caminaron en silencio, la luz de las farolas bañaba el camino hacia su destino. La llegada al ala de los dormitorios estudiantiles marcó el inicio de una nueva etapa en la velada. Alba, con un hambre declarado que contrastaba con la delicadeza de sus formas, se dirigió con paso seguro hacia la cocina.

—Tengo que contar nueve pasos hacia el frente, desde acá hasta la heladera —explicó, y su voz resonaba en el espacio vacío.

Emiliano la seguía, observando con admiración cómo ella se movía con una confianza que él no era capaz de entender.

Alba abrió la heladera, tocó y contó hasta llegar al tercer estante. Sus dedos recorrieron las superficies frías hasta encontrar la tapa de un *tupper* y el Braille le confirmó que era el suyo.

—Este es —dijo con una sonrisa en su voz, girándose hacia Emiliano como si pudiera ver su expresión—. Ahora, seis pasos a la derecha y estoy frente al microondas.

Sin vacilar, abrió la puerta del aparato, colocó el *tupper* en su interior y presionó repetidamente el botón para calentar su comida.

—Cuatro veces para dos minutos —comentó, como si compartiera un secreto.

Ella explicó todo el proceso con seguridad, y su voz impregnó la cocina con una melodía de cotidianidad y vida diaria, libre de pesar.

Emiliano, apoyado en la mesada de acero inoxidable que reflejaba las luces, observaba fascinado. Su seguridad lo dejaba sin palabras.

—Es impresionante cómo te manejas —dijo finalmente. Su voz revelaba la profunda impresión que la chica le había causado.

Ella se giró hacia él, y su rostro estaba iluminado lateralmente por la luz del microondas.

—Cuando no podés confiar en tus ojos, aprendés a confiar en tus otros sentidos —respondió

—. Y cada día es una oportunidad para aprender algo nuevo, incluso si es tan simple como calentar la cena —admitió con un gesto gracioso.

El microondas emitió un pitido, anunciando que la comida estaba lista. Al abrir la puerta y retirar el *tupper* con cuidado, la fragancia de la comida caliente se esparció por la cocina y prometiendo una cena tan reconfortante como la compañía.

—Siete pasos hacia la derecha hasta la alacena —anunció, y su voz sonaba con la misma precisión que sus dedos al tocar el piano. Emiliano la observaba, cada paso era un testimonio de su independencia y fortaleza—. Primer cajón: acá están los cubiertos —dijo con certeza, encontrando lo que buscaba con una facilidad envidiable—. Y ahora, los vasos. —Dejó el *tupper* sobre la mesada de la alacena y se estiró para tomar dos vasos del estante que estaba inmediatamente arriba del cajón de los cubiertos—. Cuatro pasos hacia el frente hasta la mesa —explicó con los utensilios en la mano, Alba contó en voz alta.

Emiliano seguía su recorrido, incapaz de dejar de admirar cómo ella transformaba un acto cotidiano en una danza de autonomía y gracia. Al llegar a la mesa, Alba colocó con cuidado los cubiertos y los vasos. Iba a regresar por el *tupper*, pero Emiliano la detuvo.

—Sentate, yo te lo alcanzo. —Alba plegó y apoyó su bastón en la mesa y se sentó.

—¿Necesitás un plato? —preguntó cuando apoyó el *tupper* sobre la mesa.

—Naaa, no es necesario. ¿Para qué ensuciar?

Él la observó desde su altura y sonrió ante el comentario de la joven. Acto seguido, ella hizo un gesto para que tomara asiento.

—Vení, sentate conmigo —dijo con voz cálida y acogedora. Emiliano se acercó y tomó asiento frente a ella—. Gracias por acompañarme esta noche —agregó. Su sonrisa se dibujaba con cada palabra.

—Gracias a vos. Esta noche está siendo... —respondió sin terminar la frase, conmovido por la experiencia compartida.

La luz suave de la cocina envolvía la escena, creando un espacio íntimo para la conversación. Alba, con una sonrisa aún en los labios, se dispuso a compartir su cena con Emiliano. Sin embargo, el ambiente se tornó reflexivo cuando él rompió el silencio con una pregunta que llevaba peso.

—¿Por qué estás sola en una fecha como hoy? —preguntó. Su curiosidad estaba teñida de una suave preocupación.

Alba dejó reposar su tenedor junto al *tupper* y suspiró ligeramente.

—Mis padres están de viaje y soy una persona más bien solitaria, así que decidí quedarme en lugar de volver a casa; además, la música siempre fue mi refugio, mi compañía —compartió, a la vez que subía sus hombros, indicando que no importaba, aunque su voz revelaba un matiz de melancolía que antes no estaba presente. Emiliano asintió, comprendiendo más de lo que las palabras podían decir—. ¿Y vos?

—Hace unos meses decidí cambiar de carrera. Mis padres son... difíciles, bastante estrictos y exigentes... y no lo tomaron bien... en realidad, nada bien —suspiró y continuó—. Se supone que debería poder recibirme de economista a fin de este año, pero acá estoy... y bueno, después de una pelea, ni siquiera me llamaron para la habitual cena familiar —confesó, con la tristeza filtrándose en su tono.

Alba extendió su mano sobre la mesa en busca de la de él, y al encontrarla, la tomó entre las suyas con cariño. Emiliano, al ver sus manos entrelazadas, sintió calidez en su corazón.

—A veces, las familias no entienden nuestros sueños o nuestras necesidades de cambio —dijo suavemente—. Ya se les va a pasar.

Ella no había vivido esa experiencia; sus padres siempre le habían permitido seguir el camino que ella sentía correcto. Sin embargo, conocía a personas cuyos destinos habían sido meticulosamente trazados por sus mayores.

—Es cierto —apretó su mano, agradecido por el consuelo que ofrecía ese contacto—. Pero no todo es tan terrible, ¿no? Si hubiera ido a cenar con ellos, no te habría conocido; esta noche fue toda una sorpresa.

La melancolía que había comenzado a asomarse en Alba se disipó ligeramente ante sus palabras.

—La vida tiene maneras de sorprendernos, ¿verdad? Cuando menos lo esperamos, nos regala momentos que se sienten como una tibieza...

Emiliano sonrió, y sus ojos brillantes, casi vidriosos, se fijaron en las manos unidas.

Con un movimiento suave y casi relajante, permitieron que sus manos se separaran. No hubo congoja en ese gesto, solo la dulce aceptación de que cada momento compartido tiene su propio final.

Alba, con una sonrisa que apenas se insinuaba en sus labios, tomó el tenedor entre sus dedos y lo cargó con una generosa porción de pasta boloñesa. Con la delicadeza de quien ofrece un regalo precioso, lo acercó a Emiliano, cuyos ojos reflejaban una mezcla de sorpresa y gratitud. Él, sin vacilar, aceptó el bocado, y al saborear la rica mezcla de sabores, sintió cómo su estómago despertaba a una nueva sensación de hambre. Era un hambre no solo de comida, sino de vida, de risas y de pequeños placeres que, como esa pasta boloñesa de Alba, era inesperadamente reconfortante.

—Delicioso —expresó sinceramente.

—Menos mal que le atiné y no terminaste con un ojo lleno de salsa —rio relajada—. Andá, traé un plato, que no voy a darte de comer en la boca como a un bebé —dijo y a continuación volvió a reír.

Mientras compartían su cena, ambos sabían que, a pesar de la soledad que podían sentir en otros aspectos de sus vidas, en ese momento, no estaban solos.

Emiliano se levantó con un gesto de determinación y caminó hacia el dispensador de agua; la luz sobre la mesa de la cocina comunal reflejaba su silueta. Con cuidado, llenó dos vasos, el sonido del líquido cayendo era casi musical en la quietud del lugar. Regresó a la mesa con una sonrisa, ofreciendo uno de los vasos a Alba.

Al tiempo que bebían, Emiliano rompió el silencio con una pregunta que parecía haber estado en su mente por un tiempo.

—¿No te molesta que las cosas desaparezcan o las cambien de lugar? Los estudiantes no siempre son... —carraspeó— somos... considerados.

Alba suspiró y respondió con una mezcla de resignación y aceptación en su voz.

—Es frustrante, obvio. Pero aprendí a adaptarme. A veces, incluso me ayuda a recordar que nada es realmente mío y que todo es temporal.

La respuesta de Alba reveló una profundidad que Emiliano no esperaba, y esto incrementó su admiración hacia ella.

La conversación fluyó naturalmente hacia otros temas hasta que Emiliano, al observar el reloj y notar que se acercaba la medianoche, decidió hacer una propuesta.

—¿Tenés planes para después? —Hizo una breve pausa y se animó a continuar—. Podríamos dar un paseo, si tenés ganas —miró por la ventana y vio que ya no llovía—, la noche mejoró mucho.

—Me encantaría —dijo con su voz llena de entusiasmo—. Un paseo suena perfecto.

La cena había concluido y, con un gesto de caballerosidad, Emiliano insistió en encargarse de los utensilios.

—Déjame lavar esto —dijo con una sonrisa. Alba asintió, quedándose sentada, escuchando el chapoteo del agua y el tintineo de los objetos mientras Emiliano lavaba.

—Listo, podemos irnos cuando quieras —anunció, secando sus manos una vez terminada la tarea.

Alba tomó y desplegó su bastón y, juntos, abandonaron la cocina. Sus pasos resonaban en el pasillo que los llevaba de vuelta al amplio patio situado entre los edificios estudiantiles y académicos.



Capítulo 3

“La música expresa aquello que no puede decirse con palabras, pero que no puede permanecer en silencio.”

Víctor Hugo

Avanzaban en una calma confortable cuando Alba interrumpió la tranquilidad con sus palabras.

—¿Qué instrumento tocás, Emi?

“Emi”, pensó el chico y la sonrisa casi pudo escucharse.

—Toco el saxofón, aunque mi madre siempre dice que es un instrumento de seducción, nada elegante ni refinado como el violín, por ejemplo. —Su tono era ligero, pero Alba podía percibir un dejo de incompreensión—. Creo que, si les hubiera dicho que iba a convertirme en violinista o chelista, su reacción habría sido diferente... —reflexionó en voz alta—. ¿Siempre quisiste ser pianista, Alba? —preguntó con una curiosidad genuina.

La chica se tomó un momento antes de responder, como si estuviera recogiendo los hilos de sus recuerdos más preciados.

—No, no siempre —empezó, hablando con voz suave pero firme—. Hubo un tiempo en que la música era simplemente un refugio, un lugar donde podía ser yo misma sin temor ni inhibiciones. Con el paso del tiempo, se convirtió en mi voz, en mi manera de expresar todo lo que no podía decir con palabras. Fue un período complicado en mi vida... —Hubo un silencio que Emiliano prefirió no interrumpir y luego siguió diciendo—: en definitiva, es más que una pasión; es una parte esencial de quien soy.

Su respuesta resonó en el aire tranquilo de la noche, y Emiliano asintió, comprendiendo la profundidad de su conexión con la música.

Tras un breve silencio, miró hacia la sala de música en la que habían estado antes.

—La pieza que estabas tocando antes, es hermosa.

El rostro de Alba se iluminó, y una chispa de entusiasmo vibró en su voz.

—Es ‘Idea 10’ de Alcocer. Un compositor mexicano muy joven. Resulta que él quería ser diseñador gráfico, pero la universidad era demasiado cara, así que decidió monetizar sus composiciones para poder pagar la *uni* y todo eso con un piano eléctrico desde la comodidad de su dormitorio, fue todo un *boom* este Gibrán Alcocer... —Alba percibió confusión en Emiliano y se rio—. ¿Te esperabas un maestro del siglo dieciocho o del Clasicismo musical?

—La verdad... ¡me sorprendiste! Una vez más... —dijo lo último bajando la voz.

—La escuché en TikTok y *pjjj* —hizo el gesto que acompañaba a la onomatopeya, haciendo que Emiliano riera—, me voló la cabeza, posta. Es una pieza que explora la dualidad de la luz y la oscuridad, la lucha interna que todos enfrentamos. Pero eso es lo que yo interpreto, vaya uno a saber lo que él sentía al componerla, Alcocer es un maestro en transmitir emociones complejas a través de las teclas, y esta melodía... es como si cada nota fuera un paso más en un viaje hacia la comprensión de uno mismo.

Emiliano escuchaba, fascinado por la pasión que Alba ponía en cada palabra. Era evidente que, para ella, la música no era solo la secuencia ordenada de notas, ni sonidos armoniosos, sino narrativas vivas que contaban historias más allá de lo evidente.

Con la conversación fluyendo entre ellos, se sentaron en una banca del patio, rodeados por la quietud de la noche y el suave murmullo de los árboles. La luna colgaba alta en el cielo. Alba colocó su bastón cuidadosamente entre ellos, un puente silencioso que marcaba tanto la cercanía como el espacio personal. Luego, con un movimiento fluido, giró su cuerpo hacia Emiliano, doblando una pierna sobre la banca y enfrentándolo directamente. Sus manos se movían hacia los puños de su polerón verde lima, estirándolos en un gesto que denotaba una mezcla de timidez y determinación, como si se preparara para compartir algo importante.

Emiliano, cautivado, observaba cada detalle de su rostro, intentando capturar cada detalle de Alba en su memoria. La luz del patio apenas delineaba sus rasgos, se percató de que sus ojos tenían una turbidez misteriosa que hacía imposible descifrar su color original. ¿Eran verdes? ¿Marrones? La piel de Alba, de un blanco lechoso, estaba salpicada de pecas que hablaban de su herencia pelirroja. Su nariz, de contornos delicados, complementaba sus labios carnosos, que llevaban un tono rojizo con matices anaranjados. Emiliano los miraba con un deseo velado y una admiración que iba más allá de lo físico.

Cuando Alba sonrió, su dentadura perfecta y brillante parecía iluminar todo a su alrededor, haciendo que el mundo en torno a él fuera un lugar más cálido y acogedor. Tan absorto estaba en la contemplación de su rostro, que casi no se percató de la pregunta que Alba le había formulado, una pregunta que flotaba en el aire, esperando ser respondida en la tranquila noche que compartían.

—Emi... —Lo llamó, su era voz clara, pero la falta de respuesta la había dejado en suspenso, preguntándose si él no había escuchado o si había elegido no responder.

—Perdón, estaba... perdido en mis pensamientos —se disculpó, sacudiéndose de su ensimismamiento y reprendiéndose por su descuido, consciente de que había dejado a Alba esperando.

—¿No tenés curiosidad sobre mi ceguera? —Repitió su pregunta. Su tono era suave, sin rastro de reproche, invitando a una conversación honesta.

Emiliano asintió, su expresión era seria.

—Claro que sí, pero no quería parecer indiscreto. Es solo que... no creo que eso te defina, te veo moverte con tanta independencia y seguridad... —las palabras quedaron colgadas, e inmediatamente volvió a intervenir—. Aunque sí me pregunto cómo es para vos, qué sentís, cómo lo manejás cada día...

Alba sonrió, apreciando su consideración.

—No siempre fue así, ahora es parte de mí, como la música lo es para vos, o para mí. Aprendí a *ver* el mundo de una manera diferente, a través de los sonidos, los olores, las texturas... —dijo e hizo una pausa evaluando si decir lo que quería, tras unos segundos, continuó—: por ejemplo, en la sala de música, percibí tu aroma, diferente al del profesor Augusto. Y sí, a veces es un desafío, pero también me enseñó a apreciar las cosas de una forma que nunca imaginé.

—Entiendo —dijo Emiliano, asintiendo con una mezcla de respeto y una nueva comprensión—. Puedo preguntar cómo pasó. ¿Cómo fue que perdiste la vista?

Alba tomó una respiración profunda, como si se preparara para sumergirse en las aguas profundas de sus recuerdos.

—Fue un accidente en el colegio, algo tan rápido como inesperado —comenzó Alba, su voz era serena pero cargada de la intensidad del momento que describiría—. Estaba en el laboratorio de química, en una clase práctica y algo salió mal, una reacción que no calculamos y hubo una explosión. La irresponsabilidad o la boludez propia de creerse vivo, supongo —tragó con dificultad—. No usé lentes de seguridad y los fragmentos de vidrio del matraz volaron por todas partes y algunos de ellos... algunos golpearon mis ojos.

Él escuchaba atentamente, absorto en la historia de Alba. Su expresión era un reflejo de asombro y preocupación.

—¡Por Dios!, eso debe haber sido terrible... —respondió Emiliano, conmovido y sin poder imaginar la angustia y el dolor que había sufrido Alba, su voz fue tan baja que apenas fue audible.

—Lo fue... los médicos dijeron que era un leucoma traumático —admitió y enseguida trató de buscar la forma de explicarlo sencillamente—: es que, por las heridas de los vidrios, en mi caso en ambos ojos y justo en las pupilas, las córneas se pusieron opacas. A pesar de los esfuerzos de los oftalmólogos, la opacidad se volvió permanente y perdí la vista. A los catorce años, el mundo tal como lo conocía se desvaneció.

—¿Cómo lo enfrentaste? —preguntó Emiliano, tomándola de la mano. Su curiosidad estaba teñida de admiración.

—Bueee... al principio fui un desastre, pero de verdad, un desastre horrible. Estaba enojada con el mundo, aunque en realidad estaba enojada conmigo misma. Con el apoyo de mi familia, fui llevándola. Nunca fui de tener muchos amigos y los pocos que tenía, entre mi depresión y que es una edad complicada, los fui perdiendo, pero no los culpo... realmente era una persona espantosa en ese momento —dijo sin un atisbo de resentimiento—. Y luego estaba la música, que se convirtió en mi salvación —confesó con entusiasmo—, mi forma de conectar con el mundo. A través de ella, aprendí a ver de nuevo, pero de una manera diferente.

Reflexionando sobre sus palabras, Emiliano se sintió impresionado por su fortaleza y su habilidad para encontrar luz en la oscuridad.

—Sos increíble, Alba —enfaticó con voz suave—. No puedo ni imaginar lo que pasaste. Perder la vista, enfrentar todo eso... pero tenés esa pasión que es como una luz que te guía. No solo te ayudó a superar ese momento horrible, sino que también te hizo más fuerte. Es como si cada nota que tocás fuera un grito de resistencia contra la oscuridad. Tu historia... es inspiradora.

—Alba sonrió con expresión serena.

—Todos tenemos nuestras historias, Emi. Esta es solo la mía.

La conversación se profundizó en un intercambio reflexivo, compartiendo experiencias y perspectivas. A medida que la noche avanzaba, ambos encontraron un lugar de comprensión y respeto mutuo, unidos por la sinceridad y la empatía.



Capítulo 4

“Los hilos invisibles son los lazos más fuertes.”

Friedrich Nietzsche

El frío recorrió a Alba, como un escalofrío que la invadió de repente, y se acomodó en su polerón, buscando refugio y calidez en su abrigo.

—Tengo frío, Emi. Creo que es hora de volver a los dormitorios —expresó con una voz que llevaba el peso del cansancio y la satisfacción de una noche bien pasada.

Emiliano asintió, entregándole su bastón con cuidado.

—Por supuesto, vamos —respondió, aunque con poco entusiasmo, pues tenía ganas de seguir conversando y compartiendo la noche con ella.

Mientras caminaban de regreso, la conversación fluyó con facilidad.

—Es curioso que nunca nos hayamos visto antes —comentó Emiliano y Alba rio, una risa clara y melodiosa.

—Bueno, yo no te hubiera visto de todos modos —bromeó—. Pero ahora, quizás te reconozca por tu perfume.

Emi se sintió un poco tonto por el comentario, pero admiró el sentido del humor de Alba y su risa hizo que no se sintiera tan avergonzado.

—¿Cómo encontrarás el camino a tu dormitorio? —preguntó una vez en el pasillo.

—Es la primera puerta del lado derecho después de la esquina. Memorice los pasos —explicó Alba con confianza, tocando la pared para saber cuándo debía girar.

—Voy a contar las puertas desde la tuya hasta la mía, por si alguna vez necesitás algo —dijo Emiliano, pensativo. Luego, con un tono más práctico, preguntó—: ¿Usás WhatsApp? Podría agregarte...

Ella sacó su celular del bolsillo trasero de su *jean* y lo extendió hacia él.

—Claro, agendate como *Emi*, así me es fácil encontrarte, uso *TalkBack*, una *app* que me hace la vida más fácil.

—¡Genial!

Después de intercambiar números, llegaron a la puerta del dormitorio de Alba.

—Gracias por esta noche inesperada, Emi. Que duermas bien —dijo ella, con voz suave.

—Igual vos... buenas noches, Alba —respondió y, una vez que ella entró al dormitorio, él se alejó, contando veintiséis puertas hasta la suya.

Una vez en su habitación, tomó su teléfono y le envió un audio:

*Gracias por compartir tu música y tu historia. Son veintiséis puertas hasta la mía.
Que descanses, hasta mañana.*

Con un simple mensaje, cerraron la noche, cada uno en su mundo, pero conectados por un hilo invisible de comprensión y amistad.



Capítulo 5

“No dejes que termine el día sin haber crecido un poco, sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.”

Walt Whitman

En la quietud de su dormitorio, Alba colocó su bastón a un lado y, con la familiaridad de siempre, contó mentalmente los pasos hasta llegar a su cama. Se sentó lentamente, dejando que los recuerdos compartidos fluyesen a través de su mente. Una sonrisa se dibujó en su rostro al reconocer las emociones que la noche había despertado en ella; emociones que, hasta entonces, habían permanecido dormidas.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de un mensaje entrante: era un audio de Emiliano. Escuchó atentamente; su sonrisa creció y, al recostarse en la cama, puso el celular sobre su pecho, al compás del ritmo de su propio corazón.

—Veintiséis puertas —murmuró.

Al cabo de unos minutos, con su respiración y su corazón ya normalizados, Alba se incorporó lentamente, dejando que sus manos la guiaran en la oscuridad de su minúscula habitación. Con pasos seguros y memorizados, llegó al baño sin dificultad, una rutina que había perfeccionado con el tiempo. Se desvistió con la misma confianza con la que enfrentaba cada día, permitiendo que el agua caliente de la ducha eliminara el frío, así como las tensiones de su cuerpo y mente.

Al mismo tiempo, Emiliano cerraba la puerta tras de sí, adentrándose en la cálida luz que inundaba la habitación. Se apoyó contra la puerta y cerró los ojos por un momento, recordando el

rostro de la pelirroja que guardaba en su memoria, su sonrisa y su fortaleza. Apagó la luz, dejó que la oscuridad lo envolviera y caminó hacia su cama, intentando comprender el mundo de Alba. Tropezó, chocando contra la cama, y soltó un grito ahogado.

Mientras frotaba su rodilla adolorida, Emiliano reflexionó sobre la noche. Admiraba aún más a Alba, no solo por su belleza y su talento, sino por su capacidad de navegar un mundo que él apenas podía manejar incluso con luz.

Alba terminó de ducharse y, con su pijama ya puesto, se deslizó entre las sábanas de su cama, mientras el cansancio del día acunaba su conciencia. En el borde entre el sueño y la vigilia, su mente tejió la imagen de Emiliano, un rostro que nunca había visto y, probablemente, que nunca vería, y que era solo el producto de su imaginación.

De pie en medio de su habitación, Emiliano pensó: “Veintiséis puertas”. Una distancia tan corta y, a la vez, un mundo aparte. Con esa reflexión, se cambió a su ropa de dormir y se deslizó bajo las sábanas, dejando que el silencio de la noche lo envolviera.



Capítulo 6

“Cada encuentro es una nueva oportunidad para sentir.”

Hermann Hesse

El amanecer trajo consigo un nuevo día y, con él, los primeros pensamientos de Emiliano y Alba se entrelazaron con las vivencias de la noche anterior. Casi como si estuvieran sincronizados por un reloj invisible, ambos se estiraron en sus camas.

Con una sonrisa aún persistente en sus labios, Alba alcanzó su celular y dictó:

Enviar audio a Emi. ¡Buenos días! Enviar —dictó con un tono cálido y la voz un poco ronca.

Emiliano, por su parte, con la imagen de Alba aún fresca en su mente, tomó su teléfono sin dudar y se sentó en la cama para enviarle un mensaje.

¡Buenos días! —dijo con una voz alegre que reflejaba una sonrisa que Alba no podía ver, pero seguramente podría sentir.

En un momento de coincidencia sorprendente, ambos enviaron sus audios al mismo tiempo. Al recibirlos, cada uno pensó, por un instante, que se había enviado su propio mensaje, hasta que la voz del otro llenó cada una de sus habitaciones. La risa de Alba resonó suavemente, mientras que la de Emiliano era más audible, marcada por la sorpresa y el deleite.

Era un comienzo perfecto para el día, una confirmación de la conexión que habían creado. Estaban a veintiséis puertas de distancia, pero en ese momento, tan cerca como si estuvieran uno al lado del otro.

Emiliano se levantó de la cama y se dirigió a la ducha, permitiendo que el agua caliente despertara sus sentidos y preparara su mente para el nuevo día.

Al salir, se aplicó un poco de su habitual fragancia, recordando lo que Alba había dicho sobre poder reconocerlo por ese aroma distintivo.

Frente a su armario, Emiliano se detuvo un momento, considerando qué ropa podría hacerlo ver más atractivo. Tras una breve reflexión, se avergonzó de la tonta idea y optó por la simplicidad: una camisa a cuadros y unos *jeans*. Se acordonó los borcegos, tomó un abrigo y se sentó en la silla de su pequeño escritorio, rodeado de libros y cuadernillos. Su mirada se posó en el saxofón que descansaba en su soporte, y una idea comenzó a tomar forma en su mente: hoy le tocaría algo a ella. Con esa idea aún presente, tomó su teléfono y envió un nuevo mensaje de audio a Alba.

¿Desayunamos? —preguntó, con la anticipación de un nuevo encuentro resonando en su voz.

Alba, ya vestida, se sentó en el borde de la cama, envuelta en una sensación de expectativa. No sabía exactamente qué esperaba hasta que el sonido de un mensaje entrante rompió el silencio de la habitación. Era Emiliano. Al escuchar su invitación, respondió sin dudarlo.

Responder audio a Emi. Sí, me encantaría. Enviar.

Podrían desayunar en la cocina comunitaria, pero lo cierto era que él quería invitarla a salir del campus. Era domingo y el sol brillaba; aunque ella no pudiera verlo, él creía que, de todas maneras, con sus sentidos exacerbados, ella podía percibir la belleza del día.

Con prisa, Emiliano abandonó su habitación mientras se ponía el abrigo. En el pasillo, se cruzó con el celador, cuya intensa mirada le hizo aminorar el paso.

—Buenos días —dijo Emiliano.

—Buenos días —respondió adusto el hombre.

Luego, con los ojos cerrados, avanzó por el corredor, deslizando su mano a lo largo de la pared, contando las puertas hasta llegar a la de Alba. Al alcanzarla, golpeó tres veces y, al abrirse, también abrió sus ojos. La vio allí, radiante, con una amplia sonrisa y el cabello recogido en un rodete desenfadado. Llevaba un polerón terracota de textura peluda que, aunque no lograba identificar, complementaba su cabello a la perfección. Se preguntó cómo escogía la ropa, todo en un instante efímero.

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió de inmediato Emiliano con una mezcla de nerviosismo y emoción. Se detuvo un momento antes de volver a hablar—. ¿Te gustaría salir del campus hoy? —preguntó con optimismo—. Sería una pena no aprovechar el día para disfrutar del sol y el aire fresco.

Alba, sorprendida por la inesperada propuesta, sintió cómo su corazón comenzaba a latir más rápido.

—¡Sería genial! Siempre quise explorar los alrededores, pero sola no es fácil —contestó con alegría.

Al salir del campus, Emiliano no pudo evitar notar cómo la luz del sol se reflejaba en el cabello de Alba, otorgándole un brillo cobrizo especial.

—Me impresiona tu habilidad para elegir colores que te favorecen, incluso sin poder verlos —comentó admirado, y Alba se rio suavemente.

—Bueno, tengo mis truquitos... pero no puedo revelarlos —proclamó, graciosa.



Capítulo 7

“La belleza de las cosas existe en el espíritu de quien las contempla.”

David Hume

En el camino, Emiliano le describía lo que encontraba: las casas, los pequeños comercios, los edificios; y Alba guardaba en su memoria toda la información que recibía.

Después de caminar algunas cuadras, llegaron a una pequeña cafetería, un lugar acogedor que Emiliano había descubierto recientemente.

—Este lugar tiene el mejor café de la vuelta y un montón de cosas ricas —dijo mientras abría la puerta para que ella entrara primero, dejando que el aroma a café recién hecho los envolviera. Emiliano, con una sonrisa amable, miró la mesa junto a la ventana. —¿Qué te parece si nos sentamos junto a la ventana? La luz del sol da directo, perfecto para un día de otoño como hoy —sugirió.

Alba asintió, agradeciendo la consideración de Emiliano por elegir un lugar donde pudiera disfrutar de la calidez del sol sobre su piel.

—Me guiás...

Emiliano le tomó la mano y, despacio, se dirigieron hacia la mesa elegida. Retiró la silla y Alba tomó asiento, dejando el bastón apoyado sobre el ventanal.

Una vez acomodados, pudieron sentir la calidez del sol que los abrazaba suavemente. La mesera, con paso ligero, se acercó y extendió los menús, sin percatarse del bastón de Alba. Emiliano, con reflejos rápidos, interceptó el menú destinado a la chica y le lanzó una mirada de

desaprobación a la mesera. Al darse cuenta de su descuido, ella se disculpó con una inclinación de cabeza y se alejó rápidamente.

—Me llaman en cuanto elijan...

—Te leo las opciones, y me decís qué te gustaría —dijo Emiliano con voz suave pero firme. Alba sonrió, agradecida por la sensibilidad del chico.

Mientras él leía en voz alta, Alba escuchaba atentamente, imaginando los sabores y aromas. Con una expresión satisfecha, eligió un *latte* y una tartaleta de manzana, mientras que Emiliano se decantó por un *cappuccino* y un tostado.

Tras unos momentos de silencio, en los que solo se escuchaba el murmullo de la cafetería y el suave tintineo de las tazas, Emiliano rompió el silencio. Alba se tomó un momento antes de responder, disfrutando de la calidez del sol y la compañía de Emiliano.

—¿Dormiste bien? —preguntó con genuino interés, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Alba se tomó un momento antes de responder, saboreando la calidez del sol y la compañía de Emiliano.

—Dormí rebién, gracias. ¿Vos?

—Sí, bien, siempre demoro en dormirme, pero ayer ni bien apoyé la cabeza en la almohada, planché.

—¿Tan aburrida soy? —preguntó riendo, a sabiendas de que era una broma.

—¡Nooooo! Claro que no, es solo que estaba ansioso por que amaneciera —dijo esto último casi como un murmullo. Sintiéndose expuesto, enseguida cambió el tema—. ¿Tenés algún plan para el resto del día?

Alba reparó en las palabras de Emiliano que, aunque apenas audibles, pudo escuchar claramente y, en silencio, compartió el sentimiento.

—No, no tengo planes específicos... ¿tenés algo en mente? —planteó con una mezcla de curiosidad y apertura a la aventura que pudiera proponerle Emiliano.

—Tenía idea de dar un paseo por los alrededores, quizás ir al parque que está a unas cuadras de acá. Hay un lago con patos y los fines de semana, a veces, no siempre, hay música en vivo, y suele no ser de la mejor calidad, pero no está tan mal... —dijo con entusiasmo, al tiempo que daba un sorbo a su *cappuccino*.

Ella sonrió, visualizando la escena en su mente, y luego inclinó su cabeza, como si pudiera contemplar el paisaje que Emiliano describía.

—Me encanta la idea, me gusta sentir la vida a mi alrededor, escuchar los sonidos de la naturaleza y disfrutar de los aromas —dijo con una voz llena de emoción—. Y la música... aunque no sea perfecta, tiene su propia belleza.

Emiliano, admirado, reflexionó una vez más sobre la habilidad de Alba para percibir el mundo de una forma única.

—Entonces, es un plan —afirmó con una sonrisa que Alba podía percibir—. Después del parque, si te parece bien, podríamos volver al campus. Esta vez me gustaría tocar algo para vos.

La idea de escuchar a Emiliano tocar su saxofón llenó a Alba de una calidez que superaba el calor del sol filtrándose por la ventana.

—¡Sí, claro! ¡Amé la idea! —expresó Alba, su corazón latía con una mezcla de alegría y una pizca de nerviosismo.

Mientras terminaban su desayuno, ambos se sumergieron en sus pensamientos. Emiliano se preguntaba si disfrutaría de la música tanto como él se deleitaría tocándola para ella. Alba se sentía agradecida por la sensibilidad y compañía de Emiliano. Sabía que este día sería uno de esos recuerdos preciosos que se atesoran para siempre.



Capítulo 8

“La vida no se mide por las veces que respiras, sino por los momentos que te dejan sin aliento.”

Maya Angelou

Emiliano le hizo un gesto a la mesera para solicitar la cuenta.

—¿Todo estuvo bien, chicos?

—Sí, delicioso, gracias —respondió Alba, mientras que Emiliano se limitó a un movimiento de cabeza.

—Me alegro. Acá tienen la cuenta —dijo deslizando el papel hacia Emiliano.

Alba intentó capturar el papel primero, guiándose por el sonido que produjo al deslizarse sobre la mesa, pero Emiliano fue más ágil.

—Me sentiría más cómoda si pagamos a medias —explicó con voz firme pero amable, sin ambigüedad.

Tras un breve intercambio, Emiliano cedió con una sonrisa cómplice. Alba extrajo su tarjeta y Emiliano hizo lo mismo. Una vez saldada la cuenta, él tomó la mano de Alba para guiarla y, juntos, se encaminaron hacia la salida de la cafetería.

Caminaron sin rumbo definido, disfrutando del paseo, del momento presente y de la compañía mutua. Durante el paseo, intercambiaron gustos y recuerdos, desde sus bandas favoritas hasta los platos predilectos, incluyendo libros y películas que habían dejado huella en sus vidas. Cada relato ofrecía un vistazo más profundo a sus personalidades. Alba se deleitaba con las historias

de Emiliano, mientras que él se maravillaba ante la forma en que ella experimentaba el mundo, una perspectiva singular y enriquecedora.

Muy pronto, el bullicio del parque cercano los devolvió a la realidad. Las risas y gritos de pequeños y mayores junto con el sonido de las campanas del tren que paseaba por el parque, se mezclaron con el crujir de las hojas bajo sus pies, y los rayos reconfortantes del sol que se filtraban entre las ramas casi desnudas de los árboles.

Emiliano, con delicadeza, tomó nuevamente la mano de Alba, conduciéndola con suavidad a través del parque.

Caminaron sobre el césped, atentos a la suave textura bajo sus pies y evitando cualquier irregularidad que pudiera hacer tropezar a Alba, hasta que Emiliano encontró un claro que parecía invitarlos a hacer una pausa.

—Este parece un buen lugar, es como un claro, sin demasiada gente alrededor —sugirió Emiliano, al tiempo que se quitaba y extendía su abrigo sobre el verde manto, creando un espacio para que Alba se sentara sin preocuparse por la humedad que la lluvia nocturna había dejado—. Puse mi abrigo por si el pasto está húmedo.

Después de ayudarla a sentarse, ella plegó su bastón y lo dejó a su lado. Emiliano se acomodó junto a Alba en el improvisado asiento, lo suficientemente cerca como para percibir el delicado aroma, tal vez de su *shampoo* o gel de ducha. Cerró los ojos e inhaló profundamente, disfrutando del momento.

—¿Estás cómoda? —preguntó en voz baja y cálida.

Alba asintió, inclinándose ligeramente hacia él, disfrutando de la proximidad y también de su aroma, así como de la energía del parque.

—Estoy perfecta, gracias. Este lugar es... es como un pequeño oasis, ¿no? —respondió ella, apoyando sus manos atrás y levantando su rostro para sentir el sol y la brisa.

—Mhm... —murmuró él, al tiempo que miraba su perfil.

Emiliano, siguiendo su ejemplo, cerró los ojos y se dejó bañar por la calidez del sol en su rostro. Permanecieron en silencio, absorbiendo los sonidos del parque: el graznido de los patos en el lago, ¿o quizá fueran gansos?, el distante tintinear del tren de paseo, y otra vez las risas de los niños que jugaban cerca. A su alrededor, la vida bullía, pero en su pequeño refugio, el tiempo parecía detenerse.

Él se recostó, apoyando su cabeza sobre uno de sus brazos que estaba cruzado detrás de ella, y las rodillas dobladas hacia el cielo. El césped fresco y ligeramente húmedo acariciaba su nuca, y una brisa suave jugaba con su cabello castaño, algo largo, despeinándolo. Luego de algunos minutos, Emiliano rompió el silencio.

—¿Hay... hay alguna cura para tu ceguera? —preguntó con su voz que era apenas un susurro.

Con su voz como guía, Alba giró su cabeza en dirección a donde provenía el sonido, enfocando hacia abajo; su expresión era serena.

—Sí, existe la posibilidad de un trasplante de córneas —respondió con un tono de aceptación—. Pero no es fácil, los donantes son escasos y el proceso es complejo.

Emiliano asintió, procesando sus palabras con una mezcla de esperanza y tristeza.

—Pero está todo bien, me acostumbré a este mundo sin luz —hizo una breve pausa y volvió a hablar—. Aunque no es completamente oscuro, como muchos piensan, ¡eh! Ahora mismo, con el sol de frente, puedo ver sombras y siluetas, contrastes de luz que dan forma al mundo que me rodea. —Alba se recostó y se giró para ponerse de lado, luego continuó—: También puedo distinguir tu perfil —dijo, levantando su brazo y delineando el perfil del rostro de Emiliano a escasos milímetros de su piel con su dedo.

El dedo de Alba, apenas rozándolo, era como una caricia de luz, y Emiliano sintió una sacudida de emoción. La cercanía y la calidez de Alba eran un delicado mimo.

—Tu perfil... es fuerte, pero amable —murmuró, luego Alba replegó su mano y se giró para estar boca arriba.

Hubiera querido tomarle el rostro con ambas manos y deslizarlas para reconocer su forma, densidad y textura, pero le pareció demasiado.

Emiliano giró su cabeza y la vio sonreír; sus manos se rozaron en el pequeño espacio entre ellos. La electricidad del momento era palpable, y juntos compartieron un silencio que estaba lejos de ser incómodo.

—Me hablaste de tu abuela Marina, pero no sé si tenés hermanos —interrogó Alba.

—Sí, tengo una hermana mayor, Viviana. Está casada y tiene una bebé de... mmm... creo que ocho meses. Y un hermano menor, Martín, que es insoportable, pero lo quiero —respondió Emiliano con una risa suave.

Alba estiró su mano buscando la de Emiliano y entrelazó sus dedos con naturalidad. Fue un arrebato que quiso revertir de inmediato, pero al hacer el intento, Emiliano retuvo la conexión sin soltarla.

La sorpresa inicial del chico se transformó rápidamente en una calidez agradable que se extendió por su pecho, y un sentimiento de cercanía lo envolvió, como si ese simple gesto los hubiera unido de una manera más significativa.

Alba, por su parte, sintió una mezcla de audacia y timidez. Había sido un impulso, un deseo de sentir más de Emiliano, de establecer un contacto que iba más allá de las palabras. Pero al mismo tiempo, temía haber cruzado una línea invisible, haber pedido demasiado sin palabras.

Para aliviar la tensión que había crecido con su atrevimiento, Alba decidió continuar con el tema.

—Mi hermana Patricia es... bueno, es una trotamundos —dijo con una risa nerviosa—. Un año en Rusia, otro en Japón, luego Tailandia, y ahora Indonesia. Nuestros padres fueron a visitarla ahora. El próximo año, ¿quién sabe? Tal vez sea Mozambique o algo así.

Emiliano rio y su risa se unió a la de ella, llenando el espacio entre ellos con una alegría compartida. La vergüenza se disipó y fue reemplazada por una sensación de confianza y curiosidad mutua.

Alba giró su rostro hacia Emiliano, quien, aunque tenía los ojos cerrados, sentía la intensidad de su cercanía. Con un suave apretón en la mano de Alba, buscó la seguridad en aquel contacto, la confirmación de que la presencia a su lado era tan real como el latido de su corazón. La textura de su piel, la calidez de su proximidad, todo le gritaba que no era un sueño, que ella estaba allí, con él, compartiendo ese instante perfecto.

En su mente, una tormenta de preguntas se agitaba con la fuerza de un mar embravecido. ¿Por qué la vida había sido tan cruel con alguien tan lleno de vida y luz? ¿Por qué ella, con su talento y su valentía, su belleza y su gentileza, debía enfrentar una tragedia como la pérdida de la vista? Era un misterio doloroso, una injusticia que desafiaba toda lógica.

Pero en ese instante, con las manos entrelazadas, sintió que las respuestas importaban poco o que nadie podría responderlas que, para el caso, era lo mismo. Lo que realmente tenía valor era el momento, el calor compartido, la risa que resonaba entre ellos, la comodidad, y la conexión que trascendía la vista. Alba, con su espíritu indomable, le había enseñado que, incluso en la oscuridad, se podían encontrar destellos de luz y momentos de pura belleza. Eso bastaba para impregnar el espíritu de Emiliano con un renovado sentido de optimismo.



Capítulo 9

“Tu visión se aclarará solo cuando puedas mirar dentro de tu propio corazón.”

Carl Jung

El sol comenzaba a perder calidez y el cielo se tiñó de tonos anaranjados y rosados. Emiliano y Alba yacían lado a lado, sus manos seguían entrelazadas en una unión que fluía con naturalidad.

Con el paso de las horas, el abrigo de Emiliano ya no podía repeler la humedad que ascendía del suelo, y un frío sutil se instaló en sus espaldas. Alba se acercó un poco más a él, buscando compartir su calor. Finalmente, casi como si estuvieran sincronizados, supieron que era hora de levantarse.

Se habían saltado el almuerzo y ahora el hambre empezaba a aparecer. Los aromas de los puestos de comida llenaban el aire, haciendo que el estómago de Alba emitiera un rugido divertido, lo que provocó que ambos rieran enérgicamente.

Alba desplegó su bastón y Emiliano la asistió para levantarse, quedando cara a cara por el impulso, con sus rostros tan próximos que podían percibir el aliento del otro. Al percatarse de lo cercano que estaba y de la tensión en el reducido espacio entre ellos, sintió un nudo en la garganta y tragó con dificultad.

Aunque no podía verlo, Alba percibió la agitación en la respiración de Emiliano y el leve temblor en sus manos. Durante un instante, el mundo se redujo a ese espacio entre ellos, a la posibilidad de un beso que colgaba en el silencio.

—Emi... —susurró Alba, una pregunta no formulada vibrando en su voz.

Emiliano se inclinó ligeramente; su corazón latía con fuerza. La decisión estaba en sus labios, el deseo en su mirada; sin embargo, en lugar de cerrar la distancia, se apartó un paso.

—Deberíamos comer algo, ¿no? —sugirió casi costándole formular la idea.

Alba sonrió, agradecida por su consideración, por la ternura de ese momento no consumado. Juntos, comenzaron a caminar hacia los puestos de comida; sus manos encontraron nuevamente su camino la una hacia la otra.

—¿Qué te gustaría? —preguntó, mirando atentamente al suelo para evitar que Alba tropezara al bajar del césped hacia la gravilla.

—Mmm... contame qué hay.

Emiliano se detuvo y miró los puestos que había alrededor.

—Hamburguesas, panchos, choripán, papas fritas, hay un puesto de algodón de azúcar, uno de empanadas y uno que parece de ensaladas.

—Ese último no va a ser —rio con ganas.

—Yo quiero un pancho completo y papas fritas —declaró él.

—Y yo choripán, te robo papas fritas y te comparto el algodón de azúcar.

—¡Trato! —exclamó y, a continuación, preguntó—: ¿y para tomar?

—¿Cerveza?

—¿Rubia, negra o colorada como vos?

—Colorada, siempre colorada.

—¡Perfecto! —Emiliano se acercó a unas mesas libres y la guio para que tomara asiento—. Ya vuelvo.

Esta vez no iba a dejar que Alba pagara la mitad. No lo hacía por machismo ni nada parecido, sino porque quería tener el placer de invitarla.

Alba captó su astuta maniobra y se acomodó en el banco doble, sintiendo el fresco metal bajo sus dedos. La brisa jugueteaba con su pelo; el rodete ya era un desastre, y muchos mechones estaban sueltos y desalineados. Los sonidos del parque llenaban el espacio que él había dejado al irse; estaba sola, pero no se sentía así. La presencia de Emiliano aún la envolvía como un abrazo cálido.

Sus pensamientos volaban; se preguntaba sobre Emiliano, sobre lo atractivo que le resultaba su tono de voz y cuánto más *sexy* sería luego de tocar ese instrumento que sus padres consideraban un artefacto de seducción. ¿Sería tan cautivador como su conversación, tan profundo como su risa?

Anhelaba seguir descubriendo a este chico, conocer cada faceta de su ser. Quería escuchar sus historias, aprender de sus experiencias, sumergirse en sus sueños. Había algo en él que la atraía, una autenticidad que era tan refrescante como el aire de esa misma tarde. Pero con el deseo, *sí*, *deseo*, venían los miedos, las dudas que se arrastraban en las sombras de su mente. ¿Y si esto era solo un día? ¿Y si la conexión que sentían se desvanecía con el sol o con la vorágine de los días por venir? ¿Y si su ceguera resultara ser un obstáculo para él? Rápidamente sacudió la cabeza, dispersando esas inseguridades. No, no se permitiría caer en la trampa malévola del “qué pasaría si...”. No quería que la noche trajera el fin de lo que apenas comenzaba. En ese momento estaba con Emiliano, y eso era lo que importaba. El futuro era incierto, *sí*, pero también estaba lleno de posibilidades.

El crujido de una bolsa la sacó de sus reflexiones. Emiliano estaba de vuelta, trayendo consigo el aroma de la comida y la calma.

—Acá vengooo...

—¡Qué hambre me dio!

—Voy por las cervezas.

—Okey.

Alba tanteó la bolsa y sacó un empaque que, por su forma alargada, debería ser el pancho. Luego extrajo otro que seguramente era su choripán y, sueltas en la bolsa de papel, quedaron un montón de papas fritas y algunos *sachets* que asumió serían de salsas.

Emiliano apoyó las dos latas de cerveza y se sentó, suspirando. El aroma de los puestos también le había abierto el apetito. Verificó que cada uno tuviera el paquete correcto y, como el caballero que estaba descubriendo ser, abrió primero el papel aluminio del paquete de ella y luego, con un gesto lleno de anticipación, el suyo. Sin perder un segundo, hundió sus dientes en el pancho, rebosante de sabores y texturas. Alba también dio una mordida a su choripán y, al unísono, murmuraron con satisfacción.

—Mmm...

—¿Está bueno? —preguntó Emiliano.

—Deli... ¿y tu pancho?

—Muy bueno, ¿quieres probar?

Alba lo pensó por un instante y abrió la boca tan ampliamente que Emiliano se rio. Luego, él acercó el pancho a su boca y la chica dio un mordisco sin vergüenza, el cual dejó las comisuras de su boca manchadas de salsa.

Los ojos de Emiliano no se apartaban de sus labios, que eran relamidos por la lengua rosada de la chica, sin terminar de limpiar los restos del succulento bocado. Sintió un cosquilleo conocido recorrer su piel cuando vio la lengua de Alba deslizarse sobre sus labios, dejándolos húmedos y brillantes. Una oleada de deseo lo invadió, y su mirada se intensificó mientras observaba cada movimiento de esa lengua tentadora.

La necesidad de lamer esos restos se volvió imperiosa, casi abrumadora. Sin poder resistirse más, Emiliano apoyó su pancho sobre el envoltorio de aluminio con un gesto preciso y decidido, sacó algunas servilletas del bolsillo, se limpió sus propias manos y, con manos temblorosas y gran delicadeza, como si fuera algo sagrado, tomó su rostro. con una mano y acercó la servilleta a sus labios con la otra. Sus dedos, sobre la piel suave y tibia de su rostro, sintieron el ligero temblor de la chica ante su contacto, quizás por haberla tomado desprevenida. Inmediatamente, con movimientos suaves y precisos, limpió con cuidado los restos de salsa.

Cada roce era una tortura deliciosa para Emiliano, que apenas podía controlar el deseo que lo dominaba. Su pecho palpitaba con fuerza y podía escuchar claramente el sonido de su propia respiración entrecortada.

—Listo... —susurró, al acabar de limpiarla, apenas reconociendo su propia voz, antes de llevar la servilleta a sus propios labios para limpiarlos.

—Gracias... —agradeció tímidamente.

El contacto de la servilleta con sus labios fue como una chispa que encendió un fuego en su interior. Sus labios se deslizaron por la suavidad del papel y un gemido apenas reprimido salió de su garganta. Sin dudar, soltó la servilleta y se inclinó hacia adelante, buscando los labios de Alba con una necesidad avasallante. Asombrada, accedió al beso que, pronto, se convirtió en un torbellino de pasión contenida; un choque de labios hambrientos y lenguas que se encontraban en un baile frenético.

El mundo desapareció a su alrededor y solo existían ellos dos, perdidos en ese beso tan esperado. Emiliano se dejó llevar por la sensación abrumadora de deseo; sus manos se aferraron a la cintura de Alba mientras la acercaba más hacia él sintiendo su calor. Luego apoyó su frente

sobre la de ella, respirando con dificultad, besó cada uno de sus ojos y, finalmente, barrió dulcemente su nariz con la punta de la suya. Después de unos minutos, sintió cómo el pulso de ambos se ralentizaba.

—Perdón —resopló tratando de aligerar sus emociones.

—¿Por qué? No tengo nada que perdonarte, Emi —susurró Alba, su voz era un suave murmullo que acariciaba el aire entre ellos—. Yo también tenía muchas ganas.

—Es que... —empezó a decir Emiliano, pero Alba colocó un dedo sobre sus labios, silenciándolo.

—Las palabras sobran —interrumpió ella y un tímido rubor brotó en sus mejillas.

Una sonrisa serena se dibujaba en sus rostros, una que llevaba en sí la certeza de todas las palabras no dichas.

Con las emociones ya serenadas, retomaron su comida, disfrutando no solo de los alimentos ante ellos, sino también de la dulce compañía que compartían.

El mundo alrededor continuó su marcha, pero para Alba y Emiliano, el reloj dejó de avanzar, brindándoles un momento eterno donde solo importaba el compás sincronizado de sus corazones.



Capítulo 10

“No hay nada permanente, excepto el cambio.”

Heráclito

Después de disfrutar la comida, Emiliano tomó la mano de Alba y, colocándole el bastón en la otra, la guio hacia el puesto de algodón de azúcar. Pidió uno de tamaño generoso, de esos que parecen nubes rosadas del atardecer, y lo compartieron mientras retornaban al campus de la universidad.

Alba comentó al llegar que entraría a su habitación para lavarse las manos, las cuales sentía pegajosas por el azúcar; él, por su parte, le dijo que iría a buscar su saxofón. Por un instante breve, consideró la idea de invitarla a su habitación, pero luego decidió no hacerlo, consciente de que ella podría malinterpretarlo. A pesar del torbellino de deseo que lo embargaba, sabía que no era el momento adecuado.

—Te vengo a buscar en unos minutos —aseguró con una voz que intentaba ocultar su ansiedad—. Podríamos ir al salón comunal, ¿te parece?

—¡Dale, buenísimo!

Alba cerró la puerta de su dormitorio detrás de sí y se dejó deslizar hacia el piso apoyando su espalda en la puerta, un suspiro escapó de sus labios mientras las memorias del beso de Emiliano giraban en su mente. La sensación de sus labios aún ardía sobre los suyos, como un fuego suave que no quería extinguir. Se levantó y, con movimientos lentos, contando mentalmente los pasos hacia el baño, se lavó las manos; el agua se llevaba la pegajosidad, pero no el ansia de lo que

vendría.

Entre tanto, el corazón de Emiliano golpeaba fuertemente en su pecho. Al cerrar la puerta de su dormitorio, se apoyó brevemente en ella tratando de tranquilizar las emociones que lo invadían. No era un chico inexperto; a sus veinticuatro años, había tenido numerosas relaciones con mujeres. Sin embargo, nunca había experimentado lo que sentía con Alba, lo cual le generaba ansiedad al enfrentarse a algo tan nuevo.

Recorrió la habitación caóticamente, sin prestar atención a los objetos que tocaba, su mente solo estaba enfocada en ella. Finalmente, se sentó en el borde de la cama con las manos en la cara, apoyando los codos en las rodillas, cuestionándose cómo no había visto a Alba antes. Ella, con su impactante belleza y su vibrante cabello rojo, le parecía imposible no haberla notado antes. Estaban tan cerca, a solo veintiséis puertas de distancia en el mismo pasillo. ¿Cómo era posible? Sacudió la cabeza, deshaciéndose de esos pensamientos, se levantó con determinación, para lavarse las manos y la cara, luego tomó su saxofón, se lo colgó en el hombro y se dirigió hacia la salida de su habitación para ir hacia la de Alba, pero al salir, la encontró frente a él, con la mano levantada en un puño, pronta para golpear la puerta.

—Veintiséis puertas —dijo con una sonrisa que iluminó todo el pasillo cuando sintió que la puerta se abría.

Él sonrió al verla brillar de esa manera y no pudo evitar acomodar la cincha del saxo, tomar su rostro con ambas manos y besarla suavemente. La timidez se apoderó de la chica tras el breve pero dulce beso; sus mejillas se tiñeron de un suave rubor que encantó a Emiliano y, con un gesto casi infantil, Alba inclinó su cabeza para ocultar su rostro, jugueteando con los puños de sus mangas. La inseguridad la envolvía como una neblina, pero la calidez de Emiliano disipaba sus dudas.

Emiliano, consciente del efecto que tenía sobre ella, cerró suavemente la puerta de su habitación, tomó la mano que Alba tenía libre y juntos comenzaron a caminar por el pasillo, dirigiéndose hacia el salón comunal.

El recinto era un espacio relajado y casual, con varias computadoras en un rincón adecuado, bibliotecas, pufs de colores y tamaños variados esparcidos por el lugar, un gran televisor que podía disfrutarse desde la comodidad de un amplio sillón en forma de L, y diversos sillones individuales ofrecían islas de privacidad que eran enmarcadas por alfombras con diseños atractivos. Una larga mesa de estilo industrial, igual que sus sillas, completaban el conjunto.

Las luces estaban apagadas, pero para Alba no había diferencia. Él extendió la mano y tanteó en la pared hasta encontrar el interruptor de la luz.

—¿Te movés con comodidad acá? —preguntó curioso.

—No —dijo sacudiendo con vehemencia su cabeza—, las alfombras, los pufs y los sillones individuales que cambian de lugar todo el tiempo son un problema —respondió con una mueca de exasperación.

Emiliano se prometió para sí mismo que pediría retirar o asegurar las alfombras de alguna manera, aunque todavía no sabía qué hacer con los demás elementos móviles.

—No te preocupes, yo te guío. ¿Nos sentamos en el sillón grande?

—Sí, donde quieras está bien —dijo, sujetando la mano de Emiliano quien caminó hacia el sillón en L para que ella tomara asiento, luego encendió la lámpara que estaba al costado del sillón y volvió a apagar la luz impersonal y directa diseminada por el techo de la gran habitación.

Había pensado que, una vez sentado y con el saxofón en mano, también apagaría la lámpara para sumergirse en la oscuridad que acompañaba a Alba a diario y así sentir la música con sus otros sentidos.

Una vez acomodado, tomó el instrumento y se acercó al interruptor con una mano vacilante.

—Alba... —comenzó a decir con su voz apenas audible—. ¿Si te digo que quiero tocar a oscuras para entender tu mundo y sentir la música como vos la sentís, dirías que estoy muy loco?

Alba giró su rostro hacia él, soltó una risa y habló de inmediato para evitar malentendidos.

—No, para nada, por mí está bien, experimentalo, podés llegar a descubrir que te encanta...

Con un clic suave, la lámpara finalmente se apagó y la habitación quedó sumida en una profunda oscuridad. Emiliano tomó su saxofón; las notas iniciales eran temblorosas mientras sus dedos buscaban su camino en la ausencia de luz.

—Es... es diferente —admitió, haciendo una pausa y con su voz llena de asombro.

—Para mí, la música es luz en esta oscuridad permanente —murmuró Alba, al tiempo que se ponía cómoda en el sillón para disfrutar de la melodía.

Emiliano, ahora más seguro y con los ojos acostumbrándose a la penumbra, se puso de pie, cerró los ojos, dejándose envolver por la oscuridad, y con la boquilla ya en sus labios, comenzó a soplar, interpretando “Stand by me”.

Las primeras notas fueron vacilantes, pero pronto se convirtieron en una melodía fluida, llenando el espacio con una presencia casi tangible. En la total falta de luz, sus otros sentidos se agudizaron y la música se convirtió en su guía hacia la luz.

Mientras tocaba, Emiliano se dejó llevar por las sensaciones que fluían a través de él: el frío metal del saxofón en sus manos, la leve alteración en la atmósfera de la habitación y la resonancia duradera de cada nota que se desvanecía en el aire. Era una experiencia liberadora, un acto de confianza y vulnerabilidad que compartía con esta chica que acababa de conocer.

Alba, sentada en el sillón, se sumergía en cada melodía que Emiliano le ofrecía. Para ella, la música iba más allá de meros sonidos; era un lenguaje que expresaba emociones y evocaba memorias, una manifestación de belleza pura e indestructible que la conmovía hasta el alma. Sentía cada armonía vibrar en su interior, colmándola de una alegría intensa. Al final, las lágrimas brotaron, no de tristeza, sino por la abrumadora plenitud que las emociones le provocaron.

La última nota de Emiliano permaneció suspendida en el aire antes de desvanecerse en el silencio que inundó la habitación. Un sonido suave y apenas perceptible llegó a sus oídos: era Alba, sorbiendo por la nariz. La preocupación se apoderó de él y, con manos ansias y temblorosas, buscó a tientas la lámpara en la oscuridad.

Finalmente, sus dedos encontraron el interruptor y la luz, tenue y ligeramente amarillenta, llenó la habitación, revelando la figura de Alba en el sillón. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, con ojos brillantes y bordes enrojecidos, un reflejo fiel de las emociones que su actuación había desencadenado. Emiliano se acercó, su corazón latía con fuerza ante la visión de su vulnerabilidad.

—¿Estás bien? —preguntó con voz grave, lleno de una preocupación que no se condecía con su tono. Ella se limpió las lágrimas con las palmas de ambas manos y con una sonrisa temblorosa adornando sus labios respondió.

—Estoy más que bien —sorbió por la nariz y continuó—: son lágrimas de emoción, soy muy llorona. —Emiliano respiró en su interior, se acomodó junto a Alba y le entregó una servilleta que sacó de su bolsillo—. *Stand by me* —susurró Alba con expresión serena a pesar de las lágrimas—, la forma en que la tocaste, se sintió como un abrazo, muy hermoso, Emi. Gracias. —Emiliano se alegró por las palabras de la chica.

—Me alegro, mucho, mucho. En la oscuridad, cada sonido se siente más intenso, más personal. Es totalmente diferente, como que todo el cuerpo se pone sensible.

—Sí, a eso me refería antes, tus otros sentidos se ponen alerta. ¿Pero fue malo para vos?

—¡No! Para nada, te diría que mejor, aunque al principio fue difícil, después me dejé llevar y me solté, no sé, no sé cómo explicarlo con palabras, pero estoy seguro de que podés entenderlo perfectamente.

Justo cuando Alba asentía, comprendiendo la experiencia de Emiliano, la puerta se abrió con suavidad y una figura se perfiló en el umbral: era el profesor Augusto, cuya presencia imponente llenaba el espacio. Preocupado por la ausencia de Alba en la sala de música había sido guiado hasta allí por el eco del saxofón a través de los pasillos silenciosos del ala estudiantil.

—Buenas noches —saludó con una voz que, aunque suave, llevaba la responsabilidad de su cargo. Sus ojos se posaron en el chico, y un asomo de sonrisa se dibujó en su rostro—, Emiliano, ¿verdad?

—Sí, profesor, buenas noches.

—Una interpretación excepcional. “Stand by Me”, muy conmovedora. ¡Felicidades!

—¡Gracias! —agradeció orgulloso.

Alba giró su rostro hacia la fuente de la voz, con una mezcla de sorpresa y respeto.

—Profesor Augusto —musitó, su tono reflejaba la estima que le tenía y como un chispazo, recordó que estaba en falta.

El profesor asintió con un suave “ajá” y luego se dirigió a ella con un recordatorio gentil pero firme.

—Teníamos una práctica pautada, ¿recuerdas?

La joven pianista se levantó de golpe, consciente y avergonzada por su olvido.

—Perdón, profe —se disculpó con sinceridad—. Se me pasó totalmente... pensé que me había puesto una notificación, pero parece que no —explicó buscando a tientas su bastón.

Emiliano, al percibir la urgencia en su búsqueda, notó que el bastón yacía a su lado y rápidamente se lo colocó en la mano. Ella le agradeció con un gesto de cabeza.

—Entiendo que estaban muy concentrados —señaló Augusto risueño. Alba se ruborizó y sujetó el bastón con fuerza.

—Voy a... tengo que ir, perdón, Emi, se me pasó y...

—No te preocupes, andá tranquila —interrumpió.

—Gracias, nos vemos después, ¿sí? —expresó, pero su tono estaba matizado por la tristeza de la despedida y por la responsabilidad de su compromiso.

El profesor Augusto observó la escena, debatiéndose entre la empatía hacia Alba y Emiliano y sus deberes como mentor. Por un lado, deseaba invitar al joven a unirse a ellos en la práctica; después de todo, la música era un lazo que unía a todos. Sin embargo, recordaba la importancia del concierto y la necesidad de que Alba, su estudiante más prometedora, se enfocara sin distracciones.

La responsabilidad como mentor pesaba sobre sus hombros, sabiendo que cada decisión podría influir en el futuro de una joven talentosa. ¿Era justo anteponer lo personal sobre la disciplina y el enfoque requeridos para alcanzar la excelencia? O viceversa... La balanza en su mente oscilaba, y con cada movimiento, las dudas crecían. Finalmente, con un suspiro casi imperceptible, Augusto tomó una decisión: la música exigía sacrificios, y en ese momento, la prioridad era el desarrollo artístico de Alba. Emiliano tendría que comprender que no era personal; era simplemente lo que debía ser.

—Claro, tiempo nos sobra —deslizó Emiliano y sonrió levemente.

Augusto hizo un suave movimiento de cabeza hacia Emiliano y se dirigió hacia la salida con Alba. El saxofonista, de pie en medio del enorme salón, escuchaba el golpeteo, ya familiar, del

bastón alejándose por el pasillo. Rascándose la cabeza, se preguntó si debía volver a su dormitorio, quedarse allí mirando televisión o simplemente hacer nada.



Capítulo 11

“En la melancolía descubrimos la belleza de lo efímero.”

Los días festivos pasaron rápidamente, y la vorágine del ritmo académico comenzó a pesar en ambos después de casi dos meses. La inminencia del concierto del fin de semana sumada a las exigentes y largas horas de ensayo y las clases curriculares, les robaba los momentos juntos, sumiendo a Alba en una leve desazón.

En la soledad de su diminuto dormitorio, después de una ducha y ya en la cama, Alba reflexionaba sobre su jornada. Ese día ni siquiera se había cruzado con Emiliano y solo había recibido un mensaje de buenos días muy temprano en la mañana. Los días anteriores habían compartido casi todas las comidas en el comedor estudiantil e incluso se habían encontrado en brevísimos recesos, pero hoy lo había extrañado durante todo el día. Tomó el celular y le envió un audio:

Enviar audio a Emi —dictó y a continuación grabó—: Hola, Emi, hoy el comedor se sentía demasiado grande sin vos ¿qué estuviste haciendo que ni tiempo para almorzar tuviste? No es un reproche, jeh!, es solo que te extrañé. Son días largos y me siento un poco atrapada en esta vorágine agotadora de ensayos y responsabilidades —dijo bajando la voz hacia el final—, pero... te extraño y quería que lo supieras. Espero que tu día haya sido menos gris que el mío. Besos —suspiró y terminó de grabar—. Enviar.

Envió el mensaje con una mezcla de esperanza y vacilación, preguntándose si la distancia del día se acortaría con su mensaje nocturno.

En la penumbra de su habitación y después de ducharse, Emiliano yacía inmóvil en una postura decadente, con la mirada perdida en el techo que apenas distinguía. A veintiséis puertas de distancia, Alba enviaba su mensaje, una súplica silenciosa que atravesaba los muros de soledad que los separaban. Él, con el recuerdo fresco de los ensayos de Alba a los que había asistido secretamente las noches anteriores, se debatía entre el deseo de estar a su lado y el temor de ser un obstáculo en su brillante camino.

El eco de las palabras del tutor, cuyo nombre ni siquiera recordaba y que consideraba demasiado joven e indiscreto para su gusto, resonaba en su cabeza; una advertencia que lo había dejado enfrascado en la incertidumbre. ¿Era realmente una distracción para Alba? ¿Estaba su presencia empañando el brillo de su talento? La idea lo atormentaba, y en un intento de escapar de esos pensamientos, había optado por la soledad de su cuarto para evitar enfrentar la realidad.

Sumido en esa incertidumbre, el teléfono de Emiliano vibró suavemente, una notificación que rompía el silencio y la melancolía de la habitación. Era el audio de Alba, una voz que llevaba consigo la calidez de su presencia. Escuchó cada palabra, sin pasar por alto el tono melancólico empleado, cada pausa, cada suspiro, y sintió cómo el pesar que lo aprisionaba se transformaba en una determinación renovada.

Con una resolución firme, Emiliano se sentó en la cama, su postura ya no era de decadencia, sino de decisión. Hablaría con el profesor Augusto, le pediría su sabio consejo, tanto por él y como por Alba. Porque más allá de la música, había algo que los unía, un lazo invisible pero palpable que no estaba dispuesto a ignorar. Con idéntica determinación, se vistió; su camisa, parcialmente abotonada, y su melena alborotada evidenciaban la urgencia que lo embargaba. Descalzo, abandonó su dormitorio. En el corredor, el ir y venir de los estudiantes se interrumpía al girarse para observarlo. Una vez que llegó a su destino, dudó en llamar a la puerta, pero simplemente se dejó llevar.

Golpeó tres veces de una vez y esperó.

Con delicadeza, la puerta se abrió ligeramente, dejando entrar el sutil perfume de Emiliano que llegó hasta la nariz de Alba, quien sonrió al percibirlo. Los ojos de Emiliano reflejaban un brillo especial; avanzó con determinación hacia ella y, sin pronunciar palabras, tomó su rostro entre sus manos y la besó. Caminó hacia el interior de la habitación, cerrando la puerta con un suave movimiento de pie, sin prestar atención a los estudiantes en el pasillo.

Juntos, Emiliano y Alba se sumergieron en un beso impregnado de pasión que, pronto, se convirtió en el bálsamo que aliviaba la melancolía de sus días. En ese instante, las dudas y la presión acumulada se disiparon, reemplazadas por el ardor que fluía entre ellos. Cada roce de Emiliano provocaba una respuesta en Alba y, en la privacidad de aquel diminuto espacio, ambos se permitieron ser vulnerables.

El mundo exterior se desvanecía lentamente mientras la habitación se llenaba con el sonido suave de sus besos y sus susurros de placer. Mientras se exploraban y desvestían mutuamente en la oscuridad, llenos de deseo, Emiliano guiaba a Alba hacia la cama, sin despegar sus labios de los de ella.

—Son cuatro pasos —susurró sobre su boca. Sabía que la luz no estaba encendida y Emiliano no estaba familiarizado con la oscuridad.

—Mhm... —murmuró, no queriendo dejar de besarla.

Contó los pasos y una vez que llegó a la cama, se deslizó lentamente sobre Alba, sintiendo cada curva y contorno de su cuerpo, memorizando cada suspiro y gemido que escapaba de su boca.

Sin la distracción de la vista, sus sentidos se agudizaron: podía percibir el agradable aroma de

su piel, escuchar los latidos acelerados de su corazón, el susurro de la sangre fluyendo en sus venas, saborearla en cada beso, y experimentar la suavidad y calidez de su cuerpo bajo sus manos.

La pasión se desató en la pequeña cama de una plaza, con los crujidos de la madera sonando al ritmo de sus movimientos. Cada roce, cada beso, se convertían en una sensual danza en la oscuridad que los consumía completamente.

El sudor perlaba sus cuerpos mientras se perdían el uno en el otro, sin preocupaciones ni miedos, solo el deseo y el fuego que los devoraba. Y así, en la intimidad de la pequeña habitación estudiantil de Alba, se entregaron mutuamente, por primera vez, sintiendo que lo que vivían era muy profundo e iba más allá de lo físico.

Finalmente, exhaustos y satisfechos, con sus cuerpos todavía temblando y sus alientos entrecortando el silencio de la habitación, entrelazaron sus manos.

—¿Estás bien? —preguntó Emiliano después de un momento, besando la coronilla de Alba.

—Muy... ¿y vos?

—Ahora sí.

Alba colocó su cabeza sobre el pecho de Emiliano, sintiendo el latir de su corazón bajo su oído. Cruzó una pierna sobre su cadera y, con un gesto tierno y lleno de afecto, deslizó su mano sobre el pecho de él, trazando caricias que se le antojaron etéreas. Emiliano delineó la curva de sus nalgas y se detuvo en el muslo, mientras que la otra mano vagaba por su espalda.

Ninguno de los dos dijo más nada, no había necesidad de palabras.

El aroma a sexo y a sus cuerpos mezclados llenaba el aire, pero también había algo más profundo, algo que los unía más allá del deseo. Era un vínculo nacido de la vulnerabilidad común, de las historias de vida que habían compartido en el tiempo que llevaban juntos.

Y, así, con sus cuerpos enlazados y sus corazones latiendo al unísono, en la escasa cama de una plaza, en medio de la noche, Alba y Emiliano cerraron los ojos y se sumergieron en un sueño reparador.



Capítulo 12

“El día en que sea posible para la mujer amar no por debilidad sino por fortaleza, no por escapar de sí misma sino para encontrarse a sí misma, no para humillarse sino para reafirmarse; ese día el amor será para ella, como es para el hombre, una fuente de vida.”

Simone de Beauvoir

Emiliano despertó con la cálida luz del nuevo día que se filtraba a través de la ventana. Lo primero que sintió fue el ligero peso y el aroma reconfortante de Alba, quien descansaba sobre su pecho. La luz jugaba sobre la piel de la chica, resaltando las pecas anaranjadas que salpicaban su tez nívea.

El contraste era poético: su cabello rojizo, desordenado y esparcido, cubría parte de su rostro en un despliegue salvaje y natural, como llamas capturadas en un instante de tranquilidad. Con un gesto suave y lleno de cuidado, Emiliano apartó esos mechones rebeldes, despejando así su rostro para poder mirarla mejor.

A medida que lo hacía, quedó absorto, perdido en la contemplación de la serenidad de Alba. La vista de ella, tan pacífica y ajena a las preocupaciones del mundo, le infundió una sensación de paz que nunca experimentó después de despertarse acompañado o en una cama que no era la suya. Pero esta era una instantánea de quietud que deseaba congelar en el tiempo, un recuerdo para atesorar cuando los días se tornasen caóticos.

En su pecho, el corazón de Emiliano latía con un ritmo que parecía acompañar la respiración suave de la chica. En la simpleza de ese momento, con los primeros rayos del sol acariciando la piel de Alba después de la locura compartida la noche anterior, supo, en ese instante, que no había lugar en el mundo donde preferiría estar.

Ella, aún sumida en la calidez del despertar, percibió la intensidad de la mirada de Emiliano.

—Si seguís mirándome así, me vas a hacer mal de ojo —advirtió juguetonamente con una sonrisa en su voz ronca.

La risa de Emiliano resonó suave pero clara, llenando la habitación con un eco de felicidad. Se inclinó hacia ella y le depositó un beso tierno en su coronilla, un saludo matutino lleno de cariño.

—Buenos días —murmuró ella con afecto antes de buscar sus labios, encontrándolos con un beso que daba inicio a otro encuentro apasionado.

Sentada a horcajadas sobre él, Emiliano se fascinó al verla disfrutar. Resplandeciente, la luz dorada del sol le daba un brillo mágico que lo hechizaba. Estaba poseído por los gestos de su rostro que acompañaban cada gemido y cada jadeo, por cada movimiento de vaivén, del choque de sus caderas, de sus pechos pequeños, pero perfectos, de la curvatura que formaba su cintura, de su lengua desafiando la suya.

Sabían que no disponían del tiempo de la noche anterior; las responsabilidades volvían a ser el enemigo y, en un breve, pero intenso encuentro, alcanzaron la cumbre del gozo. El cuerpo de Alba se desplomó, hundiendo su cabeza en el hueco del cuello de Emiliano, quien la sostuvo y, mientras las respiraciones volvían a su ritmo normal, garabateó algo indescifrable en la espalda de ella con suavidad.

A regañadientes, Alba se deslizó hacia la cama con pereza. Emiliano no quería romper la magia del momento, pero sabía que debían levantarse. Después de un tiempo, tomó la iniciativa y recogió con delicadeza su ropa y la de ella que estaba desparramada por el suelo, colocando la de Alba sobre el pequeño escritorio que había junto a la mesa de noche, pegada a la cama.

—Dejé tu ropa sobre el escritorio —anunció mientras miraba a Alba remolonear bajo las sábanas, aferrándose al último vestigio de su cercanía, sin poder evitar sonreír.

—Mhm...

—Perezosa... —sentenció con ternura Emiliano y se dirigió a la ducha.

El vapor se disipó lentamente mientras Emiliano salía del baño, envuelto en la frescura del gel de ducha de Alba y la actividad matutina. La figura totalmente desnuda de la joven frente al armario lo detuvo. Sus dedos se deslizaban con confianza sobre la ropa, que estaba perfectamente doblada y ordenada. Él, al verla, se apoyó en el marco de la puerta y no pudo evitar apreciar la belleza absoluta que era. Luego, observó la escena con una mezcla de admiración y curiosidad.

Ella, consciente de su presencia, sonrió sin girarse.

—¿Intentando descubrir mis trucos? —preguntó con una voz cantarina.

—No me atrevería —respondió avergonzado por haber sido descubierto en sus intenciones, al tiempo que caminaba hacia ella, abrazándola por la espalda y besando el hueco de su cuello—, aunque no puedo evitar sorprenderme... cómo hacés para combinar todo tan bien.

—Es todo cuestión de sistema y memoria —explicó con seriedad—. Cada cosa tiene su lugar, y yo recuerdo cada textura, cada forma... —dijo tomando una remera a rayas en una mano y un *jean* blanco en la otra.

—¡Woow!

—Naaa... no soy tan increíble, Emi. Es más sencillo de lo que parece, solo quería ponerle un poco de encanto al asunto. Mirá, cada prenda tiene una etiqueta en Braille con los detalles —

finalmente aceptó riendo y subiendo sus hombros en un gesto de despreocupación.

—No dejás de ser increíble para mí —dijo, besándola suavemente.

Alba desapareció tras la puerta del baño. Emiliano se vistió con movimientos mecánicos y se agachó para buscar sus zapatos debajo de la cama. Sin embargo, recordó entonces, con una risa silenciosa, que había llegado descalzo la noche anterior.

El sonido del agua cesó, anunciando el fin de la ducha de Alba. Emiliano se sentó en la silla del escritorio, esperando. Ella emergió del baño, ya vestida, y comenzó a pasar el cepillo por su cabello húmedo para desenredarlo.

—¿Emi?

—Acá, en el escritorio.

—¿Todo bien?

—Sí, me acabo de dar cuenta de que anoche vine descalzo.

Alba no pudo evitar reír, lo que contagió a Emiliano.

—¿Qué clases tenés hoy? —consultó la chica tras terminar de desenredar su cabello.

—Acústica, Armonía y Repertorio, del tronco común, y luego Métodos, en saxo, ¿y vos?

—Metodología de la investigación, un embole patrio, Organología y ensayo, mucho ensayo.

Alba se calzó las zapatillas mientras hablaban, caminó hacia el escritorio, buscó lo que necesitaba y lo colocó en el morral que se colgó en su espalda: estaba lista para ir al comedor estudiantil a desayunar y comenzar el día.

—Tengo que ir a buscar mis zapatos y mis libros antes de llenar la panza.

—Vamos para el mismo lado —dijo, tomando su bastón que descansaba a un costado de la puerta.

Salieron del dormitorio y el pasillo se llenó de murmullos y miradas furtivas. El cabello húmedo de ambos no dejaba lugar a dudas de lo que había ocurrido en esa habitación, y la ausencia de zapatos en los pies de Emiliano no pasó desapercibida. Alba, aunque no podía ver las miradas, las sentía, y una tensión se adhería a sus hombros con cierta carga. Emiliano, percibiendo su incomodidad, se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Estás bien? —Alba asintió, tomando una respiración profunda.

—Sí, no puedo evitar sentirme... expuesta —confesó con voz apenas audible sobre el chismorreo del pasillo.

—Lo siento, debí haberme ido anoche.

—No, está bien... es solo que prefiero no llamar la atención. Ya sabés, me gusta moverme sin ser notada, al fin y al cabo, parecía que lo había logrado... —dijo, con un toque de acidez que Emiliano no pasó por alto.

Mientras conversaban, caminaban en dirección al dormitorio de Emiliano. El sonido del bastón de Alba marcaba un ritmo constante en el pasillo, que estaba repleto de otros residentes que, como ellos, comenzaban su día. No habían avanzado mucho cuando se encontraron de frente con el celador: un hombre de rostro severo y ojos que parecían registrar cada detalle. Su mirada se fijó en los pies descalzos de Emiliano, y aunque no pronunció palabra, su expresión lo decía todo. Sin inmutarse, Emiliano le devolvió la mirada con una sonrisa desafiante, como si dijera: “Sí, estoy descalzo, ¿y qué?” Luego pasó junto al celador y continuó hasta llegar a su habitación.

La puerta se abrió con un sonido familiar. En el interior, todo se encontraba en la misma posición en la que había sido dejado la noche previa: los zapatos colocados a un lado, los cuadernos dispersos en el escritorio y la cama desordenada. Mientras Emiliano recogía sus cosas, Alba se recargó en el marco de la puerta, atenta a los ruidos que provocaba su movimiento.

Con los zapatos ya puestos, perfumado y los cuadernos bajo el brazo, Emiliano tomó la mano libre de Alba.

—Listo —anunció cerrando la puerta—, me muero de hambre.

—Yo también, anoche no cené...

El celador permanecía de pie en medio del pasillo y se volvió para mirarlos. Esta vez, su atención se centró específicamente en la unión de sus manos, y sacudió la cabeza con desaprobación, intentando no verbalizar lo que debía decir.

Los estudiantes a su alrededor continuaban con sus cuchicheos: algunos con envidia, otros con reproche. Sin embargo, todos sabían que tanto las reglas escritas como las no escritas de la vida universitaria se rompían a menudo en nombre de momentos robados y amores clandestinos.

Los celadores y docentes, conscientes de estas transgresiones, optaban a menudo por mantenerse al margen, permitiendo que la juventud siguiera su curso, siempre y cuando no llamaran demasiado la atención.



Capítulo 13

“Ninguna cosa despierta tanto el bullicio del pueblo como la novedad.”

Francisco de Quevedo

Después del desayuno, Alba y Emiliano se despidieron en el umbral de la cafetería. Sus labios se encontraron brevemente, un gesto fugaz pero suficiente para sembrar un jardín de rumores en el campus.

—¿Viste eso? —murmuró una estudiante a su amiga mientras observaban a la pareja separarse—. Alba y el nuevo... ¿quién lo hubiera imaginado?

En otro lugar del pasillo, un grupo de estudiantes de la misma clase de Alba comentaba en voz baja:

—Ella siempre fue muy reservada y mirala ahora, con ¿Emiliano? No combinan.

Mientras tanto, Emiliano caminaba hacia su primera clase, ajeno a esas conversaciones, pero consciente de las miradas que lo seguían.

—¿Emiliano y la superpianista? —Escucha que alguien dice.

—Sí, yo ya los había visto hace tiempo, pero recién, en el desayuno, me contaron que los vieron salir esta mañana juntos del dormitorio de ella con el pelo mojado y él iba descalzo.

—¿Qué habrá pasado?

—¿Te lo explico o te hago dibujitos?

Emiliano optó por el silencio, pues comprendía que no había razón para dar detalles de su vida

privada en un mundo que no cesaba de juzgar.

Por otro lado, Alba, guiada por su bastón, avanzaba lentamente con la dignidad que la caracterizaba. Su mente estaba en lo bien que lo había pasado, al tiempo que escuchaba los cuchicheos a su paso.

—¿La ciega y Emiliano? —comentó una chica.

—¡Qué injusticia! —respondió la otra.

—¿Vos viste lo bueno que está Emiliano? Ponele que ella no es fea, pero qué desperdicio, por favor... —dijo, sin mucha contención y siguió hacia su clase.

El eco de las voces se desvanecía a medida que Alba avanzaba por el pasillo. Cada paso era medido, y cada movimiento reflejaba la confianza que intentaba demostrar. Los comentarios hirientes, aunque a esas alturas le eran familiares, no dejaban de ser punzantes, recordándole un pasado de dolor, incompreensión y burlas. Sin embargo, ella era una mujer forjada en la resiliencia y el talento. Nunca había creído que su ceguera fuera una barrera, sino más bien una parte integral de la persona en la que se había convertido.

A pesar de su confianza, las palabras crueles se adherían a ella como sombras, susurrándole al oído inseguridades que creía haber vencido. Inseguridades como la que la asaltaba mientras esperaba la comida que Emiliano traería, cuando ambos fueron al parque el día después de conocerse. “¿Y si la ceguera es un obstáculo para él?” Y la siguiente pregunta se cernió sobre ella, como una nube oscura en un cielo despejado: “¿Y si no soy suficiente?”.

Consciente de las miradas cada vez menos indiscretas, Emiliano continuaba caminando por el pasillo. Sus pasos resonaban al compás de las dudas que lo asediaban. La sensación de plenitud que había sentido hasta salir del dormitorio con Alba ahora se había transformado en culpa. Sí, culpa.

Ajeno a los pensamientos de Alba, las palabras del tutor ahora resonaban con más fuerza y eran difíciles de ignorar. “¿Podría ser yo un ancla para ella?”, se preguntó. La idea de ser un obstáculo en la vida de alguien tan talentosa y determinada como ella le pesaba en el corazón.

Antes, la discreción era su aliada, permitiéndole moverse libremente sin atraer atención no deseada y enfocarse al ciento por ciento en su carrera. Pero ahora, marcada por los rumores y las burlas, sintió una responsabilidad que iba más allá de sus propios deseos. Si su presencia en la vida de Alba se convertía en una fuente de distracción o dolor, ¿cómo podría perdonarse?

“¿Y si mi presencia afecta su desempeño?”, se cuestionó mientras entraba a su clase. La posibilidad de que su relación pudiera influir negativamente en la carrera de Alba lo atormentaba. No quería ser la razón por la cual su luz se atenuara, ni mucho menos la causa de una sombra en su brillante futuro.

Con una respiración profunda, Emiliano se decidió a hacer lo que había pensado la noche anterior. Al salir de la clase, iría en busca del profesor Augusto.

Paralelamente, Alba estaba en su clase, sentada en su asiento, perdida en sus propios pensamientos y prestando nula atención a la profesora. Así pasó las horas, sin encontrar un momento en el que pudiera encontrarse con Emiliano. Ese encuentro le devolvería la seguridad y despejaría todas las sombras que hasta ese momento habían empañado la completitud de la mañana.

A lo largo del día, las conversaciones seguían girando en torno a Alba y Emiliano, cada uno aportando su propia versión u opinión del asunto.

Emiliano salió de la clase con la idea de encontrar al profesor Augusto. Sin embargo, su paso fue detenido cuando un mensaje lo redirigió hacia la oficina del tutor. Gabriel lo había citado.



Capítulo 14

“La verdadera arrogancia es la de aquellos que se sienten superiores a los demás, sin siquiera intentar conocerlos.”

Albert Einstein

Gabriel, el tutor, con una mirada perspicaz y unos pocos años más que Emiliano, ya le había advertido sobre las complicaciones que su relación con Alba podría acarrear. Todo eso había sido dado en una breve, pero concisa charla de pasillo hace ya un tiempo. Sin embargo, ahora todo parecía más serio.

Al entrar en la oficina, el ambiente era formal, con un tinte de hostilidad que lo puso en alerta. Gabriel estaba de pie junto a la ventana, contemplando el movimiento del campus que se extendía más allá del cristal.

—Tomá asiento, por favor —indicó apenas girándose. Su tono era calmado, pero había una gravedad en sus palabras que presagiaba la importancia de la conversación que estaba por venir.

Emiliano dudó, pero finalmente tomó asiento. Gabriel se sentó también frente a él y, con una mirada que parecía juzgar más que entender, comenzó a hablar con voz firme.

—Entiendo que lo que voy a decir puede ser difícil de aceptar, pero es mi deber como uno de los tutores de Alba señalar las consecuencias de tus acciones. Tu relación con Alba... —hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado— no solo está afectando su enfoque en los estudios, sino que también está poniendo en riesgo su reputación y futuro profesional.

Emiliano intentó interrumpir, pero Gabriel levantó una mano para detenerlo.

—Déjame terminar. No estoy acá para calificar tus sentimientos, de hecho, no me interesan, pero sí para proteger los intereses de mi alumna en el ámbito académico. Se habla, se rumorea, y eso nunca es bueno en un entorno donde la percepción puede ser tan crucial como la realidad.

—Pero, Gabriel, nosotros...

—No hay *peros* que valgan, Emiliano. Alba tiene un concierto crucial este fin de semana, crucial —enfaticó—, la semana pasada llegó tarde a varios ensayos y antes de eso se saltó otros. Antes, durante la semana, cada minuto libre que tenía se la encontraba en la sala de música y, ahora, ensaya lo indispensable, ni hablar de los fines de semana. Si continúan así, las consecuencias podrían ser severas, no solo para Alba, cuya carrera está a punto de pegar un salto cualitativo, sino también para la tuya que apenas comienza. —Miró a Emiliano con inclemencia y continuó—. No están en igualdad de condiciones, lo sabés, su talento es único, sobra decir que su discapacidad la hace aún más única. ¿Vale la pena arriesgar su futuro por una relación que podría no prosperar?

Gabriel mantuvo su tono firme y su mirada severa, sin dar espacio a réplicas. Emiliano permanecía sentado, sintiendo cómo las palabras de Gabriel lo iban cargando con un peso insoportable; cada sílaba era como un martillo golpeando su conciencia. La severidad en la voz de Gabriel dejaba claro que no era un asunto menor: las consecuencias de sus acciones iban más allá de lo personal, afectando la vida y el futuro de Alba. Se preguntó, quizá como mecanismo de defensa, si no habría otras intenciones en sus palabras. ¿Sería el objetivo y la real preocupación el futuro de la carrera de Alba, o era, lisa y llanamente, una cuestión personal?

Emiliano reflexionó sobre cómo había llegado a este punto. Recordaba los primeros días, cuando la escuchó aquella noche en la sala de música. Rápidamente, todo se había desencadenado hasta desembocar en una relación mucho más íntima y personal.

Gabriel continuó su monólogo, aprovechando que Emiliano guardaba silencio.

—Es más que una cuestión de disciplina, Emiliano. Es una cuestión de prioridades y responsabilidades. Alba está en un momento crítico de su formación y carrera. Cualquier distracción es un lujo que no puede permitirse. No dudo de tus intenciones, pero tenés que entender que un talento como el de Alba es raro y requiere sacrificios.

Emiliano se debatía entre dos mundos. Por un lado, la voz firme de Gabriel le advertía sobre las consecuencias de sus acciones, como si el destino de Alba dependiera de su elección. ¿Era él un riesgo para ella? ¿Debía ser el *sacrificio* del que Gabriel hablaba? Por otro lado, no podía evitar sentirse confundido. Admiraba a Alba: su talento, su fuerza, su capacidad de superar su discapacidad con un coraje que él nunca había visto en nadie más. Quería lo mejor para ella, pero también quería estar a su lado, compartir esos momentos de alegría y tristeza, de éxito y, si los hubiera, de fracaso. La dualidad de sus sentimientos lo atormentaba.

¿Y si Gabriel tenía razón? La duda comenzaba a instalarse cada vez más profundamente en la mente de Emiliano. ¿Valía la pena continuar una relación que podría costarle a Alba su sueño y su futuro? Él sabía que ella vivía la música de una manera diferente al resto; conocía sus sueños, o al menos creía conocerlos. No quería ser la razón por la que no alcanzara sus metas.

Emiliano miró hacia abajo, consciente del peso de las palabras de Gabriel.

—No te pido que termines tu relación, no por lo menos antes del concierto —dijo esto último como un murmullo—, pero sí que reflexiones sobre cómo pueden manejarla de una manera que no comprometa el futuro de Alba. Ella confía en vos, de lo contrario no estaría contigo, y por eso tenés la responsabilidad de honrar esa confianza sin perjudicar su potencial.

¿Qué debía hacer? Emiliano reflexionaba sobre la importancia de las decisiones que tomamos y cómo estas pueden afectar a los demás. Sabía que debía pensar en ella, en su bienestar y en su

carrera. Tal vez era momento de dar un paso al costado, de ser el observador silencioso admirando su vuelo sin ser un lastre. Sin embargo, surgían preguntas cruciales: ¿cómo manejarían su relación a partir de ese momento? Y, más importante aún, ¿cómo se sentiría él al dejarla? ¿Cómo se sentiría ella al ser dejada? Eran interrogantes sin respuesta inmediata.

—Pensalo bien, Emiliano. Las decisiones que tomes ahora pueden cambiar el curso de la vida de Alba. Y eso es algo que ni vos ni yo queremos en nuestra conciencia.

Él escuchaba, y su mente estaba en conflicto entre el corazón y la razón. El corazón le decía que luchara por su amor, que se mantuviera firme y demostrara que podían superar cualquier obstáculo juntos. Pero la razón, alimentada por las palabras de Gabriel, le advertía del peligro que representaba para el futuro de Alba.

La sala se llenó de un silencio ensordecedor mientras luchaba con sus pensamientos. Finalmente, levantó la mirada y encontró los ojos de Gabriel. Había una determinación en su mirada que Emiliano no podía ignorar.

—¿Algo más que tengas que decir? —preguntó Emiliano visiblemente contrariado.

Él tenía mil cosas para decir, la principal era que la relación de ellos era un tema personal que no le concernía a él, pero el tutor ya se había encargado de mostrar la ficha de la preocupación por su desempeño académico. Gabriel se levantó y su silueta proyectó una sombra sobre Emiliano. Inclinandose hacia adelante, bajó la voz a un tono confidencial que contrastaba con su anterior severidad.

—Lo que voy a decirte ahora es de suma importancia y podría cambiarlo todo. Alba tiene la posibilidad de obtener una beca de excelencia en Berklee College. —Gabriel hizo una pausa, asegurándose de que la magnitud de sus palabras calara en Emiliano—. Es una oportunidad única, el sueño de cualquier músico, y ella tiene el talento y eventualmente lo va a lograr.

Emiliano sintió como si el aire se hubiera congelado en sus pulmones. Berklee no era solo una escuela de música; era *la* escuela de música, el lugar donde los mejores talentos se forjaban, donde las carreras se lanzaban a alturas estratosféricas.

—¿Eventualmente? —replicó—. ¿Es una posibilidad o una certeza?

—Digamos que una certeza, pero para que eso suceda, su desempeño este fin de semana tiene que ser impecable. Un observador de Berklee estará allí, atento a cada movimiento y a cada nota, ellos no vienen si no están seguros. —Gabriel se enderezó, su mirada perforaba la del chico—. No podemos permitir que nada interfiera con esta oportunidad. Nada. ¿Está claro?

La habitación volvió a quedar en silencio, solo interrumpido por el sonido sordo de los propios pensamientos de Emiliano chocando contra las paredes de su mente. La beca de Berklee... eso era más grande que cualquier cosa que hubiera imaginado. La posibilidad de que Alba pudiera estudiar en la cuna de los músicos más influyentes del mundo era tanto un honor como un desafío abrumador, y la sola idea lo llenaba de orgullo ajeno.

—Entendés lo que esto significa, ¿verdad? —continuó Gabriel y su voz ahora era un susurro cargado de urgencia—. Esto es más grande que nosotros, más grande que cualquier relación personal. Esto es sobre el futuro de Alba, sobre su legado, y sobre el honor y orgullo de nuestra universidad. Ningún otro alumno llegó a ese nivel.

Emiliano asintió, casi mecánicamente. La oportunidad de la beca de Berklee ponía todo en perspectiva. Su relación con Alba, sus momentos juntos, sus risas y sus sueños compartidos... todo parecía diminuto frente a la inmensidad de lo que Alba podría lograr.

Sin decir más, Gabriel se sintió satisfecho por la gestión.

—No tengo nada más que decir, podés volver a clase.

Emiliano se levantó para irse y antes de salir de la habitación, se detuvo y miró a Gabriel una

última vez.

—Acordate de que esto tiene que quedar entre nosotros hasta después del concierto. Nos encargaremos de hablar con ella cuando tengamos la resolución —puntualizó en un tono plano sin levantar la mirada de los papeles que inspeccionaba en su escritorio.

Con esas palabras, salió de la oficina sintiendo que le faltaba el aire. Gabriel había dejado una semilla plantada en su mente, una que germinaría en las próximas horas o días, llevándolo a tomar decisiones que cambiarían el curso de su relación con Alba. Por ahora, solo podía hacer silencio y contemplar el peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, pero antes que eso, iría al encuentro del profesor Augusto en busca de un oído que aliviara su pesar.



Capítulo 15

“La incertidumbre nos enseña a abrazar lo desconocido con valentía.”

Dalai Lama

En la sala de música, mientras anochece y el cielo se teñía de anaranjado, Alba se sentía cada vez más inquieta. Experimentaba un leve temor, una percepción vaga de que algo iba mal, pero no lograba identificar qué era.

Al tiempo que la melodía seguía sonando, intentaba concentrarse en su práctica, pero su mente se distraía; las notas que antes fluían sin problemas ahora se entrecruzaban, mostrando su estado de ánimo.

Augusto miraba con un sentimiento de inquietud y desconcierto. Jamás había visto a Alba tan alejada de la música, tan desconectada de aquello que siempre había sido su refugio y forma de expresión.

Finalmente, después de un acorde particularmente discordante, Augusto se levantó y, con movimientos intencionados, arrastró una butaca hasta colocarla al lado de Alba. Con un gesto suave pero firme levantó su mano de las teclas pidiéndole que se detuviera.

—Hablemos —dijo Augusto, su voz era tranquila, pero estaba cargada de seriedad.

Alba inclinó su cabeza, escondiendo bajo su expresión la tormenta de emociones que la agitaba. Cerró lentamente la tapa del piano de forma deliberada, y el sonido final de las cuerdas resonó en el ambiente, reflejando su frustración.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, acercándose a ella con auténtica inquietud—. No estás

mostrando tu habitual mejor estado, lo cual resulta inusual en ti. ¿Puedo ofrecerte mi ayuda en algo?

Alba suspiró, la preocupación que había estado anidando en su estómago ahora se manifestaba en palabras.

—No sé, profe. Es solo que... tengo esta sensación —admitió, llevándose las manos a su vientre—, como si algo estuviera cambiando, o como si algo estuviera a punto de suceder. No puedo explicarlo, pero me siento... inquieta. —Hizo una pausa para acomodar sus ideas y continuó—. Además... además está lo de Emiliano.

Augusto asintió, ofreciendo un apretón en su hombro, en un gesto tranquilizador.

—A veces, nuestras intuiciones captan cosas que nuestra mente consciente aún no puede entender; en ti esta percepción se manifiesta con más intensidad, pero sea lo que sea, no estás sola... —dijo y agregó—: mencionaste a Emiliano, ¿están bien? ¿Pasó algo?

Alba le ofreció una sonrisa débil, agradecida por su presencia, orientación y apoyo.

—Sí, lo sé, pero estas intuiciones nunca antes me habían generado ansiedad hasta el punto del desastre de hoy.

—Es normal que las emociones nos afecten; tú vives la música de una forma muy descarnada, por lo tanto, no es raro que cuando te sientes inquieta, eso se refleje. Eres una pianista increíble, Alba; tienes que aprender a manejar y conocer esas emociones para utilizarlas a tu favor.

—Me es bastante difícil... —confesó—. Con Emi estamos bien, diría que muy bien. El problema no es él, sino todo lo que generó en los demás nuestra relación. Los chismes... las risas... las burlas... ¡me siento tan expuesta! —suspiró—. ¿Por qué todo el mundo tiene que opinar sobre nosotros? Es un volver a pasar por la etapa del colegio; estamos en la universidad, sin embargo, la empatía a veces brilla por su ausencia. ¿La gente no se da cuenta de cuánto puede dolerle al otro las palabras? Soy ciega, no sorda; soy una persona que siente, que vive, que ama y que lo merece. Antes, pasar desapercibida era un escudo, pero ahora siento que todos tienen algo que decir.

—Es inevitable que los demás opinen; no está en tu control, solo tienes que aprender a que eso no te afecte.

—A nivel consciente lo sé, lo tengo claro, pero a nivel inconsciente es como algo que está ahí llamando mi atención, pinchándome. ¿Seré adecuada? ¿Soy suficiente? ¿Merezco esto? ¿Y si Emiliano se avergüenza de tener una novia ciega? ¿Y si para él soy solo una... una curiosidad? Algo nuevo y diferente... Agggghhhh —bramó, frustrada.

—Tranquila... Claro que eres suficiente y mereces todo lo bueno que te ocurre. Emiliano te aprecia por quién eres. Tu ceguera no te define, Alba; nunca lo ha hecho. Eres mucho más que eso y Emiliano lo sabe.

—Quiero creerlo, pero el miedo está siempre ahí, acechando.

—Mira, la música es tu lenguaje, tu manera de ver el mundo. A través de ella, nos muestras tu visión, tu fuerza, tu amor. Eso es lo que Emiliano ve en ti.

—No me gusta sentirme así de insegura; es como que esta no soy yo...

—Has superado desafíos más grandes que las burlas y las dudas, y no estoy minimizando su importancia. Ahora, es necesario que apliques la misma determinación que usaste para vencerlos.

—Gracias, profe, necesitaba sacarlo y escuchar eso. Necesito encontrar la armonía nuevamente, en la música y en mi vida.

—Y la encontrarás. Tienes a Emiliano, a mí, a todos los que te queremos y admiramos.

—Lo sé, gracias —agradeció y, tras decirlo, abrió la tapa del piano y procedió a enfocarse en el ensayo.

Recordó la calidez de los besos de Emiliano, la belleza de su interpretación con el saxo, la firmeza de su agarre y su dulzura. La pasión con la que la amó anoche y en la mañana también quedó grabada en su memoria. Además, la sensación de protección y cuidado que Emiliano le brindaba la reconfortaba.

Con todos estos pensamientos en mente, la inquietud que bullía dentro de ella se fue apaciguando mientras tocaba “Icarus”. Augusto, quien estaba a su lado, consideró que esta interpretación fue la más conmovedora que jamás había escuchado.

Emiliano salió de la oficina de Gabriel y necesitó un momento para reorganizar sus pensamientos. Con la intención de buscar consejo, se dirigió a la oficina de Augusto. Sin embargo, una vez allí, le informaron que el profesor estaba en la sala de música.

Sin perder tiempo, Emiliano se encaminó hacia allí, impulsado por la urgencia de hallar respuestas y una solución que no dañara a nadie, sobre todo a Alba.

Cuando se acercaba a la sala, las voces se volvieron más nítidas, reconociéndolas. Se detuvo en la entrada, indeciso. A pesar de no querer ser entrometido, su curiosidad y preocupación lo impulsaron a quedarse al escuchar la frustración en la voz de Alba.

Cada palabra que decía era como una daga para Emiliano, que se clavaba más profundo al darse cuenta de que no había logrado hacerla sentir segura. La culpa lo abrumó, más intensa que nunca, y comprendió que no podía permanecer escuchando en secreto una conversación tan íntima y personal, a pesar de ser parte importante de ella.

Con el corazón angustiado y la mente confundida, Emiliano se retiró en silencio. No era apropiado conversar ni con Augusto ni con Alba en ese momento, no cuando ella estaba tan vulnerable y él contribuía al problema. Optó por regresar a su habitación, un lugar donde podría estar en soledad con sus pensamientos y remordimientos.

Mientras recorría los corredores solitarios, recordaba las palabras de Gabriel: sus elecciones en ese momento podrían alterar el rumbo de la vida de Alba. Emiliano estaba consciente de que debía tomar una decisión, pero se preguntaba cómo elegir entre el amor y el futuro de la persona que amaba. ¿La amaba?

En ese instante, una revelación lo golpeó con la fuerza de una verdad ineludible. La pregunta que se había planteado encontró respuesta en el sonido que acompañaba sus pasos: *sí, amaba a Alba*. No era solo una chispa de pasión o un afecto pasajero; era un amor profundo y genuino que había echado raíces en lo más hondo de su ser en muy poco tiempo.



Capítulo 16

“En el lecho de muerte, las promesas son la melodía que acompaña nuestro último adiós.”

Virginia Woolf

En una habitación con aroma a memorias del pasado, las paredes empapeladas y salpicadas con marcos de fotos en blanco y negro, guardaban historias ligadas a la vida familiar de Emiliano, como testigos silenciosos del inexorable paso del tiempo.

Sentado al borde de la cama, sostenía la mano frágil y arrugada de su abuela, absorbiendo cada palabra que ella, con una voz impregnada de certeza y desafiando la debilidad de sus años, pronunciaba.

Marina, con una mirada cargada de cariño, observaba a su nieto. Notó cómo la tristeza inundaba sus ojos azul claro que solían brillar y ahora le otorgaban una apariencia sombría. La abuela le dio un par de golpecitos en la mano y le habló con amor:

—Emiliano, mi querido nieto, la vida es un papel en blanco, donde tú eres el creador. No permitas que nadie, ni siquiera tu padre, dicte cómo debes vivir tu vida.

Las palabras de Marina calaron hondo a Emiliano, quien estaba a punto de completar su carrera en economía para cumplir con las expectativas de una familia distinguida en el ámbito empresarial. Había sentido la presión de perpetuar el legado familiar y de encarnar la versión de éxito que su padre, Nicolás, había diseñado para él.

Con una perspectiva estratégica en el mundo de los negocios, Nicolás había trazado un

prometedor destino para Emiliano, quien lo había seguido obedientemente a pesar de la carga emocional que conllevaba cada decisión. Su amor por la música había sido sofocado debido a la educación enfocada en aspectos financieros y empresariales.

—Prométeme, Emi —insistió Marina, apretando su mano con una urgencia que sorprendió al joven—, prométeme que serás fiel a ti mismo, que buscarás la felicidad en tus propios términos.

La promesa quedó sellada con un abrazo que contenía toda la sabiduría y el amor de su abuela. Fue un momento suspendido en el tiempo, un instante en el que sintió la claridad de su propósito como nunca antes.

Días después del fallecimiento de Marina, Emiliano se encontraba en la biblioteca de la universidad, rodeado de libros de economía que ya no podían capturar su interés. Las palabras de su abuela resonaban en su mente, como un golpeteo persistente que no podía ignorar. Con cada latido de su corazón, la promesa que había hecho se convertía en una certeza. Fue entonces cuando Emiliano cerró el libro que tenía en sus manos, un gesto simbólico que marcó el fin de un capítulo y el comienzo de otro. Se levantó de su asiento, sus pasos resonaron en el silencio de la sala, y salió del edificio sin mirar atrás.

La brisa de la tarde lo abrazó y alzó la mirada al cielo, donde las nubes tomaban formas caprichosas. En ese momento supo que su vida estaba a punto de cambiar. No sería fácil, enfrentaría la incompreensión y la decepción de su familia, pero la promesa hecha era un faro que lo guiaría a través de la tormenta.

A lo largo de su carrera, había sentido la tentación de abandonar en muchas ocasiones, sin embargo, las discusiones con sus padres siempre lo disuadían. Durante esos momentos de gran preocupación por tener que afrontar un futuro no deseado y una vida insatisfactoria, la música siempre había sido su refugio. El saxofón representaba la expresión de su alma con su melancólico y apasionado sonido. Emiliano ya no podía ignorar el llamado de la música que resonaba en su interior, un llamado que lo impulsaba a tomar la decisión más difícil de su vida hasta ese momento: abandonar, definitivamente, la seguridad de una carrera establecida, un futuro prometedor y sin sobresaltos, para aventurarse en el emocionante pero incierto mundo del arte.

El anuncio de su determinación causó un impacto devastador en la dinámica familiar. Sus padres, Silvina y Nicolás, figuras autoritarias y conservadoras, no podían comprender cómo su hijo, el heredero de un imperio comercial, podía desperdiciar su educación y su futuro por lo que ellos consideraban un capricho. La decepción se reflejaba en cada expresión y en cada mirada. Las discusiones se volvieron frecuentes, y las palabras “fracaso” y “decepción” eran dardos que perforaban el ya frágil vínculo entre ellos.

Sin embargo, él estaba resuelto a perseguir su pasión. Con los ahorros que había acumulado y los ingresos de trabajos *freelance*, pagó su matrícula en la universidad, decidido a cumplir la promesa que le había hecho a su abuela Marina, de buscar su felicidad en sus propios términos. La transición no fue fácil; pasar de una vida de comodidades a una de austeridad requería un ajuste diario. Los lujos se convirtieron en recuerdos, y cada centavo se destinaba a su educación musical.

En la soledad de su habitación, Emiliano reflexionaba sobre su futuro. El miedo al fracaso lo asaltaba en las noches, la incertidumbre de si había tomado la decisión correcta. Pero entonces, tomaba su saxofón y las notas fluían, llenando el espacio con certeza y esperanza y, algunos meses después, como un bálsamo que alivió su alma, conoció a Alba.



Capítulo 17

“En los días oscuros, el amor del ser amado es la luz que ilumina nuestro camino.”

Rumi

Ahora, la pequeña habitación estudiantil se sentía más estrecha que de costumbre; las paredes parecían cerrarse sobre él mientras las palabras de Gabriel y la conversación entre Augusto y Alba resonaban en su mente. Sentado en la única silla del cuarto, con la mirada perdida en la ventana, Emiliano se sentía atrapado en un laberinto de emociones y dudas.

La idea de retroceder, de deshacer sus pasos y volver a un pasado más simple, aunque indeseado, tentaba su espíritu cansado. Sin embargo, era consciente de que no existía tal cosa como una máquina del tiempo, y lo que había vivido, lo que sentía por Alba, era algo que no podía ni quería borrar de su corazón. Era un amor que había crecido en silencio, un sentimiento profundo que se había arraigado en lo más íntimo de su ser.

El concierto del fin de semana se cernía sobre él como una montaña que debía escalar. Sabía que no era solo una presentación; era un símbolo de la encrucijada en la que Emiliano se encontraba. Después de esa noche, después de que las últimas notas resonaran en el conservatorio y el aplauso se desvaneciera, tendría que tomar una decisión.

¿Elegiría escuchar a su corazón o cedería, nuevamente, a las presiones de las expectativas de los demás? La respuesta aún se escondía en las sombras de su incertidumbre, esperando el momento adecuado para revelarse.

De momento, Emiliano se aferraba a su saxofón, permitiendo que la música llenara el vacío de su habitación y de su alma, esperando encontrar en ella la claridad que necesitaba para elegir su destino.

Más tarde, para despejarse, Emiliano decidió darse una ducha, necesitaba lavarse la confusión y el peso de las decisiones que lo agobiaban. El agua caliente era como un lenitivo, cada gota que caía sobre su piel parecía llevarse consigo una parte de sus dudas y temores. Se permitió unos minutos más bajo el chorro, cerrando los ojos, queriendo no pensar en nada.

Al salir del baño, un golpe inesperado en la puerta lo sobresaltó. Con una mezcla de sorpresa y vacilación, se encaminó hacia ella. Al abrirla, el mundo pareció detenerse por un instante: allí estaba Alba, con una sonrisa que irradiaba una luz que parecía disipar las sombras de la habitación y de su corazón.

Su sonrisa, tan perfecta y brillante, hizo que su corazón se apretara en un gesto involuntario y sus ojos se humedecieran, no de tristeza, sino de una compleja mezcla de miedo y culpa. Su presencia en ese momento era un recordatorio palpable de lo que estaba en juego, de lo que podrían perder o ganar dependiendo de la decisión que tomaran.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella al notar su aroma en medio del silencio. Sin palabras, Emiliano la tomó de la mano, tirando de ella hacia él y abrazándola. Alba preguntó con el ceño fruncido—: ¿Estás bien?

—Ahora sí, tuve una tarde de mierda... —confesó y la abrazó más fuerte.

—¿Querés contarme? —Él negó con la cabeza y besó suavemente sus labios.

—¿Cómo estuvo el ensayo?

—Horrible al principio, después de que hablé con el profe, me sentí mejor y fue muy bien.

—¿Te sentías mal? —preguntó todavía abrazándola, instándola a hablar.

—¿Me vas a dejar acá parada o me vas a invitar a sentarme?

—Claro —dijo tomando su bastón y colocándolo de costado a la puerta—. La disposición es exactamente igual que en tu cuarto. —Tomó su mano y la guio hacia la cama donde ambos tomaron asiento—. Entonces, ¿qué pasó durante el ensayo que fue tan horrible? —indagó mientras acariciaba sus manos.

—Esta mañana, después de que nos despedimos en el comedor, mientras iba a clases, en los pasillos todos hablaban sobre nosotros —hizo un breve silencio y continuó—, pero de una forma bastante despectiva que me afectó mucho.

—Perdón, Alba...

—No, Emi, no tiene que ver *contigo*; es que antes pasaba desapercibida y ahora pasé a ser la pianista ciega con el chico nuevo. De alguna manera pensé que había dejado atrás las burlas del colegio, que había superado esa etapa, pero me di cuenta de que sigue afectándome y eso movilizó otras inseguridades —explicó abiertamente—. Así que por eso el ensayo empezó siendo de-sas-tro-zo —enfaticó cada sílaba, luego suspiró antes de continuar—. Después, el profe Augusto se dio cuenta de que algo pasaba y tuve una conversación con él que ayudó a acomodar mis ideas, a darme cuenta de cómo puedo usar las emociones a favor, así que por eso el ensayo siguió muy bien, mejor que nunca —rio.

—Me alegro mucho por lo último y entiendo lo primero porque también escuché comentarios.

—Alba apoyó su cabeza en el hombro de Emiliano en un gesto de cariño—. Me duele que hayas tenido que soportar burlas durante tu época de colegio; nadie debería pasar por eso. Lamento que ahora vuelvas a sentirte así. —Emiliano la miró con una mezcla de culpa y tristeza—. Sobre las inseguridades, Alba...

—Ya pasó, fue algo del momento, en serio, estoy bien.

—Sabés que podés hablar conmigo, ¿verdad?

—Lo sé, Emi —aseguró y para distender el ambiente sombrío, decidió continuar—. Ahora somos la pianista ciega y el chico lindo nuevo, énfasis en *lindo y cito, dos puntos* “¿Vos viste lo bueno que está Emiliano?”

—¿Lindo? —preguntó con un grito agudo y gracioso—. La única opinión que me interesa es la tuya —declaró mirándola con afecto.

—Así dicen, pero como yo no te puedo ver, y no tengo la certeza... capaz que sos un bichito feo —dijo levantando una ceja, luego se acercó y con una sonrisa traviesa levantó las manos y expresó—: dejame verificarlo.

Con ternura, Alba trazó los contornos del rostro de Emiliano mientras él cerraba los ojos, sus dedos se deslizaban sobre su piel. Comenzó por su frente, sintiendo la suavidad de su cutis y la firmeza de su ceño. Sus manos bajaron por sus sienes, delineando la forma de sus cejas, antes de explorar la estructura de sus pómulos, altos y definidos.

Al llegar a sus ojos, Alba se detuvo, sus dedos temblorosos palpando las pestañas de Emiliano, como si pudiera sentir la intensidad de la mirada que tantas veces había capturado su corazón.

—Pestañas largas como abanicos, seguramente tenés ojos expresivos y amables —murmuró y Emiliano sintió un calor crecer en su pecho ante sus palabras.

Las manos de Alba siguieron avanzando por su rostro, siguiendo la línea de su nariz, admirando su rectitud y la delicadeza con la que se unía a sus mejillas. Luego, sus dedos encontraron sus labios, y Alba esbozó una sonrisa al sentir el leve temblor de la boca de Emiliano bajo su tacto.

—Labios suaves, carnosos... sé que son dulces —Emiliano tragó con dificultad y sonrió—, y una sonrisa que siento, incluso cuando no puedo verla —añadió y le dio un suave beso.

Finalmente, sus manos se posaron en su mandíbula, trazando la línea fuerte y definida que hablaba de su determinación y coraje. Alba completó su exploración con un gesto tierno, acariciando su barbilla antes de retirar sus manos.

—Ahora tengo una imagen tuya en mi mente —dijo sonriendo—. Y creo que se quedaron cortos con lo de *lindo*. —Ambos rieron.

Emiliano, conmovido por la intimidad del momento, tomó las manos de Alba entre las suyas y las besó.

—Ahora me vas a contar, ¿por qué tu tarde fue de mierda? —preguntó ella.

—Por lo mismo, Alba —resopló—, porque me jodieron esos comentarios y me dio mucha culpa; te conozco y sabía que te iban a afectar, y eso me hizo sentir horrible. No quiero que esto afecte tus ensayos ni a vos porque, de última, aunque digas que no tiene que ver conmigo, sí lo hace. Sé lo importante que es el concierto para vos y lo que menos quiero es complicarte, no quiero hacerte mal...

—Emi...

—Mhm... —asintió porque las palabras se le agolpaban en la garganta, incapaz de expresar todo lo que sentía y no podía decir.

—Me hacés bien, Emi —dijo y no perdió tiempo en besarlo, un beso profundo que los encendió.



Capítulo 18

“El amor no consiste en mirarse el uno al otro, sino en mirar juntos en la misma dirección.”

Antoine de Saint-Exupéry

La mañana los sorprendió en la estrecha cama, esta vez de Emiliano. Con sumo cuidado para no despertar a Alba, movió suavemente su brazo que estaba atravesado sobre su pecho y se deslizó silenciosamente hacia la ducha.

Una vez fuera, se vistió y se sentó en la silla de su escritorio, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetando la cabeza, mirando a la pelirroja perezosa que dormía plácidamente en su cama.

“Dos días”, pensó. En dos días sería el concierto y, a partir de ese momento, las cosas ya no serían iguales.

Tenía la certeza de que el observador de Berklee se fascinaría con su actuación. Emiliano sabía que sería perfecta y le darían la beca. Ella la merecía, merecía ser reconocida por su talento y su pasión.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, mirando hacia el campus que pronto se llenaría de vida. Sentía un orgullo abrumador por lo que Alba podría lograr, por la dedicación que había puesto en cada ensayo, en cada pieza que tocaba. Pero en el fondo, una sombra de egoísmo se cernía sobre él. Se avergonzaba de esa parte de sí mismo que anhelaba poder quedarse junto a ella, como hasta ese momento, sin la presión ni la sensación de que él era un lastre.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, al tiempo que se desperezaba en la cama.

—En tu concierto.

—Ajá... —ronroneó con voz ronca—. Estos dos días liberaron las curriculares para darme disponibilidad para los últimos ensayos.

—Eso está genial.

—Pero...

—No hay *peros* —enunció serio, quizá más serio de lo que pretendía.

Alba giró su cabeza en dirección a donde venía su voz y frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Emi?

—Tenés que ensayar, es importante, si querés, incluso, puedo acompañarte a los de la tarde y de la noche, pero no podés saltarte ninguno.

—Ya lo sé, no es que pensara en saltarme alguno... —carraspeó habiéndose visto descubierta—. ¿En serio me harías compañía? ¿No te vas a aburrir?

—¡Claro! Es otra forma de poder estar juntos, pero no quiero que sientas presión o que invado tu espacio, o si pensás que puedo ser una distracción, olvidate... simplemente me gusta acompañarte y, además, me encanta escucharte tocar.

—No, Emi, ¡me encanta! ¡Sí, quiero! —dijo con entusiasmo, sentándose en la cama y recogiendo sus piernas.

El cabello de Alba caía como una cascada hasta la cintura, cubriendo su perfil, y Emiliano grabó esa imagen en su cabeza.

—Son las siete y diez, ¿querés quedarte a descansar un poco más y salís después de que el pasillo esté más tranquilo? ¿O cómo preferís manejarlo?

—Voy a bañarme y salimos juntos, ¿me prestás ropa interior y una remera? —Emiliano sonrió.

La idea lo tomó por sorpresa, pero antes de que pudiera siquiera formular una respuesta, una cálida sensación se apoderó de su pecho.

—Claro, dejame buscar, te lo llevo al baño —dijo y mientras iba hacia el armario, continuó—: tu ropa está apoyada en los pies de la cama. ¿Necesitás tu bastón?

—No, estoy bien.

—Dame un segundo que me fijo si no hay nada en el baño que te complique.

—Gracias.

Rápidamente revisó si todo en el baño estaba como en el de ella, dejó una toalla seca en el gancho y salió, indicándole que podía entrar sin problemas.

Buscó un bóxer nuevo y una remera limpia de mangas largas que le quedaría grande, pero que era la más pequeña que tenía.

—¿Puedo pasar? —preguntó tras golpear la puerta.

—Sí.

—Te dejo acá el bóxer y la remera —anunció.

—Gracias —exclamó a través del ruido de la ducha.

Mientras ella se bañaba, Emiliano procedió a buscar los cuadernos y a guardar su saxofón en el estuche.

Alba salió del baño con el cabello envuelto en la toalla, la remera y el bóxer de Emiliano, y esa imagen hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

—Sexy... —exclamó con un tono que no admitía dudas de que lo que estaba viendo, le encantaba.

—Ah, ¿sí? —interrogó dando una vuelta sobre sí misma.

—Muy... —respondió acercándose a ella y quitándole la toalla, haciendo que su cabello mojado se derramara sobre sus hombros. Acunó su rostro entre las manos y la besó, un beso urgente, cargado de deseo, pero no había tiempo, así que no tuvo más remedio que tranquilizarse y descartar esas ideas—. Hermosa —declaró apretando sus nalgas.

Alba sonrió y peinó sus cabellos con los dedos, luego se puso el pantalón.

—Paso por mi dormitorio y voy directo a la sala de música —anunció.

—¿No vas a desayunar?

—No tengo hambre, más tarde me obligo a hacer una pausa y como algo —precisó, terminando de calzarse las zapatillas, al tiempo que se ponía el cárdigan sobre la remera que Emi le había prestado.

—Yo tengo clases ahora en la mañana y después de mediodía tengo práctica de conjunto. Podemos almorzar o voy directo a la sala de música ni bien termine mi práctica —indicó, mientras colocaba el bastón en la mano de Alba.

Mientras hablaban y coordinaban, salieron del dormitorio hacia el pasillo que, nuevamente, desbordaba de estudiantes que hablaban sin reparo. Emiliano apretó la mano de Alba, para enseñarle su apoyo.

—Estoy bien, tranquilo, ya se me pasó, hay que dejarlos ser.

—Si necesitás algo, mándame un mensaje, ¿okey? —urgió Emiliano, con voz firme pero suave.

—No te preocupes, voy a estar bien —aseguró y, poniéndose apenas en puntas de pie, depositó un suave beso en sus labios—. Que tengas buen día.

—Igual vos, hermosa.

Alba sonrió y se encaminó en dirección opuesta a la de Emiliano.

—Alba...

—¿Sí? —Emiliano dudó por un instante.

—Estoy orgulloso de vos.

Las palabras de Emiliano envolvieron a Alba en una calidez que trascendía el contacto físico. No dijo nada, solo sonrió e hizo el gesto de un beso en el aire, luego se giró; el ritmo de su bastón en el suelo, como un metrónomo, marcaba el inicio de su propia jornada.



Capítulo 19

“Nada subyuga al hombre más que el miedo.”

Jean-Paul Sartre

Después de sus clases matutinas y antes del almuerzo, Emiliano revisó su celular para ver si tenía mensajes. Alba, seguramente estaría absorta en su ensayo, por lo que decidió dirigirse con paso incierto a la oficina del profesor Augusto, esperando encontrarlo allí.

La puerta de su oficina estaba abierta y Augusto se encontraba de pie, ordenando papeles que estaban sobre su escritorio y colocándolos en su maletín.

—¿Puedo pasar, profesor?

—Emiliano, ¿qué te trae por aquí? —hizo un gesto efusivo con su mano, indicando que entrara. Cerró la puerta y avanzó.

—Necesito hablar con usted.

—Te escucho...

Y, como un río desbordado, Emiliano comenzó a hablar sin parar. Expuso lo que había hablado con Gabriel, incluso la probabilidad de la beca de Berklee, sus miedos, inseguridades y sospechas respecto a las intenciones del tutor. No se guardó nada. Una vez que terminó su desborde verbal, Augusto se hundió en su sillón y se mantuvo en silencio.

—¿Profesor...?

—Estoy ordenando en mi cabeza todo lo que acabas de decir.

Emiliano se mantuvo alerta; sabía que había sido impulsivo. Mirándolo bien, parecía frenético.

Augusto se tomó un momento antes de hablar; su mirada se suavizó y su voz adoptó un tono de comprensión muy diferente a la de Gabriel.

—Entiendo tus preocupaciones. Es natural sentirse así cuando enfrentamos situaciones que desafían nuestra percepción sobre nosotros mismos y los demás. —Augusto hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. Gabriel es joven e imprudente; él puede tener su propia opinión, pero no es la única verdad. Es cierto que la beca es una gran posibilidad, como bien dijo él, no hemos tenido otro estudiante que pudiera aspirar a ella; Alba es un talento único, también es cierto que eso supone que la reputación de esta institución mejore sustancialmente y, con ello, las inversiones, quizá por eso Gabriel está en una campaña tan agresiva. Es mucha presión, lo sé, pero también conoces bien a Alba, y si crees que tu presencia en su vida es valiosa, entonces eso tiene un peso que no se puede ignorar.

—Pero, ¿y si estoy frenando su potencial? —preguntó con la duda asomando en su voz.

—Mira, Emiliano, cada persona tiene su camino y sus tiempos. Alba encontrará su camino con o sin ti, eso es cierto, pero eso no significa que tú seas un obstáculo. —Augusto se inclinó hacia adelante, enfatizando sus palabras—. Eres un apoyo, eso yo lo veo y ella lo ve, eres alguien que la ha ayudado a superar sus propios desafíos y enfrentar sus miedos. Y eso, mi joven amigo, es tan importante como cualquier técnica o habilidad en el piano.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—No puedo decirte qué hacer, pero sugiero que hagas lo que te dicte el corazón y la razón. Habla con Alba, sé honesto sobre tus miedos y lo que Gabriel te dijo. La comunicación es clave en cualquier relación, y juntos podrán decidir lo mejor para ambos. Y recuerda, Emiliano, en la música y en la vida, la armonía se encuentra en el equilibrio, no en la perfección. —Hizo una pausa mirando al joven delante de él y continuó—. ¿Qué sientes tú por Alba?

Esa pregunta sorprendió a Emiliano, quien levantó la cabeza de golpe para encontrarse con la mirada del profesor.

—Yo... yo me enamoré y es por eso que estoy hecho un desastre, porque no quiero ser la razón de que ella no alcance sus sueños, sus metas. No quiero ser un obstáculo.

—El amor verdadero apoya, no obstaculiza. Si amas a Alba, lo mejor que puedes hacer es hablar con ella. Compartir tus miedos y escuchar los suyos.

—No hablé con ella de todo esto porque Gabriel me pidió que quedara entre él y yo, supuse que usted estaba al tanto de lo de Berklee...

—Así es, todos estamos al tanto, el momento de hablar con Alba será después del concierto.

—Sí, Gabriel también me lo mencionó. Aunque me siento orgulloso por la oportunidad de Berklee para ella, no hablé porque tampoco quería afectar sus ensayos. Ayer, Alba me contó que al principio estuvo horrible y me sentí más culpable aún. Sin embargo, parece que después de conversar con usted, terminó siendo un buen ensayo.

—Sublime, te diría. ¿Te das cuenta? Ella se abrió a contarte sus miedos e inseguridades, eso significa que confía en ti.

—No dudo de eso, dudo de... de mi egoísmo.

—Eres humano, Emiliano.

—Me da vergüenza. Quiero lo mejor para ella, lo quiero, pero la quiero conmigo.

—Esa es una decisión que solo juntos pueden tomar y sea cual sea, será la mejor decisión para ambos. —Emiliano suspiró.

—Tengo miedo de perderla —confesó casi en un murmullo.

—A veces, el miedo nos impide ver con claridad. Confía en el amor que tienes por Alba y en el que ella tiene por ti. Yo creo que ambos podrán encontrar un equilibrio que funcione y que no

entorpezca las carreras o sueños de ambos.

Emiliano asintió, sintiendo un peso levantarse de sus hombros. Augusto le había dado no solo un consejo, sino también una perspectiva que necesitaba escuchar. Con esas palabras resonando en su mente, Emiliano sintió una mezcla de temor y esperanza. Sabía que el camino no sería fácil y con un nuevo sentido de propósito, decidió que hablaría con Alba después del concierto, con la verdad y el corazón abiertos.



Capítulo 20

“Nuestro futuro está determinado por las elecciones que hacemos hoy.”

Catherine Pulsifer

La mañana del concierto había llegado. Al salir del baño, luego de una larga ducha que aplacó la ansiedad acumulada, envuelto en el vapor y la calma que le proporcionaba el agua, Emiliano vio que la habitación estaba vacía. Alba se había ido.

Pero entonces, algo llamó su atención: sobre el pequeño y desordenado escritorio, había un papel doblado con esmero que antes no estaba allí. La hoja era de un blanco immaculado. No dudó en tomarla y, al abrirla, en su superficie brillaba un corazón dibujado con marcador rojo, tan vibrante como el cabello de Alba. Emiliano sonrió al pensar en ella.

Notó que, además del corazón, había algo escrito en Braille. Las pequeñas protuberancias formaban palabras invisibles para sus ojos, pero no para su tacto. Con delicadeza, recorrió los caracteres con la yema de sus dedos. ¿Qué habría escrito allí? Parecía haber sido arrancado de algún lado y, en ese momento, recordó que parecía ser una página del cuaderno de musicografía Braille de Alba.

Emiliano se sentó en la silla junto al escritorio, mirando el dibujo, y no pudo evitar sentir un nudo en la garganta. Con manos temblorosas, tomó el marcador que había quedado apoyado al lado del papel y lo guardó en el lapicero. Luego, pinchó en la pizarra de corcho la hoja y trazó el corazón con sus dedos. Tomó el celular y le envió un audio.

Hermosa, hubiera querido darte un beso, o varios, antes de que te fueras, pero te los doy después. Por cierto, tu nota me encantó. Te veo a la noche, tratá de descansar. Solo quiero decirte que vas a brillar, mi amor. Sos única, Alba, y estoy feliz de tenerte en mi vida. Bueno, me dejo de sensiblerías y voy a lo que iba: Comete el mundo, ¡pelirroja sexy! ¡El escenario es tuyo! Te mando muchos besos, me voy a clases.

Desde que salió de su dormitorio, la ansiedad se apoderó de él. El concierto de Alba estaba a solo unas horas de distancia, y la tensión en el aire era palpable. Cada paso por el pasillo parecía más pesado que el anterior.

En las clases, las palabras del profesor se desvanecían en el fondo mientras Emiliano se perdía en sus propios pensamientos. Por la tarde, en la sala de práctica, Emiliano intentó tocar su saxofón. Sin embargo, las notas se enredaban, las escalas se convertían en laberintos. Su mente estaba en otro lugar, atrapada entre Alba y lo que ocurriría después. El saxofón, que había sido su refugio en tiempos de tormenta, ya no podía contener su espíritu inquieto. El fiel amigo, que había compartido cada suspiro y cada pausa, ya no le ofrecía paz ni refugio; lo que otrora había sido un abrazo cálido, se había convertido en un eco distante.

A la hora indicada, Alba se encontraba tras bambalinas, con una mezcla de nerviosismo y emoción que llenaba el aire. Vestía un elegante vestido negro de terciopelo y repasaba en su mente el repertorio, cada movimiento y cada nota que había practicado incansablemente. El auditorio estaba repleto, y el murmullo del público creaba una sinfonía anticipada que precedía al evento principal.

Emiliano, desde su asiento en la audiencia, observaba el escenario con ansiedad. Recordaba las largas horas de práctica que había compartido con Alba, los momentos de duda y los destellos de genialidad. Ahora, todo se reducía a este instante.

Las luces disminuyeron su intensidad y una calma expectante se apoderó de la sala. Alba inhaló profundamente, consciente de la responsabilidad que tenía sobre sus hombros y el poder de la música que estaba a punto de liberar. Se acercó al piano con su bastón en mano, guiada por el profesor Augusto. Se sentó en la butaca y, con la primera nota, el concierto comenzó. La música fluyó como un río caudaloso, llevando consigo la pasión y el alma de Alba.

La audiencia estaba fascinada; cada interpretación era una historia, un viaje a través de las emociones que la pianista expresaba. Emiliano se sintió desbordado de orgullo al ver cómo la chica que amaba irradiaba la confianza propia de una auténtica artista.

Después de que las últimas notas resonaron en la sala y el sonido de la música se desvaneció, un fuerte y genuino aplauso estalló. Alba, con lágrimas de felicidad, se dio cuenta de que había superado incluso sus propias expectativas.

Emiliano se unió a los aplausos con entusiasmo, sabiendo que el concierto sería memorable no solo por la belleza de su interpretación, sino también por la firme determinación de una pianista extraordinaria. El profesor Augusto, lleno de emoción, avanzó con seguridad hacia el escenario, demostrando su orgullo. Se acercó a Alba y la condujo con cuidado hacia el proscenio mientras le susurraba palabras de felicitación que solo ella podía escuchar.

Al observar al profesor junto a la talentosa alumna, el público aumentó su aplauso al ver su figura venerable. Los padres de Alba, con las manos unidas y lágrimas de emoción desbordando, contemplaban a su hija, quien, transformada por la música, saludaba con elegancia.

Tras ese momento conmovedor, Alba se retiró detrás del escenario, llevando consigo el calor y el reconocimiento del público. Emiliano, ansioso por compartir su alegría y admiración, se abrió paso entre la multitud, pero su marcha se detuvo al encontrarse con Gabriel. La mirada del tutor

era un muro frío e impenetrable, una barrera de hielo que cortaba el aire cálido de la sala. El joven, sintiendo la presión en el pecho, permaneció inmóvil, enfrentando la dura realidad de las palabras antes dichas y los juicios silenciosos.

—No es el momento, Emiliano —sentenció y, con eso, la esperanza de compartir en ese momento la alegría con Alba se diluyó—. Ahora es *cuando*. El observador de Berklee está esperando en la sala; Alba está siendo llevada hacia ahí.

Emiliano entendió que ese no era el momento, que era *el* momento de Alba.

—Señor, señora Próspero —saludó Gabriel con un gesto cortés.

El chico se giró y se encontró con una pareja visiblemente emocionada. Supuso que eran los padres de Alba, ya que el cabello del hombre era tan colorado como el de ella.

—Gabriel... vamos a pasar a saludar a Alba —comunicó Mariana.

Emiliano se encontraba en una encrucijada de emociones. Por un lado, la inmensa alegría y el orgullo que sentía por Alba lo impulsaban a querer compartirlo con ella; por otro, la incertidumbre. La presencia de los padres de Alba, con sus ojos brillantes de emoción, le recordaba la importancia de la noche para todos los involucrados, pero, sobre todo, para ella.

Se preguntaba si lo había mencionado, si sabían de su existencia, de la cercanía con su hija. La idea de presentarse y ser recibido con miradas de desconcierto lo agitaba, pero la posibilidad de parecer descortés por no hacerlo también lo inquietaba. “¿Y si no saben quién soy?” “¿Y si Alba no les contó sobre mí?” pensaba, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho.

Gabriel, con una firmeza incontestable, le indicó a Emiliano que era momento de retirarse. Justo cuando iba a obedecer a regañadientes, sintiendo la decepción pesar en su estómago, los padres de Alba lo miraron. Sus rostros se iluminaron con sonrisas cálidas y una luz de reconocimiento brilló en sus ojos.

—Tú eres Emiliano, el saxofonista, ¿verdad? El amigo de nuestra Alba —preguntó el padre, extendiendo su mano en un gesto amistoso—. Soy Octavio, el padre de Alba, y ella es Mariana, su madre.

Emiliano asintió con sorpresa y alivio. Experimentó una calma intensa, como si el oxígeno regresara a sus pulmones tras una inmersión prolongada.

—Sí, soy yo. Mucho gusto, Alba me habló mucho de ustedes —respondió, relajando la tensión de la incertidumbre y reflejando la sinceridad de su corazón.

—Alba nos ha contado tantas cosas maravillosas sobre ti. Estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho por ella, por tu apoyo y tu cuidado —expresó Mariana. Se acercó con gratitud genuina y, con su intuición de madre, notó la tensión entre Gabriel y Emiliano. Miró a los dos hombres con ojos que mostraban la sabiduría y el amor de haber dedicado su vida a la familia, y de manera categórica declaró—: Vamos a entrar a ver a Alba. *Los tres*.

No había espacio para el debate en su tono; era una declaración, un mandato materno que emanaba de su ser. Gabriel, a pesar de su autoridad previa, asintió con respeto, reconociendo la fuerza de la mujer.

Emiliano, aún procesando el cambio de eventos, se sintió reconfortado por la inclusión. La aceptación tácita de Mariana era un alivio para su alma trémula. Con una sonrisa agradecida, siguió a la pareja, su corazón latía al ritmo de una melodía silenciosa de gratitud y anticipación. Juntos, se dirigieron hacia el lugar donde Alba, la estrella de la noche, esperaba.

Gabriel, con un gesto de cortesía profesional, se adelantó para abrir la puerta, permitiendo que Mariana y Octavio entraran primero. A pesar de su gesto, no pudo ocultar una mirada cargada de reprobación hacia Emiliano, quien percibió la frialdad en sus ojos. Sin embargo, él eligió ignorarla, enfocándose en el apoyo que acababa de recibir de los padres de su chica y las ganas

que tenía de verla y felicitarla.

—Por favor, esperen aquí un momento —dijo Gabriel con voz baja pero firme—. Alba está en una reunión importante con el decano y un representante de Berklee, además del profesor Augusto. Será mejor no interrumpir.

Mariana se asombró, pero asintió con comprensión, mientras que Octavio colocó una mano reconfortante sobre el hombro de Emiliano, como si quisiera transmitirle una silenciosa solidaridad. Agradecido por el gesto, se mantuvo paciente, con la mente divagando entre la emoción del concierto y la ansiedad por lo que estaba por venir.

Descansó contra la pared fría a sus espaldas, su mente estaba llena de pensamientos y emociones. Aunque Octavio y Mariana lo habían incluido con confianza, él se sentía como un intruso en ese momento tan importante.

“¿Qué estoy haciendo acá, realmente?”, se cuestionó, luchando con la sensación de ser un espectador en la vida de Alba. No tardó mucho en oír la voz del decano que resonó en la sala, sacándolo de sus cavilaciones.

—¡Felicidades! —exclamó con voz resonante—. Alba finalmente ha sido admitida a la beca de excelencia en Berklee a la que se postuló. Como institución y mentores, nos sentimos honrados al ver a nuestra mejor estudiante recibir tal reconocimiento —expresó con un fuerte apretón de manos, un brillo de orgullo en sus ojos y un entusiasmo que apenas podía ocultar.

Mientras tanto, Emiliano seguía apoyado en la pared, que parecía soportar sus dudas, y sentía cómo su mundo giraba a una velocidad vertiginosa. La noticia era motivo de celebración, pero en su interior, una voz le susurraba, haciéndole cuestionar su lugar en ese nuevo capítulo de la vida de Alba. “¿Esto es todo?”, se preguntó, sintiendo una mezcla de orgullo y una inexplicable sensación de pérdida.

Y, en ese instante, la verdadera magnitud de la situación lo impactó con fuerza: Alba estaba a punto de embarcarse en un viaje que la llevaría a nuevos horizontes, lejos de él.



Capítulo 21

“La seguridad excesiva es el preludio de la caída.”

Tito Livio

Mariana y Octavio, tomados de las manos, escuchaban al decano describir el brillante futuro que aguardaba a su hija. El orgullo que sentían era inmenso, un sentimiento que trascendía el espacio de aquella sala.

—Es un talento que ha florecido gracias al apoyo de todos en la universidad —dijo Octavio con voz temblorosa por la emoción.

—Sí, de *todos*... —añadió Mariana, lanzando una mirada llena de gratitud hacia donde Emiliano estaba de pie, al tiempo que no se perdía la leve mueca de disgusto de Gabriel ante su aclaración.

Desde la distancia, Emiliano observaba la escena, sintiendo una mezcla de felicidad por Alba y un vacío ante su inminente partida. La sonrisa de Alba, brillante y esperanzada, era el reflejo de su alegría y las oportunidades que se desplegaban ante ella. A pesar del peso en su corazón al pensar en un futuro sin su constante presencia, sabía que era el comienzo de algo grandioso para ella. La decisión había sido tomada.

Cuando Emiliano estaba a punto de retirarse, sumido en sus pensamientos, Octavio se acercó y le dio una palmada en el hombro, devolviéndolo al presente.

—¿No es increíble, Emiliano? —preguntó Octavio, con su tono cargado de emoción y orgullo. Con una sonrisa sincera, Emiliano asintió, reconociendo la importancia del momento.

—Ella es más que increíble, no solo por haber sido seleccionada para la beca; esa es solo la confirmación de su talento excepcional y su merecido éxito —afirmó y continuó—. Es el comienzo de una nueva etapa para Alba y no podría estar más orgulloso de ella —respondió Emiliano, cargando en su voz el huracán de emociones que lo embargaba.

Octavio lo miró con ojos brillantes en un claro acuerdo, y Mariana, con un gesto suave de su cabeza, confirmó el sentimiento. El ambiente se llenaba de un orgullo tangible, una amalgama de emociones que se entrelazaban en el aire.

Mientras tanto, Gabriel, con la astucia de un zorro en un gallinero, se deslizó furtivamente aprovechando la distracción del decano con los señores Próspero para acercarse a Alba. Ella, ajena a las tensiones a su alrededor, conversaba animadamente con el representante de Berklee y el profesor Augusto.

Emiliano observó la escena; su mirada estaba fija en la figura del tutor, siempre el estratega, midiendo sus movimientos con una precisión casi teatral, asegurándose de que cada gesto y cada mirada fueran calculados para no despertar sospechas. Su sonrisa era la máscara perfecta de cordialidad, ocultando sus verdaderas intenciones como un mago esconde su as bajo la manga. Internamente, maldecía a Gabriel en varios idiomas, reflejando su frustración e impotencia ante la maniobra oportunista.

Se recordó a sí mismo que la noche era sobre Alba y su futuro, no sobre Gabriel, ni mucho menos sobre él. Con una mirada llena de cariño y admiración, no podía apartar sus ojos de ella. Mariana, percibiendo la ternura del chico, sonrió con comprensión y un toque de complicidad. Al concluir la conversación con el decano, Mariana elevó la voz, clara y firme, para cerrar la brecha emocional que Gabriel había creado.

—¡Vamos! —clamó, y con una sonrisa y un tono que no ocultaba su sarcasmo agregó—: parece que Gabriel, siempre tan eficiente, ya ha tomado la delantera.

Con paso decidido, se dirigieron hacia Alba, llamándola con la ternura única de padre y madre. Al oírlos, ella giró su rostro, y su sonrisa floreció en un destello de felicidad genuina.

—¡Felicidades, hija! —exclamaron casi al unísono.

—¡Mamá, papá! ¡Gracias! ¿Ya lo saben? —inquirió, con una pregunta retórica que reflejaba su entusiasmo.

—Sí, cariño —respondió su madre apretando sus manos—, estamos tan orgullosos de ti...

—¡Gracias, mami! Yo sé...

Octavio, un hombre con una sensibilidad, emotividad y formalidad marcadas, aclaró su garganta, mostrando la importancia de lo que iba a decir a continuación.

—Desde que naciste, has sido una luz brillante, iluminándolo todo, Alba. Eres un ejemplo de perseverancia, una inspiración no solo para aquellos que comparten desafíos similares, sino para todos los que te rodeamos —dijo Octavio emocionado, conteniendo el temblor en su voz antes de continuar—. Tu determinación y voluntad han sido inquebrantables, enfrentando cada desafío y superando obstáculos que muchos no podrían imaginar. Has demostrado que nada, ni siquiera los límites que otros perciben en ti, puede definir tu esencia o tus capacidades. Hoy, al verte alcanzar este sueño, mi corazón se desborda de orgullo. Este logro es un testimonio de tu arduo trabajo y de la pasión que pones en cada paso que das. Siempre estaremos a tu lado, hija, apoyándote en cada nueva aventura, en cada sueño por venir —añadió con lágrimas en los ojos.

—¡Gracias, pa! Todavía no lo puedo creer —respondió con emoción—. ¡Berklee! ¡Mi sueño más grande! —exclamó sin poder contenerse.

Emiliano observaba la escena, sobrecogido por las palabras y el apoyo de Mariana y Octavio, aunque sentía una profunda gratitud hacia ellos, una punzada de anhelo se apoderó de su

corazón; deseaba un poquito de ese apoyo por parte de sus propios padres, quienes, ausentes y enojados, no compartían su alegría ni su incertidumbre. El chico se mantuvo un paso atrás, no queriendo interrumpir el íntimo momento de Alba con sus padres, pero su corazón latía con fuerza por el cariño y la admiración que sentía por ella.

El profesor Augusto, testigo de la situación, consciente de la maniobra de Gabriel y la reacción contenida de Emiliano, le ofreció un gesto de cabeza, un mensaje silencioso de apoyo. Él, reconfortado por el gesto, deseaba creer que, a pesar de todo, las cosas estarían bien.

—¿Emi? —preguntó Alba con incertidumbre.

Creyó haber percibido su aroma; sin embargo, en una sala llena de gente, con distintos aromas, ruidos y emociones, su percepción se veía afectada. Gabriel frunció el ceño, confundido e irritado, sin comprender que algunas conexiones trascienden los sentidos.

—Alba... —susurró acercándose a ella, sin perder de vista la mirada de fastidio del tutor—: estuviste maravillosa, te dije que te ibas a comer el mundo, y así fue. ¡Felicidades! ¡Estoy tan orgulloso de vos! Te merecés todo esto y más.

Alba acortó la distancia y se lanzó a los brazos de Emiliano, conmovida por la sinceridad de las palabras de quien se había convertido en una de las personas más importantes de su vida.

—Gracias, Emi... —enfaticó, apoyando una mano en el corazón del chico—. Y gracias por el audio de esta mañana, fue hermoso —musitó, dándole un beso rápido y fugaz sobre los labios.

Gabriel, con un gesto de desaprobación apenas disimulado, carraspeó con fuerza, interrumpiendo el tierno momento. Su mirada se endureció por un instante, recordándole el decoro esperado en tales circunstancias. Luego, su expresión se suavizó al dirigirse a los presentes.

—Si les parece bien, nos están esperando en la sala contigua para un brindis —indicó, señalando la salida.

Cambiando a un inglés perfecto que denotaba su educación y experiencia internacional, a pesar de su juventud, Gabriel invitó personalmente al señor Thompson, el representante de Berklee, a unirse, dirigiéndolo hacia la puerta.

Al tiempo que Gabriel y el señor Thompson caminaban adelante, cada uno tenía una opinión sobre la actitud del tutor que, con su intervención, había dejado una impresión de arrogancia, como si hubiera usurpado un momento que no le correspondía, eclipsando la discreta autoridad de Augusto.

Alba, sintiendo el calor de Emiliano, se debatía entre el fastidio y la confusión por la petulancia y el control de Gabriel. “¿Quién le dio esa potestad?”, se preguntó, deseando que la noche no se viera empañada por tensiones innecesarias.

Octavio, con una mirada crítica, no pudo evitar sentirse contrariado por la falta de tacto de Gabriel. “Un joven brillante, pero demasiado arrogante”, reflexionó.

Mariana, por su parte, veía en el tutor un reflejo de ambición desmedida, algo que ella misma había experimentado en su juventud. Sin embargo, sabía que el respeto era fundamental, y la actitud de Gabriel no había sido respetuosa, pero lo que más la inquietaba, eran las miradas subrepticias que él lanzaba a su hija, que iban más allá de la simple admiración por una estudiante talentosa, y la manera despectiva en que trataba a Emiliano.

Emiliano, de la mano con Alba, la guiaba hacia la sala donde, seguramente, otras autoridades y docentes de la universidad estarían esperando para el brindis. La actitud de Gabriel le había dejado un sabor amargo, una mezcla de irritación y desconfianza por cómo había ensombrecido la figura del profesor Augusto, un hombre que merecía todo su respeto y admiración; no solo de él, sino de toda la universidad. “Siempre tratando de ser el centro y controlar todo y a todos,

incluso en momentos que no le corresponden”, pensó. Además, no podía evitar notar la forma en que Gabriel se dirigía hacia Alba, un interés que iba más allá de la mera tutoría.

Desde que Gabriel lo llamó a su oficina, él albergaba la misma sospecha que Mariana, la cual se intensificaba con los acontecimientos del día.

Augusto, por su parte, acostumbrado a mantenerse al margen del protagonismo, siempre observador y reflexivo, no dejaba de analizar la conducta de Gabriel. “Tiene talento y carisma, pero aún le falta madurez para entender que el verdadero liderazgo implica servir y respetar a los demás, no solo controlar”, pensó. Conocía la impulsividad de Gabriel, pero hoy había notado, además, una ambición y una soberbia decepcionantes.

Con estos pensamientos, el grupo entró en la sala del brindis, donde Alba fue recibida con otra ovación.



Capítulo 22

“El miedo a perder al ser amado es el precio que pagamos por amar de verdad.”

Nicholas Sparks

Tras concluir el ágape, Alba se despidió cortésmente de las autoridades que se acercaban con felicitaciones y buenos deseos. Con cada palabra, sentía cómo el peso del cansancio acumulado por las extenuantes horas de ensayo de los días anteriores, sumado al estrés del concierto y la emoción de la beca, le pasaba factura. Se sentía como si llevara el peso del mundo en sus hombros, algo que ya comenzaba a notársele.

—¿Querés ir a descansar? —preguntó Emiliano en su oído.

—Sí, estoy molida —dijo e inmediatamente aclaró—. Este finde me quedo en lo de mis padres...

—Ah... —La frase quedó suspendida en el aire.

Él había imaginado un escenario completamente diferente para esa noche, uno en el que no estaría solo en el diminuto cuarto estudiantil, sino compartiendo la alegría con ella.

Había soñado con celebrar juntos sus logros, contarle que la apoyaría en cada paso de su nuevo camino, que estaba orgulloso de ella, de sus esfuerzos y de la beca que había conseguido. Pero esas simples palabras lo habían dejado sintiéndose solo, desplazado y un poco decepcionado.

Advirtiendo una brisa de desilusión en el tono de Emiliano, el corazón de Alba se apretó con

la preocupación de haberlo herido, de ser la causa de un silencio tan pesado como sus propios pensamientos.

—¿Estás enojado? —preguntó, mientras una sombra de culpa se deslizaba por su conciencia.

Ella esperó, buscando una respuesta que disipara sus temores. Lo que encontró fue la complejidad de sus propias emociones reflejadas en él: sabía que Emiliano quería que celebraran juntos, ser su refugio en esa noche de triunfos y tensiones, y también sabía que, al igual que ella, la incertidumbre por lo que pasaría con ellos a partir de los últimos acontecimientos era una espina clavada difícil de ignorar y tenían que hablarlo.

—No, es solo que soy un poco egoísta —susurró.

—Lo siento, Emi... —quiso decir más, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. En su lugar, ofreció una sonrisa cansada, un pálido reflejo de su gratitud y el deseo de escapar hacia la serenidad de su hogar para pensar en todo lo que tendría por delante.

—Está todo bien, andá a descansar que lo merecés y necesitás.

La elección entre cumplir su gran sueño y Emiliano era una tormenta que se avecinaba en el horizonte. No era justo que el amor y la ambición estuvieran en lados opuestos, obligándola a tomar una decisión que haría a una de las partes infeliz; pero en ese momento, con su reserva de energía consumida, Alba se encontraba incapaz de librar esa batalla. Necesitaba dormir, recuperar fuerzas y, quizás, con la luz del día, encontraría la claridad para tomar una decisión.

—Alba, cariño, ¿nos vamos? —sugirió Mariana.

—Sí, mamá, por favor. Estoy muerta de cansada.

—¿Emiliano?

—¿Sí, señora Próspero?

—No seas tan formal, soy Mariana. —Emiliano sonrió—. ¿Vienes con nosotros?

La repentina invitación de su madre tomó por sorpresa a Alba, y Emiliano lo notó.

—Gracias, señ... —se interrumpió ante la filosa ceja levantada de la mujer— ...Mariana, pero no es conveniente. Fue un día largo con muchas emociones, es mejor que Alba descanse, tendrá mucho en qué pensar —hizo una pausa y continuó—: ya habrá otras oportunidades —dijo con reservas.

—Entiendo —lamentó, pero comprendió que el ánimo de los chicos no parecía ser el mejor.

—Estoy muy feliz por vos, Alba —dijo sorprendido por su propia contradicción—. Descansá, ¿sí? —aconsejó, soltando su mano.

Después, saludó a Octavio y Mariana con un apretón de manos, se dio la vuelta y salió, dejando a Alba con una sensación de vacío que nunca antes había experimentado.

—Vamos, hija, estás agotada —sugirió Octavio, extendiendo su brazo hacia Alba—. Mañana será otro día.

Padre y madre compartieron una mirada, una expresión silenciosa que mostraba inquietud y empatía.

Al llegar a casa, Alba fue directamente a su habitación, permitiendo que la familiaridad del espacio la abrazara. Sin siquiera cambiarse la ropa, se desplomó en la cama y, en ese instante de semiconsciencia, justo antes de dormirse, un último pensamiento llegó a su mente: Emi. Se levantó de la cama y rescató su celular de adentro de su bolso con la ilusión de haber recibido un nuevo mensaje, pero no fue el caso. Por lo que decidió escuchar el que le había enviado esa mañana. Con la voz de Emiliano susurrando en su oído, el cansancio acumulado, la presión y la incertidumbre la vencieron, y pronto se sumergió en un sueño profundo.

Emiliano se sentó en la cama, en la oscuridad de la habitación que era débilmente cortada por la luz de la luna que entraba por la ventana y que apenas iluminaba el lugar. Las memorias de los

más de dos meses compartidos con Alba pasaban ante él sin pausa: las conversaciones largas y profundas, las risas, las charlas superficiales, los chistes, la complicidad, los instantes de intimidad que comunicaban más de lo que las palabras podían transmitir, incluso los silencios. Cada recuerdo era un tesoro y una tortura, un aviso de lo que podrían dejar atrás.

Había pensado en enviarle un mensaje, una costumbre que se había convertido en su forma de conexión más esencial con Alba para expresar emociones que no podían verbalizar cara a cara, pero esta vez, algo lo detuvo. “Necesitamos espacio”, se convenció, aunque cada fibra de su ser se rebelaba contra la idea. “Es lo mejor para los dos”, y enseguida la duda lo volvió a asaltar: “¿Y si el espacio solo ensancha la brecha?”, se preguntó, temeroso de que la distancia pudiera convertirse en un abismo insalvable.

Su relación, suspendida en el limbo de decisiones no tomadas, pesaba sobre él. No habían tenido tiempo de hablar sobre cómo seguirían o si seguirían. Entonces, en pleno soliloquio y de manera inesperada, la ira lo golpeó como una llama que consumía la calma de la noche cuando las palabras del decano vinieron a su mente: *Ella* se postuló, ¡se postuló!

Tras largas elucubraciones, noches sin dormir, miedos e inseguridades, Emiliano había comprendido que la beca era una oportunidad única para ella, que la apoyaría y lucharía por la relación, pero ahora, la confianza o, mejor dicho, la falta de ella, amenazaba nuevamente el futuro de la relación y eso fue como un rayo que lo asoló.

Alba, la mujer con la que había compartido, básicamente, todo, había guardado silencio sobre algo tan importante: su gran sueño, una beca que podría cambiar su vida y la de ambos. No era una obligación revelarlo, pero ocultarlo se sentía como una traición silenciosa.

Emiliano se levantó, la oscuridad ya no era refugio sino prisión. Las sombras de la habitación parecían burlarse de su dolor, de su sorpresa, de su descubrimiento. Sería una noche larga, llena de pensamientos que lo agobiaban sobre un futuro que deseaba, pero que se sentía cada vez más lejano.



Capítulo 23

“En un momento de decisión, lo mejor que uno puede hacer es lo correcto, lo siguiente mejor es lo incorrecto, y lo peor que uno puede hacer es no hacer nada.”

Theodore Roosevelt

Los primeros rayos de sol se filtraban suavemente a través de las hendiduras de la persiana, anunciando el comienzo de una nueva jornada. Aún confundida por el sueño interrumpido, Alba se levantó tambaleante, contando mentalmente los pasos hacia el baño.

El impacto, y agudo dolor en su cadera la hizo darse cuenta de que no estaba en su dormitorio estudiantil, sino en la habitación de su infancia. El malestar del golpe se entremezcló con su mal descanso y la añoranza por Emiliano; se había acostumbrado a compartir la pequeña cama, ya fuera en su dormitorio o en el de él, no importaba. Allí, de pie, apoyada en el escritorio agresor, masajeó la zona afectada y reflexionó sobre cómo cada objeto, cada mueble, evocaba tiempos más simples, épocas sin complicaciones amorosas ni decisiones que cambiarían su vida.

Mientras tanto, Emiliano había pasado la noche en vela, cada hora marcada por el *tic-tac* del reloj de la mesa de noche y el eco de sus propios pensamientos. El aroma de Alba, impregnado en la almohada, era un dulce tormento que no le permitía encontrar paz.

Al levantarse, su mirada se posó en la hoja que había fijado en la pizarra de corcho, un corazón dibujado en un impulso de cariño. Ahora, ese gesto le parecía una cruel ironía.

Con el bastón en mano, Alba salió de su dormitorio y, al llegar a la cocina, el aroma del café recién hecho y las medialunas calentitas la envolvieron, pero no lograron disipar la nube de su malhumor.

Sus padres intercambiaron una mirada de complicidad antes de saludarla con un simple “buenos días”. Mariana, con la intuición de madre, ya planeaba una tarde de paseo para conversar a solas con su hija, buscando aliviar el peso que llevaba sobre los hombros.

Alba se sentó en silencio, y Octavio, con la delicadeza que la situación requería, le sirvió una taza de café.

—Café y medialunas frente a ti —indicó ubicando la taza al alcance de su mano.

—Mhm...

—¿Mermelada en la medialuna? —preguntó Mariana, con suavidad, en un gesto maternal que buscaba reconfortarla.

—No, gracias, ma.

El desayuno transcurría en un silencio espeso, solo interrumpido por el suave tintineo de las cucharas contra las tazas y el ocasional crujir de una medialuna.

Mariana observaba a su hija, percibiendo la tensión en su postura y la forma en que sus dedos jugueteaban con la cucharilla, evidenciando claramente su inquietud. Octavio, mientras tanto, parecía leer el periódico, pero en realidad estaba concentrado en Alba, atento a cualquier variación en su expresión facial. Ambos mostraban un mutuo respeto por ese silencio, comprendiendo que había palabras que aún no estaban preparadas para ser pronunciadas.

Del otro lado de la ciudad, Emiliano optó por no pasar todo el fin de semana encerrado en su habitación. No sabía a dónde ir, pero no quería enfrentar la atmósfera pesada de la casa de sus padres ni los reproches que pudieran venir con ella; con sus propias batallas ya tenía suficiente.

Extrañaba el cariño incondicional de su abuela, un refugio seguro en tiempos de tormenta. Miró el reloj y se dio cuenta de que era demasiado temprano para llamar a su amigo Manuel. Así que, con una mezcla de frustración y determinación, se vistió y salió hacia la cafetería cerca del campus.

Mientras recorría las calles conocidas, Emiliano se encontraba en una vorágine emocional. ¿Debía esperar a que ella se pusiera en contacto con él? ¿Y si no lo hacía? La incertidumbre lo carcomía.

La ciudad parecía ajena, como si él también estuviera a miles de kilómetros de distancia de su propia vida. El futuro se extendía ante él como un abismo, y no sabía si debía saltar o quedarse en el borde.

Nunca antes había sentido tanta inseguridad y se enojó consigo mismo. Siempre se habíapreciado de ser una persona confiada, segura, proactiva y valiente, pero ahora... el amor lo había desarmado. Se sabía enamorado por primera vez, y de un momento a otro se había enterado de que su chica se había postulado y ganado una beca que la llevaría a más de ochomil kilómetros de distancia por dos años.

Si lograban poner en perspectiva todo, ¿sería posible mantener una relación a distancia? ¿Sería viable? Una cosa era segura: ya no podía dar por sentado nada en su relación. El amor, como la beca, requería valor y sacrificio.

Emiliano se encontró frente a su *cappuccino* y un gran trozo de torta de chocolate, inmerso en esas disquisiciones. No es que fuera particularmente goloso, pero su abuela siempre le había dicho: “Cuando la tristeza te visite, un dulce te dará calma; en la alegría, un caramelo compartirás con causa. Si la ira en tu corazón se anida, un chocolate suavizará tu alma”.

El último bocado de la torta de chocolate desapareció entre los pensamientos de Emiliano,

dejando un rastro de dulzura que contrastaba con la amargura de su dilema. Después de pagar, se levantó y salió de la cafetería, dejando la taza vacía y el plato con migajas. El aire invernal de la mañana lo recibió, animándolo a dejar atrás las preocupaciones, al menos por un momento.

Deambuló sin dirección concreta, sus pies lo llevaron hacia el parque, donde fue atraído por las suaves y melancólicas notas de un saxofón. Un conjunto de música jazz había ocupado un pequeño escenario, y los sonidos se mezclaban con los rayos del sol filtrándose entre las nubes.

Emiliano halló un sitio en el césped y se recostó, extendiendo sus piernas y entrecruzándolas en un gesto de tranquilidad, sus brazos fungieron como almohada bajo su cabeza. Luego cerró los ojos, permitiendo que la música lo sedujera.

La brisa fresca llevaba consigo fragmentos de risas y conversaciones distantes, pero Emiliano se sumergió en su propio mundo, solo eran él y la música, un diálogo sin palabras que le permitía, aunque fuera por un instante, simplemente ser.

Tras almorzar, Alba se acercó a su madre con urgencia en su voz.

—Mamá, ¿cuántas horas de diferencia hay con Indonesia? —preguntó, tratando de mantener la calma.

Sorprendida por la pregunta inesperada, Mariana dejó de lado la esponja, cerró el grifo y se enfocó en su hija.

—Si no me equivoco, unas diez horas —respondió, luego de hacer la cuenta mentalmente—. Ahora serían las once de la noche en Yakarta. ¿Vas a llamar a tu hermana? —curioseó.

Alba asintió y, con un gesto de agradecimiento, giró y, con su bastón como guía, se dirigió a su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Su hermana Patricia, la trotamundos, seguramente podría escucharla sin juzgar. Ella no se apegaba a responsabilidades ni mandatos; vivía según sus propias reglas. Era un espíritu libre y poseía una capacidad envidiable para ver a través de los problemas, encontrando soluciones donde los demás solo veían dificultades.

Se sentó en la cama, tomó su celular y marcó el número familiar, esperando una respuesta. El teléfono sonó una, dos, tres, cinco veces y, justo cuando estaba a punto de colgar, finalmente, una voz conocida y reconfortante respondió al otro lado de la línea. Alba respiró hondo, preparándose para abrir las compuertas de su corazón y buscar consejo en la única persona que, creía, podría entenderla completamente.

—¡Albi! —gritó la chica al encontrar un rincón desde el cual poder atender la llamada.

—Pato...

—¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo el concierto? Fue ayer, ¿verdad?

—¿Dónde estás? ¡Qué ruido hay ahí!

—En el hostel, justo estoy en el salón, pero voy camino a mi habitación.

—Okey... Bien, me fue bien.

—¿Solo eso? No creo que me estés llamando simplemente para saludar.

—Antes de llamarte tenía claro el orden de las cosas, pero ahora no sé por dónde empezar.

—¿Por el principio?

—¿Te acordás que te conté que apliqué a la beca de Berklee?

—Sí, hace mil.

—Sí... bueno, yo ya ni me acordaba. Te conté que empecé a salir con Emiliano.

—Sí, el saxofonista, el chico lindo nuevo —confirmó riendo.

—¡No te rías, Pato! ¿Qué hago?

—¿Qué hacés con qué? ¿Con Emiliano?

—Con Emiliano y la beca...

—¿*¿Obtuviste la becaaaaaa?!*

—Sí, ayer me avisaron. Fue un representante de Berklee como observador y después del concierto me lo dijeron.

—*¿Eso es genial, hermanita! ¡Me muerooooo! ¡Estoy tan orgullosa de vos, Albi!* —Hizo una pausa presintiendo que se había perdido de algo y preguntó—: *¿Por qué no estás contenta?*

—Estoy contenta.

—*Decíselo a tu voz...*

—No, sí estoy contenta, era mi mayor sueño.

—*¿Era?*

—Es... era... *¿Ahora me entendés?*

—*¿Te referís a que no sabés qué hacer con la beca y con tu relación con Emiliano?*

—Algo así, sí, sí... —vaciló y bufó.

—*A ver, Albi, ¿cómo están las cosas entre ustedes? ¿Él ya lo sabe?*

—Entre nosotros más que bien, yo... yo me enamoré hasta las patas, Patito, y soy un lío, porque antes nunca me hubiese planteado no aceptar...

—*¿No aceptar la beca?* —interrumpió.

—Sí —musitó.

—*No, Albi. No podés no aceptarla, es la mayor oportunidad que jamás vayas a tener y no va a haber otra.*

—Lo sé, pero...

—*¿Hablaste con él? ¿Ya lo sabe?*

—Sí, lo sabe y no, no hablé con él porque me tomó tan de sorpresa como a él.

—*¿Y a qué esperás para hablar?*

—*¿A calmar el mambo total que es mi cabeza...? Por eso te llamo.*

—*¿Y cómo pensás que está él, Alba? ¿Al menos le habías dicho que habías aplicado?*

—No, porque fue hace tanto tiempo que lo borré de mi sistema y ya no le di más seguimiento; no pensé que, después de tanto, se daría. Así que no, él se enteró ayer, igual que yo.

—*Ups... tenés que explicarle esto mismo...*

—Pato...

—*Albi, nenita linda, qué quilombete...*

—Ni me lo digas...

—*¿Qué dicen los viejos?*

—*¿Además de estar eufóricos?*

—*Y orgullosos y emocionados...*

—Todo eso, sí. Sabés cómo son, no me presionan, ni se meten. Ayer conocieron a Emi y mamá lo invitó a venir a casa el finde, así que asumo que les cayó muy bien, pero él no vino. Sospecho que debe ser un lío como yo —reveló—. *¿Qué hago, Pato?*

—*¿Vos querés ir?*

—Quiero, pero también quiero estar con Emi y no parece ser compatible una cosa con la otra.

—*¿Por qué no? Pueden mantener una relación a distancia... O también podrían tomarse un tiempo hasta que vos vuelvas.*

—*¿Y pedirle que me espere dos años? ¿No es egoísta de mi parte?*

—*En definitiva, la relación a distancia también significa que te tiene que esperar... pero, yo qué sé, pueden viajar.*

—No, él no puede viajar, su familia está muy bien económicamente, pero no están de acuerdo con que haya dejado economía y no tiene apoyo, así que se banca solo, no creo que pueda

destinar sus ingresos a viajar y eso me lo pone más difícil.

—Bueno, *eso cambia la cosa...*

—Igual, aunque mantengamos una relación a distancia, no es lo mismo, porque en un caso nos esperamos los dos y en el otro él me esperaría a mí.

—*Semántica, Albi... ese no es el punto.*

—No, el punto es que no sé si me va a esperar dos años. Es injusto para él, no puedo hacerle eso, no puedo pedírselo.

—*Mirá, Alba, a veces uno tiene que ser un poco egoísta. Ustedes están saliendo hace un par de meses, no un par de años, no es que están comprometidos o que planificaron un futuro juntos.*

—Bueno... tampoco así, pero ¿desde cuándo la profundidad del amor se mide en unidades de tiempo?

—*No estoy juzgando tus sentimientos, Alba, no me malinterpretes, solo digo que el tiempo consolida las relaciones y la de ustedes es reciente, tienen mucho por delante por conocerse, ¡ni siquiera se pelearon ni una vez! Lo de ustedes es idílico.*

—¡Mala! Hemos tenido nuestras diferencias... —replicó.

—*Pero este sería el primer gran desafío que enfrentarían juntos. Así que lo que sí te sugiero es que lo llames y se junten para hablar. Al fin y al cabo, vos no sabés lo que él piensa o siente, si tiene alguna idea o si ya tomó una decisión por ambos.*

—Estoy aterrada, Pato.

—No, Alba, ¿desde cuándo sos tan cobarde? ¿Dónde quedó esa hermana mía que se lleva el mundo por delante?

—No sé...

—*Hay dos cosas que tenés claras: querés la beca y querés a Emiliano. Yo te digo que podés tener ambas, pero solo lo vas a saber cuando hables con él. Cuando ambos hablen.*

—Voy a tomarme un tiempo para pensarlo y repensarlo, pero gracias, siempre ves todo con claridad.

—*No me agradezcas, hacé lo que tu corazón siente y quiere, no te prives de hacerlo porque nadie más que vos está parada en tus patitas.*

—Te quiero y te extraño, Patito, ¡cómo me gustaría que estuvieras acá conmigo!

—Estoy.

—No, pero en serio.

—*Lo sé, Albi, pero yo soy egoísta y necesito vivir mi vida; soy feliz así, ahora mismo estoy planificando Filipinas y después quién sabe, ¿tal vez Boston?*

La conversación entre las hermanas terminó después de un rato y Alba sintió que, de alguna manera, la madeja se iba desenredando.



Capítulo 24

“El dolor de sentir que no confían en ti es un peso que arrastra el alma.”

André Gide

El sol comenzaba a declinar en el horizonte cuando Emiliano despertó de su siesta, nunca supo cuándo se quedó dormido; su cuerpo temblaba ligeramente por el frío que se había asentado en el parque y ascendía desde la tierra. Se frotó los brazos, intentando generar algo de calor, mientras sus dedos, entumecidos y pálidos, luchaban por manejar el teléfono. Con movimientos torpes, compuso un mensaje para Manuel:

Manu, ¿unas cervezas? Necesito despejarme y charlar un rato.

Enviar ese mensaje fue como pedir que le lanzaran un salvavidas en medio de su mar de incertidumbre. Manuel siempre tenía una forma única de ver las cosas, y Emiliano confiaba en que su amigo podría ofrecerle una perspectiva diferente, algo que lo ayudara a salir de la nebulosa en la que estaba inmerso.

Después, su mirada se deslizó hacia la ventana de chat con Alba. La pantalla mostraba el mismo vacío que sentía en su pecho: no había mensajes nuevos. La ausencia de palabras de Alba era un mutismo palpable que resonaba con fuerza en su interior. Con un suspiro, guardó el teléfono y se levantó, sacudiendo la hierba de su ropa.

Emiliano caminaba con paso firme pero distraído hacia el campus, las calles le resultaban familiares, casi reconfortantes, pero su mente estaba en otro lugar. Era un sábado tranquilo, y las

parejas que paseaban de la mano le recordaban lo que él no tenía. Su estado de ánimo no mejoraba; odiaba sentirse tan impotente, tan poco él mismo, tan ajeno.

Al cruzar el portón del campus, su teléfono vibró. Por un instante, su corazón se aceleró con la esperanza de que fuera Alba, pero al ver el nombre de Manuel en la pantalla, la desilusión lo inundó.

Se detuvo un instante para leer el mensaje que era breve:

Claro, Emi. Nos vemos en La Catedral, en un rato.

Aunque no era el mensaje que esperaba, sintió un alivio momentáneo. Manuel era más que un amigo, era un hermano, alguien que siempre estaba allí, sin importar la situación.

Echando un vistazo al reloj, Emiliano atravesó el campus en dirección a la zona residencial. Se encontró en el camino con varios conocidos y compañeros que le propusieron unirse a la salida de esa noche, pero él se excusó con cortesía y continuó hacia su habitación. Sus pensamientos vagaban entre memorias y futuros hipotéticos. Una vez allí, se cambió de ropa y salió.

“La Catedral”, un bar notable, era su santuario. Sus paredes estaban adornadas con fotografías monocromáticas que evocaban otros tiempos, un lugar donde las horas se suspendían, ideal para sumergirse en conversaciones profundas o en el silencio que solo los buenos amigos pueden compartir.

Al llegar, encontró a Manuel ya sentado en su mesa habitual, una jarra de cerveza oscura y dos vasos esperándolo. Se saludaron con un abrazo fuerte, de esos que dicen más que mil palabras.

—¡Qué carucha, hermano! —expresó Manuel, notando la sombra en la mirada de su amigo. Emiliano suspiró.

—Es Alba... no sé qué hacer.

—Contame, ¿qué pasó? ¿Se pelearon?

—No, ni eso... ¿Te acordás que te conté lo del tutor, lo de la posibilidad de la beca y todo eso?

—Sí, ayer fue el concierto, ¿no?

—Sí, ayer —aseguró y continuó—. Le dieron la beca. Son dos años, Manu. Y me pone refeliz por ella, pero me siento un egoísta de mierda. ¿Soy mala persona por querer...?

—¿Que se quede?

—No, sí, no sé —se aclaró las ideas y confirmó—: no, no quiero que se quede por mí, es su sueño, no me atrevería a pedirle algo así, no tengo ningún derecho —resopló—. ¿Ves? Pero ella ni siquiera me dijo que era su sueño y que se postuló, me enteré ayer y me calienta, porque ¿cómo no me va a contar algo así? —dijo sin filtros, levantando su vaso y bebiendo un sorbo de cerveza—. O sea, me cuenta todo, nos contamos todo, ¿y esto que se supone que es trascendental no me lo dice?

Manuel escuchó atentamente mientras Emiliano se desahogaba. Su mirada reflejaba una mezcla de comprensión y preocupación. Se tomó un momento antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—No te castigues por sentirte así, Emi. Es normal que te sientas dividido. Por un lado, querés lo mejor para Alba, pero por otro, también querés lo mejor para vos. Y eso no te hace egoísta, te hace humano.

Emiliano asintió, pero aún se veía inquieto.

—Pero es que no quiero ser un obstáculo en su camino, Manu. Solo que... me duele pensar en estar sin ella.

—Entiendo, pero tenés que hablar con ella. Decirle cómo te sentís, lo que pensás y si ella realmente te valora, entenderá tus sentimientos. ¿Por qué no intentar mantener una relación a

distancia?

—No sé si eso es viable...

—¿Por qué no? No serías ni el primero ni el único, ni el último. Estás a una pantalla de distancia.

—No, Manu, estoy a ochomil kilómetros de distancia.

—Sé que no es lo mismo, pero entre eso y nada, ¿no es mejor?

—No lo sé, veo todo tan negro, hermano... Encima, con esto de que mis viejos no me hablan, ni siquiera puedo recurrir a ellos para pedirles un préstamo para viajar cada muy tanto, lo que gano con los laburos que hago es para pagar la *uni*.

Manuel se inclinó hacia adelante, sosteniendo su vaso con expresión seria y pensativa.

—Escuchame, Emiliano, la distancia es un desafío, sí, pero no es insuperable. Hay tantas maneras de mantenerse conectados hoy en día. Y sobre lo de tus viejos... bueno, eso es algo que con el tiempo puede cambiar. Lo importante ahora es que no te cierres a las posibilidades.

Emiliano se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—Es que no es solo la distancia, Manu. Es todo. La universidad, mi familia, mi futuro... y ahora Alba —dijo gesticulando exageradamente—. Siento que todo se me viene encima. Pienso que tendré que buscar otro laburo, pero no me dan los tiempos para todo; en plan egoísta, yo tampoco quiero dejar mi carrera, me costó prácticamente mi familia el cambio.

—¿Y por qué la vas a dejar?

—Yo qué sé... ¿para irme con ella?

Manuel asintió, comprendiendo la magnitud de lo que su amigo enfrentaba.

—¿Por qué no mirás el lado positivo? Tenés un futuro por delante, una carrera que te apasiona. Y la tenés a Alba... ella te ama, eso es claro.

—No lo sé, Manu, si me amara me hubiera dicho que había aplicado a la beca, ¿no? No estoy diciendo de decírmelo para pedirme permiso, nada que ver, yo respeto su espacio y sé que tiene un futuro brillante, porque es una artista del carajo y estoy orgulloso de ella, y aunque no lo parezca estoy feliz porque sé que esa beca no se la dan a cualquiera, sé perfectamente que la merece y tiene que ir, pero... —las palabras se atascaron en la garganta y dejaron de salir con la fluidez que lo venían haciendo. Tomó otro sobro de cerveza y bajó la mirada.

—Tal vez esta sea una prueba para ambos, para ver si lo que tienen es tan fuerte como creen. Capaz que la distancia les hace bien.

—¿A quién le puede hacer bien la distancia de alguien que amás, Manu? ¡Dejate de joder!

—Hace bien, creeme. Igual te estás adelantando un montón, todavía ni siquiera hablaron del tema. Yo creo que lo principal es eso, sentarse y hablar.

—¿Le mando yo un mensaje? ¿No le correspondería a ella hacerlo?

—Dejate de boludeces, ¿a quién le importa quién manda primero el mensaje?

Emiliano vació su cuarto vaso de un trago y el amargor, junto a la textura aterciopelada y robusta en boca, empezaba a hacerle efecto.

El silencio se apoderó de la mesa por un momento, solo interrumpido por el murmullo de fondo del bar y el ocasional choque de vasos. Emiliano jugueteaba con su vaso vacío, perdido en pensamientos. Manuel lo observaba, sabiendo que su amigo estaba en una encrucijada de emociones.

—Escuchá, Emi —dijo Manuel, rompiendo el silencio—. No podés esperar a que Alba te mande un mensaje si vos estás así de ansioso y mal. Si necesitás respuestas, tomá la iniciativa. Además, si hay algo que tenés que decirle, mejor que sea ahora y no cuando esté a miles de kilómetros.

Emiliano levantó la vista, sus ojos reflejaban la lucha interna que enfrentaba.

—Ni siquiera me mandó un mensaje hoy, nada, silencio total. Se fue a lo de los padres y hoy nada.

—¿Y no pensaste que ella puede estar en la misma que vos?

—Sí, lo pensé y también pensé que necesitábamos espacio para pensar, me até las manos para no mandarle mensaje, pero son las... —miró su reloj y continuó—: diez de la noche, y nada.

—A veces sos tan infantil, hermano...

—No es infantil, Manu, pero ella sabe que no me lo dijo. Si yo sé que me mandé una cagada no te voy a dejar espacio para que te hagas la cabeza.

—Bueno, pero vos sos vos y ella es ella. Además, capaz que ella ni siquiera considera que se mandó una cagada, las personas tienen derecho a guardarse cosas.

—Sí, claro que sí, pero si es algo que nos afecta a ambos, mínimo informámelos, porque si ella me lo hubiese dicho desde el vamos, con la perspectiva de que se iba a ir, capaz yo no invierto tiempo y sentimientos, ¿entendés?

—Entiendo, pero, Emi... seamos francos, vos te enamoraste de ella cuando la escuchaste tocar el piano aquella noche, así que, lo que decís, en la teoría es válido, pero no aplica.

La conversación entre los amigos continuaba, cada palabra cargada de agitación y sinceridad, y la cerveza seguía actuando de catalizador para que Emiliano pudiera soltar sus emociones.

—Es que no es solo sobre la beca. En definitiva, es sobre confianza, sobre compartir nuestras vidas. Si no puedo confiar en que Alba me comparta algo tan grande, ¿cómo vamos a construir algo juntos? —Emiliano expresó, con su voz temblando ligeramente.

Manuel asintió, entendiendo lo afectado que estaba su amigo. Nunca lo había visto tan frágil, ni siquiera cuando tuvo el conflicto con sus padres.

—Tenés que entender que a veces las personas necesitan procesar las cosas por su cuenta antes de compartirlas. No es necesariamente una falta de confianza, sino una manera de lidiar con sus propios sentimientos.

Emiliano se quedó pensativo, considerando las palabras de su amigo.

—Quizás tengas razón. Tal vez debería darle el beneficio de la duda. Pero eso no quita que me sienta herido, no sé, desplazado...

—Y tenés derecho a sentirte así, Emi. Pero también tenés que comunicarle eso a Alba. No podés guardar esos sentimientos para vos mismo porque estarías haciendo lo mismo de lo que te estás quejando.

—No me estoy quejando... —gruñó.

—¿Exponiendo?

—Ponele...

Emiliano, con la cabeza aún entre sus manos, intentó enfocarse en la voz de Manuel, pero las palabras se le mezclaban con el zumbido en sus oídos. Todo giraba a su alrededor, y cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Alba tocando el piano lo asaltaba.

—Me voy, Manu.

—Así no podés ir al campus, ni siquiera te van a dejar entrar y encima te van a suspender. Te llevo a casa y mañana, sobrio y más calmado, hacés lo que tengas que hacer.

Con un esfuerzo titánico, Emiliano se puso de pie, apoyándose en Manuel. Juntos, salieron del bar y tomaron un taxi. Emiliano se recostó en el asiento, cerrando los ojos mientras Manuel se mantenía en silencio, compadeciéndose de su amigo.

Al llegar, se desplomó en el sofá, su mente era un caos de emociones y alcohol.

Manuel le quitó los zapatos y lo cubrió con una manta. Observó a su amigo un momento,

preguntándose si podría sortear el mar de complicaciones que enfrentaba. Con un suspiro, apagó la luz y se retiró a su habitación, dejando que Emiliano encontrara consuelo en el abrazo silencioso de la noche.



Capítulo 25

“La espera ansiosa es como el viento que agita las velas del barco, empujándonos hacia el destino que anhelamos.”

Rabindranath Tagore

Mientras tanto, Alba, en la casa de sus padres al otro lado de la ciudad, seguía sintiendo que el asunto la rondaba como un fantasma, persistente en su memoria. La emoción de su futuro antes soñado chocaba con el miedo a perder a Emiliano. El haber aplicado a la beca había quedado sepultado en los confines de su memoria y ahora no sabía qué pensaría Emiliano; nunca había sido su intención ocultárselo.

Su última comunicación había sido una despedida algo incómoda después del brindis, y desde entonces, las palabras adecuadas para describir la maraña de emociones que la habitaban se le escapaban. Aunque consciente de la necesidad de una conversación franca con él, las frases se le resistían, perdidas en el laberinto de sus pensamientos.

La noche avanzaba, y con ella, la certeza de que no habría contacto entre ellos. No esa noche. Él no había enviado ningún mensaje y, aunque sabía que era ella quien debía dar el primer paso, no pudo evitar sentirse triste. El silencio era su cómplice y su juez y, en la soledad de su dormitorio, Alba tomó una decisión: volvería al campus en la mañana temprano y hablaría con él directamente.

El día llegó con su habitual indiferencia, los rayos del sol se filtraban a través de las celosías, dibujando líneas de luz sobre el suelo de madera. Cuando Emiliano abrió los ojos, la resaca era

brutal y el malestar lo golpeó. Sentado en el sillón de aquella sala, se percató de que estaba en casa de Manuel. Se frotó la cara y se levantó con cuidado, la cabeza le daba vueltas, pero en ese instante, su amigo entró desde la calle.

—¿Estás despierto? —preguntó, ignorando la retórica

—Mhm...

—Menos mal, voy a preparar algo para almorzar, te vas a sentir mejor —dijo, llevando a la pequeña cocina las bolsas de la compra.

—¿Almorzar...? —preguntó confundido—. ¿Qué hora es?

—Las dos y algo de la tarde...

—¡Mierda! —exclamó con una mueca de dolor, mientras buscaba su celular.

—Tu celular no paró de vibrar en toda la mañana.

Con manos temblorosas, tomó el teléfono y vio una cascada de notificaciones y mensajes. Su atención se centró en el número tres que aparecía en verde junto al contacto de Alba. Su corazón se agitó.

—¿Alba? —preguntó Manuel, notando la mirada de su amigo.

—Sí —respondió Emiliano, su voz reflejaba un hilo de esperanza.

Se dirigió al baño para lavarse la cara, pero en realidad fue una excusa para escuchar los mensajes.

Alba se preparó para salir muy temprano. Había pasado la noche en vela, repasando cada palabra, cada explicación, cada sentimiento, y cuando estaba amaneciendo, se adormeció. Sabía que el día traería consigo un momento decisivo, y quería estar lista para enfrentarlo. Se vistió con rapidez y se dirigió a la cocina, en el camino podía escuchar los sonidos del movimiento de sus padres preparando el desayuno y conversando.

—Buen día —saludó, quedándose de pie, apoyada, en el marco de la puerta.

—Buen día, hija —respondió Octavio.

—¿Desayuno? —preguntó Mariana, mirándola atentamente; las ojeras bajo sus ojos daban cuenta de que su hija había permanecido despierta toda la noche.

—No, ma... —respondió, carraspeó y continuó—: pedí un Uber, voy a volver al campus, tengo que hablar con Emi.

—Está bien, hija, cancelalo, yo te llevo.

—No te preocupes, papá, prefiero ir por mi cuenta.

Mariana y Octavio se miraron, entendiendo que Alba necesitaba ese último momento a solas antes de enfrentarse a Emiliano. La acompañaron a la puerta y la guiaron hasta subirse al coche que ya había llegado. Ya sentada en el asiento trasero y antes de cerrar la puerta, su madre le tomó la mano y, con voz firme pero dulce, habló:

—Todo va a estar bien, hija, ese chico te adora, puedo verlo, y sé que vos también. Van a llegar a una solución —apretó la mano y acarició su cabello.

—Eso espero, ma.

Cuando llegó y entró al predio del campus, el aire fresco de la mañana invernal pareció infundirle un nuevo coraje. Caminó con paso firme, guiada por su bastón, y con cada golpe, con cada paso, se acercaba más a Emiliano.

El destino, sin embargo, tenía otros planes. Emiliano no estaba en su habitación, ni en el comedor ni en la sala comunal. Se sentó en el patio, tratando de que el frío apaciguara su ansiedad. “¿Dónde estás, Emi?”, se preguntó, preocupada. Esperó un tiempo que no supo medir y envió el primer audio.

Enviar audio a Emi —comenzó a grabar—: Hola, Emi, estoy en el campus, vine

temprano, quería verte y hablar, pero no sé dónde estás. Espero que estés bien. Besos —dudó en si decir algo más y finalmente no lo hizo—. Enviar.

Los minutos pasaban, el gélido aire invernal ya se colaba a través del abrigo de Alba y decidió ir a su dormitorio. Allí, a resguardo, se recostó en la cama, perdida en sus pensamientos, sosteniendo el celular contra su pecho. Los minutos se hicieron horas y Emiliano seguía sin responder ni aparecer. Con desazón, se sentó y envió el segundo audio.

Enviar audio a Emi —tragó saliva y dictó—: Emi, hay tanto que quiero decirte, y no sé por dónde empezar, pero me gustaría que nos encontremos y podamos hablar, ¿sí? Estoy en mi habitación en el campus —hizo una pausa, respiró y dijo—: te quiero, Emi. Besos —suspiró—. Enviar.

Pasaba el mediodía y Alba había trillado su habitación ansiosamente, había comido galletitas, se había terminado sus reservas de chocolates y *snacks*, se había duchado, vestido, revisado su celular y, aun así, Emiliano seguía sin dar señales. Ahora, preocupada y angustiada, mandó el tercer audio:

Enviar audio a Emi —respiro y habló—: Emi, soy un desastre de novia, lo siento tanto, no me ignores, porfi, ¿podemos hablar? —preguntó con la voz temblorosa—. Enviar.

Emiliano escuchó los mensajes y una sensación de opresión lo invadió; ahora más claro y decidido, salió del baño, se calzó sus borcegos, tomó su abrigo y caminó hacia la cocina.

—Manu, me voy.

—¿No pensás comer nada?

—No, Alba está en el campus, quiero llegar.

—La vas a asustar si te ve así, si te siente así... o no sé cómo se dice —dijo confundido—. Huelo la cerveza desde acá.

—Me baño cuando llegue... y gracias, Manu. Por dejarme dormir acá, pero más que nada por bancarme la cabeza anoche.

—Nada, sabés que estoy.

Con esas palabras, Emiliano salió del departamento poniéndose el abrigo con un único propósito: ver a Alba y hablar.

Sus caminos, sin embargo, no se cruzaron en el campus. Él fue directo a la habitación de ella, mientras que ella, ansiosa por no obtener respuestas, salió al único lugar que se le ocurría que podía estar: la cafetería a la que iban de vez en cuando.



Capítulo 26

“En la sinfonía de nuestros cuerpos, el deseo es la melodía que nos guía hacia el éxtasis.”

Anaïs Nin

Lentamente, guiada por su bastón, avanzó cuadra tras cuadra. El murmullo de la ciudad se mezclaba con el repique de sus pasos y bastón. Era la primera vez que iría sola, aunque recordaba las indicaciones que Emi le repetía cada vez que iban juntos, palabras que ahora resonaban en su mente como un mantra de confianza.

Al llegar a la esquina, el desafío era identificar la puerta correcta. Sabía que debía contar setenta y seis pasos desde la esquina y que había una campanita que sonaba cada vez que alguien abría o cerraba la puerta. Con eso en mente y ansiosa por llegar, recorrió la distancia y escuchó el tintineo. Aliviada, entró y, con precaución, se movió despacio por el espacio desconocido hasta que la mesera se acercó.

—¡Hola! ¿La mesa de siempre?

—¡Hola! No, no... ¿te puedo preguntar si está el chico con el que vengo siempre?

—No, no está.

—¿Vino hoy?

—No, vino ayer de mañana.

—Ah... —el tono de decepción no pasó desapercibido para la joven moza que se preguntaba qué habría pasado. Recordaba que eran una pareja muy cariñosa.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias... —negó, apenas audible.

Al girarse para salir, no se percató de que una silla había sido desplazada y, al enganchar su pie con la pata de esta, tropezó. Afortunadamente, la mesera reaccionó rápidamente, sujetándola del brazo y evitando así su caída. Sin embargo, una indescriptible tristeza y frustración se apoderaron de ella.

—¿Estás bien? —consultó.

—Sí, gracias —respondió y caminó.

No supo cómo llegó a la puerta, pero deshizo el camino de regreso al campus.

Emiliano golpeó varias veces la puerta del dormitorio de Alba sin obtener respuesta. Se preguntó si ella se habría quedado dormida.

Tomando en cuenta el consejo de Manuel, optó por dirigirse directamente a su habitación para tomar una ducha y ponerse ropa limpia. Pensó en volver a intentarlo más tarde o llamarla por teléfono. La ironía de su desencuentro no pasó desapercibida, y se sintió muy infeliz.

Después de bañarse, Emiliano experimentó una sensación de mayor claridad. La resaca todavía palpitaba en su cabeza, por lo que decidió tomar dos analgésicos con la esperanza de que actuaran rápidamente. Justo cuando terminó de ponerse la remera, sonó su teléfono.

—Alba...

—Emi... —dijo con la voz quebrada y al borde de las lágrimas—, ¿dónde estás?

—*En el campus, llegué y fui a tu cuarto, pero no parecías estar* —Emiliano no pasó por alto el tono y preguntó—. *¿Qué te pasa? ¿Estás bien?*

—No —respondió sorbiendo por la nariz—, estaba asustada, estoy llegando al campus, fui a la cafetería a ver si estabas ahí.

—*¿Fuiste sola?!* —inquirió preocupado.

—Sí, seguí tus indicaciones, pero ya estoy entrando al campus. ¿Estás en tu cuarto?

—Sí, estoy acá.

—Esperame ahí, ya llego.

—Alba...

—¿Sí?

—*Te quiero.*

—Y yo.

La llamada terminó con esas palabras, un intercambio de sentimientos que, a pesar de las circunstancias, la distancia y los desencuentros, mantenía viva la conexión entre ellos. La sensación de tristeza y desolación que habían experimentado durante el día desaparecía poco a poco, siendo reemplazada por la emoción de volver a encontrarse.

Avanzó por el patio, ahora sí cada paso acortaba la distancia que la separaba de Emiliano. El viento que azotaba la tarde arremolinaba su cabello, como si la naturaleza misma compartiera su renovado optimismo.

Emiliano, por su parte, una vez que terminó la llamada, se asomó por la ventana de su cuarto, la ansiedad le hacía tamborilear los dedos sobre el alféizar, cada segundo de espera se le hacía eterno. Finalmente, la vio. Alba caminaba con la misma determinación que tanto admiraba, con su bastón en una mano, y con la otra luchaba con su cabello y no pudo evitar sonreír.

Terminó de vestirse, se perfumó y salió a esperarla en el pasillo, necesitaba verla, su corazón daba tumbos y su estómago estaba inquieto. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, la llamó:

—¡Alba!

Se detuvo por un instante y, luego, sus pasos se aceleraron, guiados por la emoción que crecía

en su pecho.

Alba sabía que cada segundo hasta el abrazo que tanto anhelaba era un segundo menos de incertidumbre.

—¡Emi! —exclamó, su voz resonaba con un matiz de alegría que no había sentido en todo el día.

Emiliano permaneció de pie en la puerta, observando cómo ella, con su cabello rojo encendido y alborotado, se acercaba. No pudo evitar ver sus evidentes ojeras y la irritación alrededor de sus ojos. Ansiaba abrazarla, necesitaba sentir su cercanía.

Mientras Alba contaba los pasos en su mente, al encontrarse frente a él, fue envuelta por su aroma familiar y un abrazo cálido. La embargaban las ganas de llorar y desahogarse, de compartir sus pesares y buscar juntos una solución.

—Lo siento —murmuró ella, su voz estaba teñida de emoción, mientras que algunas lágrimas se derramaban.

Él respondió con un beso en su coronilla. Se apartaron solo lo necesario para mirarse. Aunque Alba no podía ver, Emiliano comprendía que ella percibía su presencia, que entendía sus sentimientos. Tomándola de la mano, entraron juntos a la habitación.

El cuarto estaba envuelto en una tenue y suave luz que apenas marcaba los contornos de los muebles. Un suave aroma a cerveza se percibía en el ambiente, una reminiscencia del exceso de la noche anterior que aún persistía.

Alba, al entrar, no pudo ignorar ese aroma; era un detalle más en la serie de pequeñas cosas que había aprendido a percibir con tanta claridad.

Emiliano, por su parte, notó el sutil cambio en la expresión de Alba, un leve ceño fruncido que delataba su conciencia del ambiente.

Quería disculparse, explicarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Alba se acercó y lo besó. Lo besó con voracidad y, poco a poco, se rindieron a la sinfonía de sus cuerpos.

Exhaustos, pero sintiéndose más ligeros, se abrazaron en la pequeña cama, acariciándose, mimándose, sin decir nada. Sus respiraciones aún eran erráticas, al igual que sus pensamientos.

Alba rompió el silencio después de un tiempo.

—¿Qué hiciste ayer? —preguntó con curiosidad, un poco para romper el hielo, alguien debía hacerlo.

Luego se incorporó, flexionó las piernas y cruzó los brazos, descansándolos sobre sus rodillas. Bajó la cabeza y reposó la mejilla sobre sus brazos, dirigiendo su rostro hacia Emiliano.

Él se acomodó en la cama, apoyando la espalda desnuda contra la cabecera. Miró a Alba, su rostro reflejaba curiosidad, pero también sabía que ese era el inicio de aquella conversación que no sería fácil.

—Fui a la cafetería de mañana, pasé el día en el parque, necesitaba pensar —comenzó, recordando las horas recostado en el césped escuchando a la banda de jazz—. Luego, llamé a Manuel, fuimos a La Catedral. Tomamos unas cervezas y... bueno, no tomé tanto, pero creo que como no había dormido y no había comido demasiado, no me cayó muy bien. —Alba asintió, animándolo a continuar con una sonrisa comprensiva—. Terminé durmiendo en el sillón de su casa. No es la primera vez que pasa —dijo con una risa suave, tratando de aligerar el tono de la confesión—. Me desperté tardísimo con una resaca del carajo —Emiliano continuó, su voz un poco más baja, como si las palabras le pesaran—. Y lo primero que hice fue revisar mi teléfono. Tenía la esperanza de encontrar algún mensaje tuyo...

Alba se movió ligeramente, su postura aún parecía relajada, pero su atención estaba completamente fijada en él.

—¿Vos? —preguntó él.

—Yo hablé con mi hermana Pato, ella siempre ve soluciones donde los demás ven problemas y de tarde salí con mamá; mis padres te adoran.

Hubo un momento de silencio entre ellos, un espacio lleno de no dichos y emociones mezcladas. Alba, nuevamente, fue quien rompió el silencio, su era voz firme a pesar de la incertidumbre que sentía.

—Necesitamos hablar, Emi —Emiliano asintió, consciente de la seriedad del momento.

—Lo sé, pero primero necesito vestirme —dijo levantándose de la cama bruscamente y recogiendo su ropa diseminada por el suelo—. No me parece buena idea tener esta conversación en bolas —dijo seriamente, como si Alba hubiera roto la burbuja en la que se encontraban.

Alba también se levantó y, tras recibir su ropa de manos de Emiliano, se vistió con calma, prolongando deliberadamente aquel instante.

Mientras él se dirigía al baño, Alba alisó las sábanas de la cama, preparando el espacio para su charla pendiente y cuando Emiliano salió, se apoyó sobre el marco de la puerta del baño y la vio acomodando la almohada.

—Sé que vas a tener un futuro brillante, Alba. Estoy muy orgulloso y feliz por vos —dijo sin moverse del lugar en el que estaba.

Alba sintió un nudo en la garganta; esperaba reproches o quejas por el silencio que había mantenido, por no haberle mencionado la beca, por la distancia que eso supondría y por la incertidumbre de lo que ocurriría entre ellos. Pero no, ahí estaba él, manteniendo distancia, siendo complaciente, y eso despertó en ella una ira que la desbordó.

—¿Podés dejar de ser tan bueno y altruista? ¿Podés enojarte? ¿Podés demostrarme que te importa? ¡Enojate conmigo, Emiliano! —gritó Alba, su voz temblaba con cada palabra, una mezcla de frustración y desesperación.

Emiliano se quedó inmóvil, sorprendido por la intensidad de su reacción.

—¡Claro que me importa! —gritó.

Las palabras de Alba cayeron como una chispa en la frágil calma que lo sostenía. Incapaz de contenerse más, estalló en un torrente de emociones reprimidas. Las palabras brotaban de él sin filtro, crudas y cargadas de dolor. Cuando finalmente se detuvo, la habitación quedó sumida en un silencio abrumador, y Emiliano sintió el peso de sus propias palabras, consciente de que había cruzado un límite.

Alba permanecía en silencio, procesando el caos desatado. A través de la quietud, percibía la revolución en el ánimo de Emiliano, entendiendo la profundidad de su herida. Sabía que debía aclarar, que era esencial para sanar las heridas antes de que se convirtieran en abismos insalvables.

—Me postulé hace casi dos años, Emi. No esperaba que la resolución llegara ahora y lamento, lamento mucho, muchísimo, que Gabriel te lo haya dicho de esa manera, haciéndote sentir como un lastre o un obstáculo. Jamás lo pensé así; al contrario, siempre creí que, debido a mi discapacidad, yo era el lastre —hizo una pausa, tomando aire antes de continuar—. Pero esto es algo que no puedo cambiar; la beca ya es un hecho y no quiero vivir con arrepentimientos en el futuro. Los “qué hubiera pasado si...” son demasiado dolorosos y terminan haciendo daño porque no hay una máquina del tiempo que permita volver atrás y corregir las cosas —concluyó Alba, su voz era más baja, pero cada palabra reflejaba su determinación. Se enfrentaba a la realidad de sus decisiones y al impacto que tendrían en ambos.

Emiliano, aún apoyado en el marco de la puerta, sintió cómo las palabras de Alba lo golpeaban con una fuerza que no esperaba. La idea de ser un lastre para ella era insoportable, pero la idea de

que ella se sintiera así por su propia discapacidad era aún peor. Se acercó a ella y la tomó de las manos, guiándola hacia la cama; su explicación había aliviado un poco su enojo inicial, dando paso a una comprensión más profunda.

—Nunca fuiste un lastre. Ni nunca lo vas a ser —dijo con voz más calmada pero intensa—. Y no estoy enojado porque te hayan dado la beca, te la merecés, Alba, mi felicidad y orgullo son sinceros...

—Lo sé —interrumpió ella.

—Pero estoy preocupado, no quiero perderte, y sé que son dos años y que probablemente no nos podamos ver en ese tiempo. Y, para serte honesto, estoy enojado, furioso, porque compartimos tanto, sin embargo, no compartiste tu mayor sueño, uno que de forma indirecta nos afecta a los dos. Hablamos ¿cuántas veces?, respecto de nuestros sueños, anhelos, sobre el futuro soñado y jamás mencionaste el tema Berklee. Sentí que no me lo dijiste porque no confiaste en mí. Y después, con tu distancia y tu silencio, mi cabeza se fue al carajo... no soy bueno conmigo mismo cuando mi cabeza divaga, siempre pienso lo peor de mí y de los demás —Alba levantó la cabeza hacia él, las lágrimas seguían cayendo.

—No es así, yo confío en vos, Emi, totalmente. Es que simplemente lo archivé en mi memoria y no sé por qué no se me ocurrió mencionarlo las veces que hablamos. No lo sé, quizás como un mecanismo de defensa lo bloqueé, como nunca nadie me contactó, pensé que me habían descartado y lo olvidé... pero no es algo que haya hecho conscientemente, creeme —Alba se secó las lágrimas que caían sin control, sorbió por la nariz y siguió—. Lo que más quiero es que entiendas que esto no cambia lo que siento por vos. Podemos hacer que funcione, quiero que funcione, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero depende de lo que vos quieras también, no es una decisión unilateral, la beca ya es demasiado como para que yo sea la que decida por vos.

Emiliano se tomó un momento para procesar las palabras de Alba; la sinceridad en su voz era palpable.

—Tendremos que aprender a vivir con la distancia. No quiero ser la razón para que dejes de seguir tus sueños, Alba —recalcó, aunque el miedo al futuro incierto aún anidaba en su pecho.

Alba asintió, aliviada por su respuesta.

—Ayer estaba aterrada, tenía miedo de que nuestra relación se convirtiera en una serie de planes y estrategias sobre cómo manejar la distancia, lo posibles viajes... todo... —tragó la angustia y continuó—. Me parecía tan injusto tener que elegir, me parece injusto que me esperes... —Emiliano se acercó y la abrazó.

—No hay nada injusto en querer lo mejor para uno. La vida a veces nos pone en caminos separados, pero eso no significa que no podamos seguir juntos. Yo no te pido que me esperes, Alba, te pido que vivas, que aproveches cada oportunidad y cada experiencia que esta beca te dé. Y yo, desde acá, seguiré creciendo, aprendiendo, y quién sabe, tal vez encontrando formas de acortar la distancia. —Hizo una pausa, tomando una respiración profunda, como si estuviera a punto de tomar una decisión importante—. Y quiero que sepas que, aunque no estemos físicamente juntos, mi apoyo y amor por vos no cambian. No es una cuestión de esperarte, o esperarme, o esperarnos... yo creo en nosotros. Y sí, habrá planes y estrategias, pero también habrá risas, lágrimas y amor. Somos un equipo, ¿no? —aseguró Emiliano, tomando su rostro entre sus manos—. Y los equipos enfrentan las cosas juntos, sin importar lo difíciles que sean.

Y con esas últimas palabras, Emiliano la besó.

—Sos lo mejor que me pasó en la vida, Emi —admitió Alba entre lágrimas.

—Naaa... lo mejor es esa beca. —Ambos rieron y en esa risa las tensiones, finalmente, se aflojaron.

—¿Cuándo viajás?

—En diez días —respondió abrazándolo más fuerte—. Te voy a extrañar tanto, Emi —inhaló profundamente queriendo guardar ese aroma por el resto de su vida.

—Y yo a vos, mi amor.



Capítulo 27

“En el verdadero amor la distancia más pequeña es demasiado grande, y la distancia más grande puede ser cubierta.”

Hans Nouwens

Un año había pasado desde que Alba partió hacia Boston, y la distancia entre ellos se había convertido en una prueba de amor y paciencia. Emiliano, con el corazón palpitante, esperaba en el aeropuerto su vuelo hacia la ciudad donde Alba había estado estudiando. La emoción de reencontrarse después de tanto tiempo era abrumadora.

Durante ese año, habían mantenido una comunicación constante. Cada mañana, al despertar, se enviaban saludos matutinos, compartiendo sus agendas y deseándose lo mejor el uno al otro. Durante el día, las videoconferencias eran su salvación, un puente que cruzaba el vacío de la separación. Y cada noche, antes de sumergirse en el mundo de los sueños, sus voces se entrelazaban en un dulce arroyo que los acunaba a ambos.

La diferencia horaria de solo una hora había sido una bendición disfrazada, permitiéndoles mantener una rutina sin complicaciones. Se extrañaban, sí, muchísimo. Alba le contaba a Emiliano lo increíble que era estar en Boston, las oportunidades que se le presentaban y cómo deseaba que él pudiera estar allí para compartir esos momentos. Hubo muchas risas, esas carcajadas que solo el amor y la intimidad pueden provocar, y también algunas peleas, originadas por la incapacidad y la frustración que la distancia a veces trae consigo.

Pero más allá de eso, compartían su cotidianidad, los pequeños detalles que tejían el telar de su

relación. El amor siempre estaba presente, un hilo dorado que los unía a pesar de los kilómetros.

Emiliano le contaba sobre su vida en el campus y cómo había mejorado su relación con sus padres, quienes estaban ansiosos por conocer a la mujer que había capturado el corazón de su hijo. Les había hablado de Alba, sobre su fuerza y determinación, y de cómo ella lo inspiraba cada día. Además, le contaba sobre sus estudios, de cómo finalmente se preparaba lentamente para el examen final para graduarse de economista, un detalle que había llamado poderosamente la atención de Alba.

—¿En serio, Emi? ¿Te decidiste o qué? —preguntó Alba, un poco confundida durante una de sus videollamadas, una sonrisa de orgullo iluminaba su rostro.

—Sí, ponle que me di cuenta de que a veces si uno quiere poder hacer cosas, necesita plata —rio con ganas—. No es que vaya a ejercer, pero es una herramienta más, así lo quiero ver. Supongo que eso tuvo algo que ver con que mis viejos estén más tranquilos... Pero contame, ¿cómo van todo por allá? ¿Ya está la fecha del concierto? —preguntó él, con el brillo de la pantalla reflejando la calidez de su sonrisa.

—Bien, muy bien. Aunque no puedo negar que estoy contando los días para volver a casa, para volver a vos.

—Y yo para que regreses. Pero mientras tanto, seguimos adelante, ¿verdad? —dijo Emiliano, su voz era un suave murmullo que cruzaba la distancia.

—Siempre, mi amor —respondió Alba.

Emiliano se emocionó ante su forma de llamarlo. Pocas veces lo utilizaba, y cada vez era como un solaz.

—¿Entonces...? ¿El concierto?

—Sí, todo listo, repertorio aceptado. Es en mes y medio aprox, el ocho de setiembre en el Berklee Performance Center.

—¡Woow! ¡El auditorio! ¡Te va a ir genial, pelirroja hermosa!

Emiliano se perdía en sus pensamientos, imaginando el momento en que bajara del avión y apareciera en el concierto, como una sorpresa. Había trabajado incansablemente para ahorrar cada centavo y reducido sus gastos al mínimo. A pesar de ello, solo había logrado cubrir el costo del pasaje y poco más; no tenía suficiente para la estadía. Por fortuna, su amigo Manuel comprendía cuánto extrañaba a Alba y lo emocionado que estaba por el viaje, así que le ofreció y prestó el dinero faltante.

Ahora estaba a punto de viajar, de cruzar el cielo para estar con ella, aunque fuera por unos pocos días, y verla en el concierto. El llamado para abordar el vuelo lo sacó de sus ensoñaciones. Mariana y Octavio estaban a su lado; ella, viendo que él estaba con la mirada perdida, le dio un par de golpecitos en la mano para llamar su atención.

—Es hora —dijo con una sonrisa.

Se levantaron, ajustó su mochila sobre el hombro, tomó la funda del traje que reposaba en el asiento contiguo y, con paso decidido, los tres se dirigieron hacia la puerta de embarque.



Capítulo 28

“No hay mejor lección que poner a alguien en su lugar para recordarles la importancia del respeto.”

Martin Luther King Jr.

En la pequeña y sencilla habitación de hotel cercana a Berklee, Emiliano se enfrentó a su reflejo. Con dedos que apenas podían disimular un temblor, enderezó su corbata y se acomodó el saco. La ansiedad le hizo dar vueltas en círculos mentales, recordando los audios que envió antes de subirse al avión y al aterrizar, tratando de no levantar sospechas. Las emociones eran como un torrente desbocado que le abrumaba el pecho.

Al llegar al Berklee Performance Center, Emiliano se encontró con los padres de Alba, y juntos hicieron su entrada. Se acomodaron en sus asientos y, cuando llegó el momento, las luces descendieron suavemente, los aplausos se desvanecieron en el aire, y el sonido del bastón de Alba, que repicó en el suelo, rompió el silencio. Fue un momento sobrecogedor para Emiliano, pero su corazón se detuvo cuando vio a Gabriel, sujetando el brazo de Alba de una manera demasiado íntima, guiándola hacia el piano. La sorpresa fue como un puñal en el pecho.

Los padres de Alba compartieron la misma sorpresa y murmuraron entre ellos, preguntándose qué hacía Gabriel en Berklee. El rostro de Emiliano evidenció la molestia y tuvo que acomodarse en su asiento; la incomodidad que le produjo la situación no pasó desapercibida para Mariana quien le dio unos golpecitos reconfortantes en la mano, un gesto muy de ella, como queriendo anclarlo a la realidad.

Emiliano volvió a centrar su mirada en el escenario y ahí estaba ella, radiante como siempre. Su cabello rojo, un poco más largo y ondeado, recogido en una media cola, contrastaba con su vestido verde esmeralda de gasa tornasolada, resaltando su piel blanca adornada con pecas. Emiliano tragó con dificultad, le costó horrores recuperar la compostura. Todas las emociones revoloteaban en su interior, desatando una cascada de recuerdos. Y entonces, Alba comenzó a tocar el piano.

La primera pieza que interpretó fue “Idea 10” de Alcocer, con una fluidez y emotividad que cortaron la respiración. No pudo evitar rememorar el día en que la vio por primera vez, cuando la música los unió en un momento que parecía sacado de un sueño. Los acordes llenaron la sala, llevándolo de vuelta a aquel instante mágico.

El concierto continuó, cada nota que salió del piano de Alba fue como un hechizo que envolvió a todos los presentes. Completó un repertorio tan variado como singular, sin limitarse a lo moderno o lo clásico; ella navegó por los estilos con una destreza que dejó perplejos a todos. Fue un prodigio en pleno esplendor, y Emiliano, desde su asiento, no pudo evitar sentir un profundo orgullo que le hinchó el pecho.

Hubo piezas complejas e intensas que parecieron suprimir la respiración de los espectadores, llevándolos por un viaje emocional único. Cada acorde, cada arpeggio, fue una manifestación de la pasión y el talento de Alba. En ese instante, Emiliano comprendió la importancia de Berklee en su vida, más allá de ser un logro académico, fue una oportunidad para crecer como artista y exhibir su talento al mundo.

Emiliano se introdujo por completo en la música, en los movimientos elegantes de Alba sobre el piano, en la conexión que ella creó con cada nota. Su mente se despejó por un instante, liberándose de la sombra de Gabriel, sin embargo, al terminar la última melodía, cuando los aplausos estallaron, el tutor hizo su entrada de nuevo. Ahí lo vio, de pie junto a ella en el escenario, sosteniéndola por el brazo, haciendo que Emiliano contuviera el aliento.

Alba se inclinó con elegancia para saludar al público cuando llegó al centro del escenario, lo que provocó que los aplausos aumentaron en intensidad.

Habló con ella cada día desde que se había ido y nunca le mencionó que Gabriel estaba en Boston. Y ahí estaba de nuevo su inseguridad, o miedo, picándolo, haciéndolo pensar una y otra vez en la aparente intimidad entre ellos, mientras una presión comenzaba a anidar en su pecho. Los celos lo atravesaron, pero trató de mantenerse sereno, de no dejar que esas emociones empañaran su alegría por el éxito de Alba, sin embargo, la presencia del tutor a su lado no se lo permitió.

El chico quedó hipnotizado ante la figura de Alba, mientras el fragor de los aplausos resonaba en la sala. La elegancia con la que lucía aquel vestido y la belleza natural de su rostro, delicadamente maquillado, se destacaron bajo las brillantes luces del escenario, convirtiéndola en una auténtica diosa de la música.

—¡Bravo! —exclamó Emiliano mientras los aplausos inundaban el ambiente y veía cómo sus palabras se disolvían en el bullicio.

A lo lejos, Emiliano captó la mirada de Gabriel, cuya sonrisa socarrona sembraba la semilla de un malentendido. La tensión entre ellos era casi palpable, una danza silenciosa de voluntades enfrentadas, donde cada uno jugaba sus cartas con la esperanza de ganar esta partida invisible.

Su corazón latía con fuerza, una mezcla de emociones encontradas. Quería correr hacia el escenario, quería que Alba descubriera que él estaba allí, quería abrazarla y felicitarla, quería decirle que había venido por ella. Pero algo lo mantenía en su asiento, observando en silencio. ¿Sería miedo?

Alba, ajena a las tormentas internas de Emiliano y a las cínicas intenciones de su tutor, continuó saludando al público. Cuando los aplausos se calmaron y el público comenzó a dispersarse, Emiliano permaneció en su asiento un momento más, observando cómo se alejaban juntos del escenario. Un nudo de incertidumbre se instaló en su estómago mientras los veía partir, preguntándose si Gabriel había logrado sembrar una duda en el corazón de Alba.

Octavio y Mariana sacaron a Emiliano de su estado sombrío, instándolo a ir tras bambalinas.

—Vamos, Emi, estoy segura de que hay una explicación lógica; no dejes que las apariencias te arrastren a pensar lo que no es —amonestó Mariana con seriedad.

Octavio, molesto por la sonrisa que Gabriel había lanzado a Emiliano, comprendió en ese instante que las sospechas de Mariana, que él había intentado disipar, eran ciertas.

Mariana tuvo que sacudir la manga del traje de Emiliano, quien parecía estar en otro mundo, perdido en sus pensamientos y dudas sobre lo que acababa de presenciar.

Justo cuando Emiliano estaba al límite de decidir si seguir el consejo de Octavio y Mariana o simplemente irse, Gabriel apareció. Su presencia en el escenario fue como una tormenta que barrió toda la cordura y tranquilidad que el chico había intentado mantener, y ahora, tenerlo frente a él era como si estuviera desafiando toda su paciencia.

La mirada de Gabriel, llena de confianza y cinismo, se cruzó con la de Emiliano por un breve instante, y en ese fugaz contacto visual, sintió como si un rayo de electricidad lo recorriera de pies a cabeza. Era una mezcla incontenible de celos, confusión y necesidad de encontrar respuestas en esos ojos que lo observaban.

—Señores Próspero, qué alegría que nos acompañen, hoy justo hablábamos con Alba y me dijo que estarían presentes; estaba muy feliz por verlos... —saludó con una sonrisa encantadora, extendiendo la mano en un gesto amistoso, ignorando completamente a Emiliano—. Fue un placer escucharla tocar hoy, ¿verdad? —dijo con un sarcasmo que no pasó desapercibido por nadie.

Emiliano asintió, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba y las palabras se le atascaban en la garganta, incapaz de expresar lo que realmente quería. Gabriel, con su habitual arrogancia y seguridad, consciente de la confusión y rabia que provocaba en Emiliano, lo dejaba aún más impotente, pero él trataba de mantener la compostura.

—Me adelanto —dijo a duras penas Emiliano, queriendo salir de allí cuanto antes.

—Alba está reunida con sus tutores; están haciéndole la devolución sobre su primer año aquí —anunció rápidamente Gabriel—. Quedamos en ir a cenar luego; si querés, podés sumarte —mencionó con poco interés en que aceptara, pero a sabiendas de que eso aumentaría las dudas del chico.

Las palabras detuvieron a Emiliano y, sin pensarlo ni responder, salió al *hall* del conservatorio buscando respirar un aire que no fuera el mismo que Gabriel inhalaba. Ya no tenía dudas, le estaba declarando una guerra en nombre del amor de Alba.

Mariana contemplaba ceñuda a Gabriel con una mezcla de incredulidad y desdén. Cada gesto suyo destilaba una arrogancia que parecía impregnar el aire, una presunción tan palpable que casi podía tocarse. No era solo su postura o la manera en que dejaba caer sus palabras; era el conjunto completo lo que exudaba esa superioridad insoportable.

La gota que colmó el vaso fue su descarada indiferencia hacia Emiliano, como si este fuera menos que nada, invisible en su mundo. Aquello fue demasiado para Mariana; cualquier atisbo de respeto o simpatía que pudiera haber sentido por Gabriel en el pasado se disipó en ese instante.

Gabriel, por su parte, la observaba con una sonrisa confiada, esperando alguna felicitación o

comentario trivial, pero para su sorpresa, y con su habitual retórica elocuente, Mariana habló:

—Gabriel, ¿alguna vez te has detenido a pensar en los demás? —comenzó diciendo; su voz era calmada, pero sus palabras eran filosas como cuchillas—. Tu presencia aquí, tu actitud... todo en ti grita una soberbia que no tiene justificación.

Gabriel frunció el ceño, sorprendido por la confrontación.

—Señora Próspero, no entiendo a qué se refiere —respondió él, intentando mantener su compostura.

—Es simple —replicó—. Has ignorado a Emiliano como si fuera aire, como si su existencia no tuviera valor alguno, sabiendo perfectamente quién es; faltándole no solo el respeto a él, sino que también a Alba y a nosotros. Y no solo eso, sino que te regodeas en la atención que recibes, sin importarte el daño que causas.

Gabriel intentó interrumpir, pero Mariana levantó una mano, deteniéndolo.

—No, déjame terminar. Crees que el mundo gira a tu alrededor, que todos deben rendirte pleitesía. Pero déjame decirte algo, Gabriel: la verdadera valía de una persona se mide por la capacidad de respetar y valorar a quienes nos rodean. No lo olvides nunca.

Gabriel se quedó sin palabras; la mirada de Mariana era intensa y su discurso, inesperadamente duro.

—Señora Próspero, yo...

—No, Gabriel, no hay excusas que valgan. Deberías reflexionar sobre tus acciones y su impacto en los demás. Tal vez así, algún día, puedas entender lo que realmente significa ser grande, no por lo que aparentas, sino por lo que eres.

Dicho esto, Mariana se alejó con Octavio, dejando a Gabriel sumido en un silencio reflexivo. Por primera vez, sintió el amargo sabor de la derrota. La ira se apoderaba de él y una furia lo consumía desde dentro. Había creído que con su encanto y astucia tendría a los padres de Alba comiendo de su mano, que podría acercarse y así ganarse el corazón de la pianista, pero había subestimado a Emiliano, quien, con su talento natural y su conexión genuina con la familia, había desbaratado sus planes sin apenas intentarlo.

Para él, la presencia de Emiliano en la vida de Alba, aun en la distancia, era un sonido molesto y persistente que no podía silenciar.

La arrogancia de Gabriel le había servido bien hasta ahora, pero frente a Emiliano, se desvanecía como una sombra al mediodía. La guerra que había declarado era contra un rival que no jugaba con las mismas reglas, un rival que no buscaba ganar a cualquier precio, sino que simplemente era auténtico. Sabía que tenía que cambiar de estrategia. Ya no podía depender solo de su carisma y su habilidad manipuladora. Necesitaba algo más, algo que pudiera realmente desplazar a Emiliano de su lugar privilegiado en la vida de Alba.

Mientras Mariana y Octavio se alejaban, Gabriel se quedó allí, sumido en sus pensamientos, planeando su próximo movimiento.



Capítulo 29

“En los hechos inesperados encontramos lecciones que nunca hubiéramos aprendido de otra manera.”

Haruki Murakami

Emiliano se encontraba en el ruidoso hall del conservatorio, apoyado contra el muro que sostenía la gran escalera. El bullicio de personas saliendo de la sala se percibía como un murmullo distante, ya que su mente estaba en otra parte.

Las palabras de Mariana no dejaban de repetirse en su mente, indicando que la aparición de Gabriel debía poseer una justificación lógica y que era importante no precipitarse en sacar conclusiones. A pesar de esto, la conducta de Gabriel al saludar a los padres de Alba sin ni siquiera reconocer su presencia lo impactó profundamente.

Absorto en sus pensamientos, Emiliano no se percató de la aproximación de Mariana y Octavio. Fue Octavio quien rompió el silencio:

—No creerías la lección que Mariana acaba de darle a Gabriel con su habitual elocuencia y mordacidad — contó Octavio con un tono que dejaba entrever su satisfacción.

—Espero que haya entendido claramente lo que le quise decir —respondió Mariana soltando una risa suave—. Vamos, no quiero que haga lo de siempre y se adelante —añadió con determinación, dispuesta a ir en busca de su hija sin importar las palabras de Gabriel—. Cuando sepa que estás aquí, Emi, va a estar muy feliz.

Emiliano miró a los padres de Alba con agradecimiento. A pesar de la confusión y las dudas

que lo habían angustiado durante la tarde, se sentía reconfortado por su apoyo incondicional.

Mientras se alejaban de los sonidos del *hall*, Emiliano sentía cómo la presencia de Mariana y Octavio le ofrecía un sentido de protección. A su lado, las incertidumbres que lo acosaban parecían disminuir. Juntos, avanzaron por los pasillos del conservatorio, en dirección al área de descanso de los artistas.

Al llegar a la puerta correcta, después de un año de no verla, Emiliano tragó con dificultad, anticipando el momento en que podría finalmente sentir su calor, su aroma, abrazarla y besarla. Octavio no lo dudó y la abrió sin siquiera golpear, encontrando a Gabriel tomando de la mano a Alba. Emiliano escuchó su corazón romperse y se detuvo, inmóvil, totalmente paralizado. Se dio media vuelta y se fue sin decir nada.

—¡Alba! —reprendió Mariana, cuyos ojos atravesaron los de Gabriel mientras Alba luchaba por liberarse de su agarre—. Parece que mis palabras anteriores no fueron lo suficientemente claras, Gabriel.

En el instante en que Emiliano se volteó y se fue, Alba percibió su aroma.

—¿Emi? —preguntó confundida.

¿Cómo era posible que Emiliano estuviera allí, en ese momento tan crucial? Esa misma mañana habían hablado; él le deseó éxito en su concierto y le pidió que lo grabara para disfrutarlo a la distancia. Sin embargo, contrariando toda lógica, ahora él estaba allí, frente a ella, como un regalo divino.

Con el aroma de Emiliano persistiendo en sus narices, la certeza se anidaba en su corazón y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al tiempo que caminaba hacia donde provenía su aroma.

—¿Cómo es...?

—No, Alba, Emiliano ya se fue —interrumpió Mariana con una voz firme que reflejaba la gravedad de la situación—. Gabriel, por favor retírate, necesito hablar con mi hija.

Sorprendido por la entrada repentina de Mariana y los demás, y la acusación directa, sintió una felicidad por la huida de Emiliano que intentó disimular con poco éxito y, sin decir nada, se retiró.

—¿Cómo que se fue? —gritó exaltada, al tiempo que buscaba su bastón para ir tras él.

—¿Qué estás haciendo, Alba?

—Voy a buscarlo.

—¿Qué esperabas? —inquirió Mariana con un tono duro y algo agudo—. Ese chico te adora y vino hasta acá a verte, y te encuentra en esta situación...

—No es lo que están pensando, yo...

—Nada, Alba, déjame terminar. Ponte en su lugar; todos nos damos cuenta de que Gabriel tiene interés en ti. No puedo creer que te hayas vuelto tan inocente como para no darte cuenta de eso y encima permitir esos avances. No está bien.

—Él me agarró de las manos justo cuando abrieron la puerta, no es...

—Desde acá se vio otra cosa, y no soy a quien tienes que darle explicaciones. Pero te digo una cosa, no será fácil. Porque tú sabes perfectamente las intenciones que Gabriel tiene contigo y no lo alejaste. No sé cómo lo harás, pero esta vez no puedo evitar decirte que metiste la pata hasta el fondo.



Capítulo 30

“No hay desilusión más grande que sentirse traicionado por aquellas personas en las que depositaste tu confianza.”

Martín Caparrós

Tras presenciar a Alba tomada de la mano de Gabriel, Emiliano salió de la sala en una mezcla de furia y desesperación. La ira, voraz e implacable, lo envolvía como una densa niebla, sofocando su respiración y tensando cada músculo de su cuerpo. Mientras avanzaba por los pasillos, sus pasos resonaban con furia reprimida.

Con manos temblorosas, comenzó a aflojar la corbata, sintiendo cómo el nudo apretado era una metáfora de su propio estado emocional. El primer botón de su camisa cedió bajo sus dedos, liberando un poco de la opresión que sentía en el pecho. Pero incluso el aire fresco que golpeó su rostro al salir del conservatorio no pudo calmar la tormenta que rugía dentro de él.

“Me voy”, resonaba en su mente con amargura mientras las imágenes de Alba y Gabriel se entrelazaban en su pensamiento, como espinas desgarrando su corazón. Sintió que no tenía nada más que hacer allí, por lo que decidió que, a pesar del gasto que le implicaría, cambiaría su pasaje para el próximo vuelo disponible.

Durante todo un año había trabajado arduamente, sacrificando horas de sueño, horas de estudio y práctica para poder costear ese viaje. El dinero que le debía a su amigo Manuel ahora parecía un peso aún mayor sobre sus hombros. No le había pesado al hacerlo porque la extrañaba tanto que necesitaba verla y valía la pena el esfuerzo y el sacrificio, pero ahora se volvía más

agobiante con cada pensamiento de traición.

Una risa sarcástica brotó de su garganta mientras cruzaba una calle; el sonido agudo y lleno de amargura se diluía en los sonidos urbanos. Y entonces, como si el destino estuviera jugando en su contra, vio a Gabriel en la esquina, despreocupado y arrogante.

Sin mediar palabra, Emiliano caminó hacia él y se abalanzó con la ferocidad de un león herido. Su puño se estrelló contra la nariz del tutor con un sonido sordo, y el impacto hizo que cayera al suelo, sorprendido y desconcertado.

Ninguno dijo nada, se midieron con las miradas y, en lugar de retroceder, Gabriel se limpió la sangre con desdén y se puso de pie, desafiante.

—Te subestimé, Emiliano, hasta parece que, después de todo, sí tenés bolas —dijo con una sonrisa burlona. Emiliano se volteó y retomó su camino hacia el hotel, pero Gabriel volvió a hablar—. No me voy a rendir, voy a ganarme el corazón de Alba, Emiliano. Más vale que lo sepas —amenazó con voz firme.

Emiliano no respondió; simplemente continuó su camino. Pocas veces en su vida había golpeado a alguien, y nunca por una mujer, pero Gabriel lo había provocado desde el primer día y él ya no pudo contenerse. No consideró ni por un instante las posibles consecuencias de su acción. La ira ardía en su pecho con tal intensidad que no había espacio para la lógica o la prudencia. Simplemente no pudo más y actuó.

Octavio salió tras Emiliano y, a lo lejos, pudo ver el golpe que el chico le había propinado a Gabriel. “Se lo tiene merecido”, pensó. A pesar de ser una persona pacífica y no estaba a favor de la violencia, él también había sentido la tentación de golpearlo. Reflexionando sobre qué hacer, decidió informar a su esposa, así que sacó su celular y llamó a Mariana.

—Mariana... aléjate si estás cerca de Alba— pidió para evitar que escuchara la conversación.

Mariana se apartó, mientras Alba recogía su mochila e iba al vestuario para quitarse el vestido.

—Listo...

—Emiliano acaba de darle una piña a Gabriel...

—¡¿Quééééé?! —gritó, tratando de contenerse.

—Sí, lo dejó tirado en el piso —casi no pudo disimular la pequeña risita y continuó—: creo que está de camino a su hotel. Voy a ir hasta ahí para hablar con él, a ver si puedo ayudar.

—Él no está herido, ¿verdad?

—No, no, tranquila.

—Bueno —resopló—, lo que se suponía que sería una sorpresa para Alba, terminó siendo un desastre.

—¿Te dio alguna explicación?

—Ella dice que Gabriel la tomó de las manos en el instante en que abrimos la puerta.

—Ya veremos. Voy y te mantengo al tanto. Lo mismo tú.

—Estoy escuchando a Alba enviarle un audio a Emiliano —susurró—. Esta chiquilina, cómo permite que Gabriel se le acerque así...

—Ni yo, espero que lo solucionen.

—Y yo.

Luego de cortar la llamada, Mariana esperó a que su hija saliera del vestuario.

—No me responde las llamadas, ma —dijo Alba con la voz quebrada y visiblemente angustiada.

—Es comprensible.

—¡Pero ni siquiera me dejó explicar!

—Espero que tengas la oportunidad.

—¡Mamá! —exclamó Alba—. ¿Podrías ponerte de mi lado?

—¡Alba!, nunca fui una persona necia, no te voy a dar la razón ni a ponerme de tu lado si no la tienes, debes asumir tus responsabilidades, así te educamos. No eres consciente de todo lo que hizo ese chico para poder venir a darte la sorpresa —levantó la voz—. Tu padre me acaba de llamar; está yendo al hotel para ver si lo puede calmar. Estaba furioso, tanto que le dio un piñazo a Gabriel, así que no es muy probable que atienda tus llamadas por ahora.

—¿Cómo un piñazo?! ¿Emi está bien?

Mariana se acercó a Alba con gesto preocupado; sus ojos reflejaban una mezcla de comprensión y firmeza.

—Mira, Alba, Emiliano no es un cobarde —comenzó Mariana, buscando las palabras adecuadas para expresar su punto—. Tiene sentimientos profundos por ti, te ama de verdad. ¿Cómo pensabas que podía reaccionar?

Alba bajó la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta. Sabía que Mariana tenía razón, pero aun así le costaba aceptar la realidad.

—Es la primera vez que actúa así, debe estar muy enojado... —murmuró Alba, suspirando con pesar.

—Lo está y es lógico. Emiliano puede parecer muy bueno, pero al final, es humano. Y Gabriel simplemente colmó su paciencia; se metió contigo.

Alba asintió lentamente, sintiendo un peso en su corazón. Intentó llamarlo nuevamente, pero la llamada no se conectó; él había apagado el teléfono.

—Todos tenemos nuestros límites —comentó Mariana con compasión—. Y Emiliano, por mucho que te ame, también tiene los suyos. Necesita sentir que sus sentimientos son valorados, que no lo das por sentado.

Las palabras de Mariana resonaron en el silencio que las rodeaba, y Alba finalmente habló:

—¿En qué hotel está, mamá? Tengo que aclarar las cosas.

—No sé, tu padre sabe. Sé que es un hotel chiquito cerca de acá. Pero vamos a esperar a que él hable con Emi, a ver si puede poner un poco de paños fríos.

Por otro lado, Octavio llegaba al hotel casi al mismo tiempo que Emiliano.

—¡Emi! —gritó ya dentro del *lobby* antes de que él se perdiera detrás de las puertas del ascensor.

Emiliano se giró para ver a Octavio caminando hacia él.

—Octavio —dijo con una voz plana.

—¿Tomamos un cafecito? —lo invitó mientras apoyaba una mano en su hombro.

—Creo que voy a necesitar algo más fuerte —aseguró, tomó una respiración profunda y acompañó a Octavio a un bar en la esquina.



Capítulo 31

“Entregarse por completo a alguien puede ser hermoso, pero también puede ser un gran riesgo.”

Paulo Coelho

El bullicio del bar parecía distante para Octavio y Emiliano, inmersos en su conversación mientras compartían unas pintas de cerveza. Sentados en una esquina apartada, la luz tenue creaba una atmósfera íntima a su alrededor.

Octavio miró al chico con complicidad, notando el peso en sus hombros reflejado en su mirada sombría.

—Vi el golpe que le diste a Gabriel —comenzó diciendo con una risita de apoyo—, se lo tenía merecido.

Emiliano soltó un suspiro pesado, jugueteando con el borde de su vaso.

—No me siento mejor después de eso —admitió Emiliano con sinceridad, su voz estaba cargada de frustración y confusión—. No deja de ser un docente de la universidad, ni siquiera consideré las consecuencias, no sé si me suspenderán o incluso me expulsarán.

El padre de Alba tomó un sorbo de su cerveza antes de continuar, con un tono lleno de calma y sabiduría.

—No creo... a él tampoco le conviene que se sepa que está interesado en una alumna —aclaró su garganta y continuó—: debes calmarte, Emiliano —aconsejó—. Deja que Alba te explique, seguro hay una explicación lógica para todo esto.

—¿Qué hay que explicar? Estaban de la mano, Octavio —replicó Emiliano con un tono ahogado, pasando una mano por su cabello, sintiendo el peso de la situación—. Yo siento que pongo todo de mi parte en esta relación a distancia. Trabajé duro, esperé tanto tiempo para este momento y ahora...

—Entiendo cómo te sientes —respondió con empatía—, pero también creo que debes confiar en Alba. Ella no tiene nada con Gabriel, fue una situación confusa, un malentendido. Dale la oportunidad de explicarse.

Emiliano miró al hombre frente a él con gratitud, pero no perdía de vista que era el padre de Alba.

—Necesito tiempo —confesó finalmente, su voz temblaba con la lucha interna que estaba experimentando—. En este momento no tengo la fuerza ni las ganas. Voy a ir al aeropuerto, a ver si puedo cambiar mi pasaje y volver esta misma noche.

Octavio comprendió que Emiliano no solo estaba enojado, sino que estaba profundamente herido. Entendía que necesitaba espacio para procesar todo lo que había sucedido, pero a su vez, Alba era su hija y sabía que no había habido una mala intención y que no tenía ninguna relación con el tutor.

—Haz lo que necesites —dijo con voz suave—. Pero recuerda, Alba te ama. Dale la oportunidad de aclarar las cosas.

Emiliano se puso de pie con determinación y con su corazón lleno de emociones encontradas.

—Gracias, Octavio, por todo —murmuró con gratitud antes de dejar unos dólares sobre la mesa y dirigirse hacia la salida.

Octavio lo observó con preocupación mientras se alejaba, deseando que las cosas se aclararan. Sabía que, si Emiliano se subía a ese avión esta noche, no habría marcha atrás.

Ya en la habitación, Emiliano cerró con un suspiro el cierre de su mochila, sintiendo el peso de la decepción y la confusión sobre sus hombros. El agua caliente de la ducha aún humedecía su piel mientras se aseguraba de tener todo en orden. El traje, perfectamente colgado, estaba listo para ser guardado en su funda, y él, para marcharse. Con pasos decididos, salió de la habitación y se adentró en el pasillo, con la mente cargada de preguntas sin respuesta.

Fue al girar hacia el ascensor cuando vio a Alba salir de él, acompañada del botones del hotel. La sorpresa y la dureza se reflejaron en su voz y en su mirada cuando la vio.

—¿Qué hacés acá? —preguntó Emiliano con voz tensa, y Alba se sobresaltó.

—No respondías mis llamadas ni mis mensajes —respondió con voz temblorosa, sintiendo la presión de las emociones en su pecho—. Quería explicarme...

El botones, aunque no entendía el idioma, notó la tensión en el ambiente y decidió retirarse discretamente, dejándolos a solas.

Alba dio un paso hacia Emiliano, impulsada por el aroma familiar que lo rodeaba, pero él se apartó sutilmente, creando un vacío entre ellos que Alba sintió con dolor en el pecho.

Ese gesto la desarmó por completo. Para ella, lo que había sucedido con Gabriel no había sido tan grave; había sido un instante, y ahora todo era un desastre. Pero ver a Emiliano tan distante, tan frío, la hizo sentir vulnerable y perdida.

—Ahorrate las explicaciones —sentenció Emiliano con firmeza, su voz cortaba el aire—. No las quiero escuchar.

Alba, con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada por la angustia, le rogó que la escuchara.

—Necesito explicarte —dijo con desesperación, extendiendo una mano hacia él.

Emiliano guardó silencio, luchando internamente con sus propios sentimientos heridos. Se

aferró a su orgullo y a su necesidad de protegerse, aunque por dentro su corazón se desmoronaba.

Incapaz de contenerse más, Alba se acercó y lo abrazó por la cintura, buscando consuelo en sus brazos. Inhaló profundamente su aroma, el mismo que siempre le había brindado seguridad, pero esta vez no recibió el calor que esperaba.

Emiliano permaneció rígido en su abrazo, sin corresponder. Alba deslizó sus manos por sus brazos hasta tomar las de él que sostenían sus pertenencias.

Fue entonces cuando se percató de que él llevaba su mochila en un lado y la funda del traje en el otro. La revelación la impactó con fuerza, haciéndola comprender la magnitud de la situación.

Ante la inminente posibilidad de perderlo para siempre, Alba tomó una decisión. Con voz temblorosa, allí en el pasillo junto a los ascensores, le explicó todo con detalle. Le contó sobre la llegada inesperada de Gabriel, sobre el contacto ocasional que habían mantenido por asuntos estrictamente académicos, y cómo ella nunca había alimentado esperanzas en Gabriel.

—Por favor, Emi, volvamos a la habitación y hablemos —suplicó Alba, sintiendo que el tiempo se agotaba.

Emiliano guardó silencio por un momento, su mente y su corazón estaban en conflicto. Finalmente, se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso hacia la habitación, sin tomar su mano, pero manteniéndose a su lado para guiarla, junto a su bastón.



Capítulo 32

“No hay reconciliación sin perdón, y no hay perdón sin amor.”

Bryant H. McGill

Al cerrar la puerta detrás de ellos, Alba sintió el peso del silencio en la habitación. El sonido del golpe de la mochila de Emiliano contra el suelo resonó en sus oídos, seguido por el crujido de la funda plástica del traje al ser lanzada a algún sitio. Cada ruido parecía un eco de la distancia que se había creado entre ellos.

Respiró hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas mientras percibía a Emiliano de pie frente a ella, pero a una distancia que le resultaba dolorosa. Alba sabía que era inocente, que su corazón le pertenecía solo a él; aunque entendía que él se hubiera sentido perturbado al ver a Gabriel tomándola de las manos, le dolía que no le creyera.

—¿Cómo pudiste permitir que eso sucediera? —la voz de Emiliano era dura, llena de dolor y acusación—. ¿Cómo pudiste dejar que se acercara así? Sabés perfectamente que él tiene otras intenciones. Lo hablé con vos cuando te dieron la beca, ¡hasta tu madre lo sabe! —gritó.

Alba sintió un nudo en la garganta y luchó contra las lágrimas que comenzaban a escaparse.

—No fue mi intención, Emi, nunca le di esperanzas, nunca tuve con él ningún gesto que pudiera darle a entender nada, lo que pasó fue un instante y cuando él me agarró yo inmediatamente me solté, pero ustedes entraron justo en ese momento de confusión —respondió con la voz temblorosa, su corazón latía con fuerza en su pecho.

—¡Una confusión que nunca debió suceder! —la voz de Emiliano resonó en la habitación,

cargada de ira y desilusión—. ¿Cómo creés que me sentí en ese momento? ¡El boludo más grande! Y encima me tengo bancar que el tipo me descanse.

Las palabras de Emiliano cortaron como cuchillas, haciendo que Alba se tambaleara emocionalmente.

—Emi, por favor, estás exa...

—¡Ni se te ocurra decir que estoy exagerando, Alba! Vos no te hacés una idea de lo que pasé este año para poder venir a verte, me moría de ganas de darte la sorpresa, pero la sorpresa me la diste vos —recalcó apretándose los ojos para evitar que las lágrimas de impotencia cayeran—. Me siento herido —musitó, mientras que se alejaba aún más de ella y se sentaba en la cama.

—Emi —susurró y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin control, al tiempo que sorbía por la nariz—. Nunca quise lastimarte, nunca quise que esto pasara.

—¡Pero pasó! ¡Y no puedo simplemente ignorar que, sabiendo que el tipo ese te ronda desde hace tiempo, no le hayas puesto un freno! —Emiliano gritó.

El dolor en su voz era evidente, y Alba se sintió desgarrada por dentro.

—¡Yo ni siquiera sabía que iba a venir a Boston, Emi! Cuando me dijeron que mi profesor de la universidad me acompañaría al escenario, enseguida me alegré pensando que sería el profesor Augusto. A ese punto, ¡a Gabriel ni siquiera lo registro! De hecho, me resulta irritante, me hace sentir incómoda —explicó con desesperación. Sus palabras resonaban en el aire tenso entre ellos.

—¿Se lo dijiste? Porque cuando te tenía agarrada de las manos no parecías estar incómoda... —lanzó sin poder ocultar su frustración.

—Ya te expliqué que me tomó por sorpresa... —dijo exasperada—. Y, para serte honesta, me duele que no confíes en mí.

Emiliano la miró incrédulo, ahora parecía que él era el que estaba actuando mal.

La discusión se volvió cada vez más intensa, con palabras afiladas como dagas que cortaban profundamente. Alba trató de explicar una y otra vez, de disculparse, de hacerle entender que lo amaba más que a nada en el mundo y que nada había ocurrido entre ella y Gabriel. Pero Emiliano parecía inquebrantable en su dolor y desconfianza.

—Lo siento, Alba.

—Yo lo siento más de lo que puedas imaginar —murmuró tras unos segundos de silencio.

—Necesito tiempo... —dijo finalmente con su voz quebrada por la lucha interna.

Alba se aferró a su último hilo de esperanza, sintiendo que su corazón se desmoronaba.

—Emiliano, por favor —rogó con la voz entrecortada, extendiendo una mano en el aire hacia él.

A él se le partió un poco más el corazón al verla así, pero su propio dolor lo había cegado. Quería irse de allí y, a su vez, quería abrazarla.

Al ver que Emiliano no decía nada más y al percibir la tensión en el aire, Alba decidió que le daría el tiempo que él pedía.

—Te amo, Emi, ojalá lo tuvieras tan claro como yo —afirmó antes de voltearse para irse.

Él también la amaba y por eso se sentía tan mal; había imaginado un reencuentro amoroso, casi idílico, pero la realidad era muy distinta. Alba escuchó el sonido ahogado de la angustia de Emiliano y no pudo abrir la puerta para irse.

Emiliano se encontraba perdido en un mar de emociones, su mente repasando una y otra vez los eventos recientes. Reflexionaba sobre sus propias acciones, sobre las palabras que habían sido lanzadas como flechas en medio de una tormenta de emociones desatadas. Sabía que su dolor había sido un cómplice cruel en su actitud hacia Alba, una actitud que ahora lamentaba profundamente. Se odiaba a sí mismo por haberla lastimado. En ese momento, odiaba con todo

su ser a Gabriel y a todo lo que representaba, incluso a la beca.

Mientras tanto, Alba permanecía de pie en medio de la habitación; no sabía si debía acercarse o dejar que el tiempo y las palabras hicieran su trabajo. Se sentía vulnerable y expuesta, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho.

Había dicho todo lo que creía necesario, había intentado explicar, justificar y pedir perdón. Pero, aun así, se preguntaba si había sido suficiente.

Fue entonces cuando Emiliano rompió el silencio con palabras que resonaron en el aire cargadas de sinceridad y dolor.

—También te amo, Alba —reveló con voz ronca—. Demasiado. Ver cómo estabas con Gabriel me desquició. Entiendo cómo llegamos a este punto, pero me duele que nunca pusieras límites antes.

Las palabras de Emiliano golpearon a Alba como una ola, haciendo que su corazón se encogiera de dolor y arrepentimiento.

—Perdón, no lo vi necesario, pensé que con mi actitud distante era suficiente, pero claramente no fue así.

—No, claramente no lo fue y es tiempo de que lo hagas.

—Te prometo que se lo voy a dejar bien claro; no me interesa nada de él, ni siquiera le tengo simpatía —respondió con voz suave y sus ojos llenos de lágrimas—. Y, Emi, sé que las discusiones son inevitables, pero por favor, confía en mí y en mis sentimientos.

—No desconfío de vos, pero sí temo lo que pueda llegar a hacer él si no se le pone un límite claro y definitivo.

Emiliano se acercó a ella con pasos lentos y decididos, sus brazos la envolvieron en un abrazo firme y cálido. Alba se aferró a él con fuerza, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el suyo y su corazón latiendo al unísono. Emiliano inhaló profundamente su aroma, sintiendo cómo todo su ser se calmaba en sus brazos.

—Perdoname vos también a mí, se me saltó la térmica, hasta le di un piñazo a ese imbécil.

—Me lo dijo mamá... —lamentó, tomándolo de las manos y acariciándolas—. Y te entiendo, Emi, si la situación hubiera sido al revés, seguramente yo habría actuado igual, pero solo te pido que en el futuro no nos lastimemos —Alba levantó la cabeza, buscó sus labios y se encontraron en un beso lleno de pasión.

—Alba... —susurró Emiliano sobre su boca, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que sentía—. Cada día que estuvimos separados fue una tortura. Extrañarte, no poder verte, ni tocarte —dijo acariciando su espalda—, ni besarte... —añadió besándola más profundamente con los ojos cerrados—. Cada día...

Antes de que pudiera continuar, Emiliano sintió la suave mano de Alba sobre su boca, deteniendo sus palabras con un gesto delicado pero firme que decía más que las palabras.

—Yo también, mi amor —susurró Alba, deslizándose su mano desde la boca de Emiliano hasta su mejilla, acariciando la suavidad de su piel, para luego quitarle la chaqueta que llevaba puesta—. Ahora solo quiero sentirte, Emi. Quiero que estemos juntos, necesito...

Con una intensa pasión que pareció surgir de lo más íntimo de su ser, Emiliano la besó como si fuera su única fuente de vida. Un deseo intenso emanó de cada parte de su cuerpo, uno que los consumió y los sumergió en un frenesí salvaje. Buscaron ansiosamente el contacto, cediendo al deseo que los había mantenido distanciados durante un largo período y como un bálsamo para aliviar la tensión de la discusión.

Cada caricia encendía una lujuria aún más primitiva, una intensa necesidad los conectaba en un remolino de sentimientos y sensaciones. El ambiente estaba inundado de la maravillosa

melodía íntima que se escuchaban en la oscuridad de la habitación. Sus cuerpos se enlazaban en una danza apasionada, siguiendo el compás de su amor mientras se quitaban la ropa.

Sus labios se encontraron con voracidad, buscándose con avidez y entregándose al fuego que los absorbía. Emiliano recorrió su cuello con una devoción que parecía brotar desde lo más profundo de su ser y sus manos se deslizaron con suavidad por la curva de su espalda, estremeciéndola.

Con la urgencia que los apremiaba, se encontraron en la cama, enredados en un abrazo que hablaba de amor y anhelo. Las manos y labios de Emiliano recorrían suavemente la piel de Alba, trazando líneas invisibles que la hacían temblar. Ella respondía con la misma intensidad, sus labios y sus cuerpos se fundían en un baile lento y ardiente.

Sus cuerpos se reconocían a pesar de la distancia impuesta y el tiempo parecía detenerse en ese instante, donde solo existían ellos, su amor y el fuego que los envolvía. Y en esa unión de cuerpos y almas, Alba y Emiliano se perdieron el uno en el otro, encontrando en ese momento íntimo la plenitud y la felicidad que tanto ansiaban después de un año de no estar juntos.



Capítulo 33

“No hay beso que no sea principio de despedida, incluso el de llegada.”

George Bernard Shaw

Alba descansaba sobre el cuerpo de Emiliano, las respiraciones se iban regulando, al tiempo que sus corazones encontraban un ritmo normal. Ambos necesitaban esa conexión tan íntima, esa que solo los amantes conocen.

—Emi...

—Mhm...

—¿Cuándo te vas?

—El domingo a la noche... lo siento, Alba, no puedo quedarme más.

—Lo entiendo, ya que hayas venido para mí es un montón —respondió con una mezcla de pesar y melancolía—. ¿Cuándo das el examen?

—En febrero, si llego... entre las clases, las prácticas, el laburo... no la tengo fácil, pero tampoco es grave si lo doy en abril o en julio, no quiero enloquecerme.

—¿Laburo? —preguntó levantando su cabeza.

—No te lo dije antes porque no quería que sospecharas o te ilusionaras si no lograba juntar la plata, pero en la conversación que tuvimos aquel día, te dije que iba a buscar formas para acortar la distancia —le recordó y besó la punta de la nariz.

—Gracias, mi amor, y perdón por someterte a esto.

—¿Qué decís?

—Eso... que estás con mil cosas y encima laburando para poder venir.

—Alba... lo hago porque quiero, porque no podía estar un día más sin verte —dijo envolviéndola en sus brazos.

—Y perdón por arruinarte la sorpresa...

—No hablemos más de eso —dijo acariciándole la espalda—. Estuviste increíble en el concierto.

—Gracias... —agradeció y escondió su cabeza en el hueco del cuello de Emiliano, inhalando su aroma.

Después de un rato de silencio reconfortante, donde los abrazos y las caricias se convirtieron en el lenguaje de su reconciliación, Alba y Emiliano finalmente empezaron a hablar. Hablaron sobre lo que se habían extrañado durante los meses de distancia, sobre la magia del concierto y sobre los planes para el próximo año. Cada palabra era un alivio para sus corazones heridos, sanando las grietas y dejando el dolor atrás.

—Debería avisarles a mis padres...

—Sí, sería bueno. Tu padre habló conmigo hoy, nos fuimos a tomar una cerveza; intentó calmar las cosas, pero yo estaba muy sacado.

—Perdón... —dijo dándole un beso tierno en el pecho.

—Ya fue, dejá de pedir perdón y, en todo caso, perdoname vos a mí —subrayó besando su frente.

Alba se deslizó del cuerpo de Emiliano hacia el costado para buscar su teléfono, tanteó sobre la mesa de noche sin éxito. Emiliano, viendo eso, le dio el suyo.

—Usá el mío... —apuntó, buscando el contacto de Mariana—. Ya está llamando —informó.

Luego se levantó dándole espacio para hacer la llamada, se dirigió a la ducha para refrescarse después de un día lleno de emociones intensas.

Alba tomó el teléfono y escuchó el tono de llamado. Después de unos segundos, la voz cálida y familiar de su madre resonó al otro lado de la línea.

—*Emi... ¿está todo bien?* —preguntó creyendo que quien llamaba era Emiliano.

—¡Mamá, soy yo! —respondió Alba, sintiendo la emoción en su voz.

—¡Alba! ¿Cómo estás? —La voz de Mariana estaba llena de curiosidad.

—Bien, ma... pude hablar con Emi. Tuvimos una conversación larga, intensa pero necesaria, y... arreglamos las cosas.

—¡*Me alegro tanto, cariño!* —dijo sin disimular su júbilo—. *Estoy tan feliz por ti. ¿Qué van a hacer ahora?*

—Me voy a quedar acá con Emi. ¿Podemos vernos para almorzar mañana en su hotel?

—¡*Claro! Ahora le aviso a tu padre, va a estar superfeliz por ambos.*

—Gracias por siempre estar ahí para mí y por hacerme entender las cosas.

—*Nada, hija, a veces aprender duele* —admitió suspirando—. *Te amamos. Mandale un cariño a Emi de nuestra parte, nos vemos mañana.*

Después de despedirse con amor, Alba colgó el teléfono y se quedó allí, reflexionando sobre las palabras de su madre. Se puso de pie y, a tientas, buscó la puerta del baño, lo primero que abrió fue la puerta del armario, tras unos segundos más, encontró la que buscaba. Después de una ducha compartida llena de caricias y besos que desafiaban las leyes de la gravedad, se vistieron con la emoción palpable en el aire, tenían hambre, debían cenar.

Al día siguiente, se despertaron muy tarde y se perdieron el desayuno del hotel, mirando el reloj, con Alba aún en sus brazos, Emiliano habló:

—Me encantaría tenerte así toda la vida, pero tus padres nos esperan —susurró.

Luego de ducharse y vestirse, tomaron un taxi hacia el hotel de Octavio y Mariana. Entraron tomados de la mano al restaurante donde los padres de Alba los esperaban con una mezcla de alegría y curiosidad.

Conversaron animadamente, compartiendo anécdotas y risas, repercusiones sobre el concierto y planes de futuro. No se mencionó el tema de Gabriel para no romper con el buen clima. Comieron delicioso y, cuando terminaron, Alba y Emiliano volvieron juntos al hotel.

Los dos días pasaron como un suspiro, llenos de pasión, algunos breves paseos por la ciudad y largas conversaciones entre sus brazos. Cada momento juntos parecía un regalo del destino, una pausa en sus vidas para disfrutarse mutuamente.

Llegó el domingo, un día que ambos querían que durara eternamente. Decidieron quedarse en la cama, abrazados, sin importar el mundo exterior. Se amaron con la intensidad de quienes saben que el tiempo no perdona, riendo entre besos y caricias, compartiendo sueños y secretos en la intimidad de las sábanas.

Entre risas y lágrimas, hablaron sobre el futuro; de los proyectos por cumplir y sueños por alcanzar. Emiliano sabía que esa noche debía tomar un avión de regreso a su rutina, a kilómetros de distancia de Alba, pero con el corazón lleno de renovada alegría y energía.

—Voy a extrañarte tanto, mi amor —susurró Emiliano, acariciando el rostro de Alba con ternura.

—Y yo a vos... ya queda menos. Nosotros podemos con esto, ¿verdad?

—Ya pasó lo peor y pudimos...

Se abrazaron con fuerza, como si pudieran fundirse en uno solo, queriendo detener el tiempo en ese instante perfecto. Emiliano se preparó para partir, con el corazón lleno de promesas y la esperanza de un reencuentro en el horizonte.

Ya en el aeropuerto, Alba se mantenía abrazada de Emiliano mientras esperaba la hora para dirigirse a la puerta de embarque.

—Te amo, Emi, como nunca amé a nadie.

Alba no era la persona más demostrativa del mundo, pero el tono que usó para decirlo hizo que se le saltara un latido.

—Te amo, Alba. Mucho... no quiero irme, pero tengo que, aunque te prometo que voy a hacer hasta lo imposible para volver pronto.

Entre besos que sabían a despedida y abrazos que prometían un futuro compartido, Emiliano se despidió de Alba. Caminó hacia el control de seguridad con paso decidido, aunque su corazón latía con fuerza y sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Alba estaba acompañada de sus padres que la contenían amorosamente. Ella sabía que se esperarían, que cada día sin él sería un paso más cerca de su próximo encuentro. Y mientras Mariana y Octavio veían cómo Emiliano desaparecía tras las puertas, Alba tenía una certeza se instalada en su corazón: su amor era tan fuerte que ninguna distancia podía separarlos realmente.



Capítulo 34

“Te extraño de formas que las palabras no pueden expresar.”

Gemma Troy

El paso del tiempo no había hecho más fácil la separación; al contrario, aunque Emiliano había vuelto a viajar a mitad de año, después de dar finalmente su examen para graduarse en economía, brindándoles un breve alivio a su añoranza, se extrañaban con locura.

Ahora, seis meses después, junto a los padres de Alba, esperaba que cruzara las puertas que la devolverían a él.

El aeropuerto se convirtió en un escenario de reencuentros, donde cada abrazo parecía borrar la distancia y el tiempo de separación. Alba, acompañada por una asistente de vuelo que arrastraba su maleta, atravesó las puertas de seguridad y, con una sonrisa que iluminaba más que las luces de la terminal, se dejó envolver por los brazos de Emiliano y sus padres.

—¡Los extrañé tanto! —exclamó, mientras las lágrimas de felicidad y alivio se mezclaban con las risas y los besos.

—¡Al fin en casa! —dijeron sus padres, con esa sincronía única que los caracterizaba.

Octavio y Mariana fueron a buscar el coche, mientras Alba y Emiliano esperaban en la puerta del edificio de arribos. El invierno había sido particularmente frío y, aunque deberían estar entrando en primavera, nada hacía pensar que eso estaba sucediendo.

Emiliano, viendo que Alba temblaba de frío, la abrazó y, con un gesto de caballerosidad y cariño, desabrochó su abrigo y, con él puesto, envolvió a la chica en un tibio abrazo.

—¿Mejor?

—Sí, mucho.

Alba permaneció allí, en aquel lugar que tanto amaba y que la hacía sentirse tan segura y cálida.

—Amor... no podía demorar un día más sin verte; estos últimos días fueron terribles —comentó la chica.

—Me pasó igual, pensé que estos seis meses no pasaban más, se me hicieron eternos... pero ya estás acá —dijo y besó la coronilla de la pelirroja que estaba entre sus brazos.

La promesa de no volver a separarse colgaba en el aire, tan tangible como el calor de sus abrazos.

Una tarde, mientras Emiliano estaba sentado en su escritorio, rodeado de libros y apuntes, su concentración se vio interrumpida por el sonido de su teléfono. Era una llamada de su madre, Silvina, cuya voz siempre llevaba consigo la autoridad innata y la gracia refinada de su nobleza.

—*Hola, mamá, ¿cómo estás?*

—Bien, hijo. Supe por tu hermana que la chica ya regresó.

—*Alba... sí, ya regresó.*

—Tu padre y yo hemos estado pensando... Queremos invitarlos a cenar este fin de semana, tus hermanos también estarán presentes, algo sencillo, queremos conocer y agradecer a la chica que te devolvió la cordura, ahora esperamos que te convenza de trabajar con tu padre —manifestó su madre y Emiliano no pudo evitar rodar los ojos.

—*Mamá... eso no va a ocurrir, me gradué, tengo el título, pero para mí es una herramienta, no un fin, no voy a trabajar con papá en la empresa. Ya hablé de esto y no quiero repetirme.*

—Lo que digas... ¿van a venir o tengo que buscar a Alba para invitarla personalmente?

—*¿Cuándo y a qué hora?*

—El sábado, a las ocho, no lleguen tarde, sabes que tu padre es un maniático de la puntualidad.

—*Perfecto, mamá. Nos vemos entonces.*

—Hasta el sábado, hijo.

Emiliano colgó el teléfono con un suspiro cargado de ansiedad. La cena que se aproximaba en casa de sus padres prometía ser un desafío. Los conocía demasiado bien y sabía que no se darían por vencidos fácilmente. Sus opiniones arraigadas podrían ser un obstáculo difícil de sortear, especialmente cuando se trataba de la primera visita de Alba.

Se pasó una mano por el cabello, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Hablaría con sus hermanos, Viviana y Martín, para que estuvieran preparados para intervenir si las cosas se complicaban durante la cena. No quería que Alba sintiera el peso abrumador de la presión que sabía que sus padres podían ejercer.

Con eso en mente, no perdió más tiempo e hizo una llamada grupal:

—Vos sabés cómo son los viejos, ¿no? —dijo Emiliano luego de explicar en detalle la situación. En un tono de voz se escuchaba la carga de su preocupación.

—*Sí, lo sé. Pero también saben lo importante que es Alba para vos. No creo que vayan a hacer algo para lastimarte* —respondió su hermana Viviana, con solemnidad, mientras le daba una galleta a su hija.

Emiliano soltó un suspiro, deseando poder compartir la confianza de Viviana.

—Ojalá sea así. Pero ustedes saben cómo son, siempre tienen una opinión fuerte sobre todo.

—*Bah, ¡no les des bola! Al final del día, vos sos el que tiene que vivir tu vida, no ellos* —dijo Martín, el hermano menor con la indiferencia que lo caracterizaba.

—Esperemos...

—*Vas a estar bien, hermanito. Y si se pone feo, nosotros estaremos ahí para ayudarte* — confirmó Viviana.

—*Obvio, de última armamos alto bardo para que los viejos se desquicien y no tengan tiempo de seguir jodiendo* —dijo Martín con desfachatez—. *Vos enfocate en disfrutar la noche con Alba, el resto lo manejamos nosotros.*

Emiliano sonrió débilmente; no estaba muy convencido, pero sentía el apoyo de sus hermanos y sabía que podía contar con ellos si las cosas se complicaban. Tras las preguntas de rigor, se despidieron.

Tomó un sorbo de su café, y aún sosteniendo su celular en la mano, Emiliano rememoró la conversación que tuvo con sus padres cuando les habló de Alba.

En el sillón de enorme living de la casa familiar, con los muebles de madera tallada y las cortinas blancas ondeando suavemente con la brisa de una tarde de verano, Nicolás y Silvina escuchaban atentamente a Emiliano. Sentados frente a él, con gestos de sorpresa y desconcierto, absorbían cada palabra que salía de sus labios.

Emiliano hablaba con tal pasión y ternura que era imposible no sentir su amor flotando en el aire. Pero cuando mencionó la palabra “ceguera”, el silencio se instaló en la habitación como un invitado no deseado.

—¿¡Ciega?! —exclamó Silvina, llevándose una mano al pecho como si el simple término pudiera provocarle un dolor físico.

—¿Cómo es posible, Emiliano? —preguntó Nicolás, con la voz llena de incredulidad.

Emiliano los miró con calma; sus ojos reflejaban una determinación inquebrantable. Se había prometido respirar profundamente antes de responder, conocía bien a sus padres.

—Sí, Alba no puede ver, pero es la persona más maravillosa que conocí en mi vida. Su corazón es tan luminoso que alumbra todo a su alrededor, además de increíblemente talentosa. Ahora está en Berklee, le otorgaron una beca de excelencia.

Nicolás frunció el ceño, tratando de procesar esta nueva información. Para él, que había crecido en una familia donde la apariencia y la perfección eran primordiales, era difícil entender cómo su hijo podía enamorarse de alguien con una discapacidad. Su padre, una persona de convicciones fuertes y de una frialdad pasmosa, había inculcado en él la importancia de seguir las normas sociales, de mantener una imagen intachable ante los demás. A su madre, Marina, no se le había permitido tener injerencia en la educación; eran otros tiempos, sí; ella había vivido una vida de sacrificios y renunciaciones, siempre tratando de encajar en el molde que su esposo y la sociedad habían diseñado para ella. Sin embargo, en sus últimos años de vida, había aprendido que la verdadera felicidad venía de ser auténtico y de seguir el corazón, incluso si eso significaba desafiar las convenciones establecidas.

—Emiliano, hijo, ¿estás seguro de esto? —preguntó Silvina, con la mirada llena de preocupación.

Emiliano asintió con determinación.

—Sí, totalmente seguro. Alba es especial, cuando la conozcan se van a dar cuenta de lo que les digo. Su manera de ver el mundo, a pesar de no tener vista, es más clara que la de muchos que sí ven. Es valiente, inteligente y tiene un corazón enorme, además de ser muy hermosa.

—Pero, ¿cómo va a ser nuestra relación con ella, Emiliano? ¿Qué va a decir la gente? —soltó Silvina sintiendo un nudo en la garganta.

Ante esas palabras, Emiliano frunció el ceño y volvió a respirar profundamente antes de

responder.

—¡Me importa un carajo lo que diga la gente! Yo nunca voy a dejar que los prejuicios dicten mi felicidad —espetó Emiliano, su tono era severo—. No me importa lo que opinen los demás, ni siquiera lo que opinen ustedes. Lo único que importa es que yo la amo, la valoro y la respeto. Alba es una mujer increíble que completa mi mundo de una manera que nunca imaginé.

Silvina abrió la boca para hablar, pero Emiliano levantó una mano en un gesto de detención.

—Espero que la acepten, que vean en ella lo que yo veo. Pero si ese no es el caso, entonces ese pasa a ser su problema, no el mío.

Nicolás miró a su hijo con una mezcla de sorpresa y admiración; había madurado. La determinación en los ojos de Emiliano era inquebrantable, su amor por Alba palpable en cada palabra.

—Emiliano, hijo... —comenzó a decir Nicolás, pero Emiliano lo interrumpió suavemente.

—Les pido que confíen en mí. Sé que puede ser difícil, pero dense la oportunidad de conocerla —pidió Emiliano, su voz estaba llena de emoción contenida—. Alba me mostró un mundo nuevo, lleno de luz y amor. Y no estoy dispuesto a renunciar a eso por nada ni por nadie.

Silvina bajó la mirada, sintiendo una mezcla de culpa y comprensión. Sabía que Emiliano era un hombre de convicciones fuertes, y verlo tan decidido en su amor por Alba la llenaba de orgullo y, al mismo tiempo, de miedo por los desafíos que podrían enfrentar juntos.

—Emiliano... —susurró Silvina, con la voz temblorosa.

—Déjame terminar, mamá, porque quiero que sepan algo y que les quede muy claro —continuó Emiliano—. No voy a permitir que la hagan sentir menos, no voy a ser tolerante con eso... mi amor por Alba no depende de su aprobación. Yo la amo con todo mi corazón, y si ustedes no pueden aceptarlo, entonces... —hizo una pausa, sintiendo un nudo en la garganta— entonces tendremos que aceptar que tenemos visiones diferentes de lo que significa el amor y la felicidad.

Nicolás y Silvina intercambiaron una mirada. En ese momento, comprendieron que estaban ante un dilema que iba más allá de sus propias creencias y prejuicios. Se enfrentaban al amor indoblegable de su hijo por una mujer que, aunque no encajaba en sus expectativas, era su elección y su felicidad.

—Hijo, queremos lo mejor para ti, siempre lo hemos querido —dijo Silvina—, sabemos que hemos sido duros en tu crianza, exigentes y hasta distantes, pero es como nos enseñaron que debíamos ser, no sabemos hacerlo diferente, pero si Alba te hace feliz, entonces... —hizo una pausa, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—Entonces la aceptaremos —concluyó Nicolás, apretando la mano de su esposa—. Queremos conocerla y ver lo que tú ves.

—Sí, cuando regrese de Boston, nos gustaría que la traigas a casa.

Finalmente, Emiliano volvió al presente, deslizó su dedo sobre el celular para volver a la pantalla de conversaciones de WhatsApp donde Alba encabezaba la lista. Seleccionó la opción de grabar audio y sostuvo el teléfono cerca de su boca.

Hola, amor —comenzó Emiliano con su voz llena de cariño—. Espero que hayas tenido un buen día. Escuchá, quería preguntarte... ¿estás libre este sábado a la noche? —Emiliano sintió ansiedad mientras continuaba hablando—. Mis padres nos están invitando a cenar a la casa. ¿Te acordás que te conté que querían conocerte? Bueno, eso... También van a estar mis hermanos, Viviana y Martín, mi cuñado Juan y nuestra sobrina Mili, ya te hablé de todos ellos. ¿Qué te parece?

Una mezcla de emoción y nerviosismo se apoderaba de él mientras hablaba. Sabía lo importante que era esta cena, la primera vez que Alba conocería a su familia. Quería que todo fuera perfecto, que ella se sintiera cómoda y bienvenida.

Sería genial que pudieras —continuó Emiliano con su voz llena de anhelo—. Sé que puede ser un poco abrumador, pero quiero que sepas que voy a estar ahí contigo en cada momento. Mi familia está ansiosa por conocerte, y yo... yo estoy emocionado por presentarles a la mujer increíble que amo y que sos.

Al finalizar el mensaje, Emiliano sintió un alivio mezclado con expectativa. Envío el audio con un ligero temblor en las manos; ahora, solo quedaba esperar la respuesta de Alba.

Por su parte, Alba, al salir de la ducha, escuchó el sonido de la notificación que indicaba un nuevo mensaje de Emiliano. Tomó el teléfono y, mientras se secaba el cabello con la toalla, escuchó el audio y, luego, con una sonrisa en sus labios, respondió.

Responder audio a Emi. Hola, vida. Sí, claro, me encantaría, decime qué les gusta a tus padres, ¿tu papá toma vino? ¿A tu mamá le gustan los chocolates? No sé, ayúdame con eso, quiero llevar algo, no me gusta caer con las manos vacías.



Capítulo 35

“La amabilidad es un idioma que los sordos pueden escuchar y los ciegos pueden ver.”

Mark Twain

El sábado, llegaron puntualmente a la hora indicada. Alba estaba nerviosa; había elegido una botella de vino de la bodega personal de su padre, una que Octavio le había dicho que no fallaría. Emiliano le había dicho que a su mamá le gustaban los bombones, pero no supo decirle cuáles. Mariana la acompañó a comprarlos y esperaba que a Silvina le gustaran. También compró un detalle para Martín, para Viviana y algo para la pequeña Mili. No es que fuera una persona que le gustara quedar bien, pero era la familia de Emiliano y quería causar una buena primera impresión; ella ya iba con puntos en contra por el, no tan, pequeño detalle de su ceguera.

—Bienvenida, Alba —dijo Silvina dándole el abrazo más cariñoso que los tres hermanos hubieran visto nunca.

—Muchas gracias, señora Cárdenas, esto es para usted; espero que los disfrute.

Silvina tomó la caja de chocolates, sus preferidos, y agradeció, al tiempo que le daba una suave caricia en el rostro.

—Llámame Silvina, *señora Cárdenas* me hace sentir vieja, y aunque la insolente de mi hija ya me hizo abuela, todavía soy joven —rió, ante la perplejidad de sus tres hijos.

Silvina la sostuvo del brazo, llevándola hacia la sala de estar donde se encontraba Nicolás, Juan y la pequeña Milagros.

Todos se pusieron de pie ni bien los vieron entrar. Milagros corrió y Viviana la atajó, temiendo que se llevara por delante a Alba.

—Cuidado, Mili, mirá por dónde caminás —reprendió, tomándola en brazos.

—Sí, mamá —respondió la niña, y desde la altura de los brazos de su madre miró a Alba y saludó—: Hola, soy Mili.

—Hola, Mili, soy Alba.

—¿Sos la novia de mi tío? Me gusta tu color de pelo —dijo, estirando la mano y acariciándole un mechón de su cabello.

—Sí, soy la novia de Emi... mirá, esto es para vos —dijo sonriendo, mientras sacaba de su abultado bolso, lleno de diferentes regalos, una caja con un delicado envoltorio. Se había negado a que Emiliano la ayudara a cargarlo.

Milagros tomó la caja, se deslizó hacia el suelo y con rapidez rompió el papel, descubriendo un juego de arte y manualidades.

—Me dijeron que la pintura no es tóxica —aclaró a Viviana.

—Gracias, es muy amable de tu parte, le encanta —dijo Viviana, mientras observaba a su hija abrir la caja y comenzar a pintar, tirada en el piso y abstraída del mundo.

Nicolás se acercó, inseguro, no sabía si darle un abrazo, la mano o un beso, pero viendo a su esposa sosteniéndola con tanta calidez, se animó y la abrazó.

Emiliano, Martín y Viviana, los tres hermanos, permanecían de pie a un costado, observando con ojos asombrados y mandíbulas caídas cómo su padre, un hombre de apariencia seria, estricta y distante, abrazaba con ternura a la chica pelirroja que tenían adelante.

El silencio en la habitación era palpable, solo roto por el suave murmullo de la música de fondo. Alba, con su cabello rojo como el fuego y una sonrisa tímida en los labios, parecía iluminar el lugar con su presencia. Sus ojos brillaban con una mezcla de emoción y nerviosismo mientras recibía el cálido abrazo del padre de Emiliano.

Emiliano sintió un nudo en la garganta al ver la escena. Durante años, había conocido a su padre como un hombre reservado, casi frío, con prácticamente nulas muestras de afecto. Pero ahora, en ese abrazo con Alba, parecía que mostraba un lado suave y cálido que Emiliano apenas recordaba haber visto antes.

Martín, el hermano menor, parpadeó varias veces, como si estuviera tratando de asimilar lo que veía. Conocía la rigidez y altas expectativas de su padre. Verlo abrazar a Alba de esa manera tan cariñosa y genuina lo dejó perplejo.

Viviana, la hermana mayor, no pudo evitar mirar a Emiliano y guiñarle un ojo; todos supieron, en ese momento, que la cena iría muy bien.

El abrazo pareció durar una eternidad y cuando finalmente se separaron, el rostro del padre de los hermanos mostraba suavidad y calidez.

—Querida Alba, es un placer conocerte —dijo Nicolás con una sonrisa sincera—. Eres bienvenida en nuestra familia.

—Gracias, el gusto es mío, señor Cárdenas —respondió con dulzura.

—Por favor, llámame Nicolás.

—Señor Nicolás, esto es para usted. Emi me dijo que de vez en cuando le gusta disfrutar de un buen vino, espero que le guste; mi padre me lo recomendó.

Cuando Nicolás tomó la botella y miró la etiqueta, con pocas expectativas, un destello de emoción se reflejó en sus ojos.

—Gracias, Alba, tu padre sabe lo que es bueno. No debiste haberte molestado; este vino es... —trató de buscar una palabra que pudiera definirlo y, al encontrarla, dijo— soberbio.

—Entonces me alegro.

Tras finalizar los saludos y entregar los regalos, Emiliano la tomó de la mano y la apretó suavemente; luego se acercó a su oído y susurró:

—Sos mi perdición y mi salvación, amor... —Alba sonrió, y su nerviosismo se calmó.

Silvina le acercó una copa de vino a cada uno y los invitó a pasar al comedor. Alba se dejó guiar por la mano de Emiliano, dejando su bastón plegado dentro de su bolso.

La mesa estaba servida con elegancia, pero sin ostentación, en un comedor que resonaba con historias de familia y tradición. Alba percibía el aura de nobleza que rodeaba el espacio.

—Siéntense donde gusten —dijo Silvina, mientras cada uno ocupaba su lugar habitual.

Emiliano ayudó a su chica a sentarse a su lado y la cena comenzó; cada plato, cada bocado era una delicia en su paladar. Los diálogos fluyeron entre anécdotas y risas, y Alba se sintió acogida en un hogar que, aunque grande y lujoso, estaba lleno de afecto.

Sentada en la cómoda silla tapizada del comedor, Alba se sumergió en sus pensamientos, dejando que sus sentidos captaran cada detalle del entorno. Aunque sus ojos no podían ver, su corazón y su intuición le decían que estaba en un lugar lleno de elegancia y distinción. Cada rincón parecía susurrar historias de una familia rica y poderosa, donde la sofisticación estaba presente en cada detalle, pero con la naturalidad de quien ha vivido rodeado de opulencia desde siempre.

Pero lo que más la conmovía era Emiliano. A pesar de pertenecer a esta familia noble, él nunca había hecho alarde de ello. Al contrario, se valía por sí mismo, trabajando incansablemente y estudiando para lograr sus metas. Y aunque el dinero no le sobraba, se las arreglaba con lo que tenía, sin pedir ayuda a sus padres.

Alba sabía que, para realizar sus viajes a Boston, Emiliano había trabajado sin descanso e incluso había tenido que pedir prestado a su amigo Manuel. Pero nunca había recurrido a sus padres, aun cuando significara ajustarse al máximo en sus gastos. Esta independencia y determinación de Emiliano eran aspectos que ella admiraba profundamente, y que la hacían amarlo aún más.

Sumida en estos pensamientos, Alba apenas notó cuando Emiliano se acercó a ella con su voz suave rompiendo el silencio.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura, buscando la mano de Alba en un gesto de preocupación.

Ella asintió, sintiendo una oleada de gratitud y amor.

—Sí... solo estaba reflexionando sobre todo lo que hacés por vos mismo. Tu esfuerzo y tu independencia dicen mucho de quién sos. —Emiliano sonrió, sus ojos brillaban con gratitud.

—Gracias, amor, es lindo que lo notes. Quiero valerme por mí mismo, incluso si a veces significa hacer malabares con mis finanzas. No espero ni quiero nada de nadie.

Alba apretó suavemente la mano de Emiliano, sintiendo su corazón rebosante de amor por el hombre valiente y decidido que tenía a su lado.

—Estoy tan orgullosa de vos, Emi.

—Alba... —llamó Nicolás—. Emiliano nos contó que recientemente volviste al país de una beca en Boston, nada menos que una beca de excelencia en Berklee College.

—Sí, había aplicado un par de años antes de que me la otorgaran; fue realmente una sorpresa.

—Y una gran experiencia, supongo —comentó Silvina.

—Una experiencia enorme, tanto académica como personal. No es fácil salir de la zona de confort, del pequeño mundo en el que me movía con naturalidad, aprender a ubicarme, contar los pasos; todo eso fue difícil. Pero lo verdaderamente difícil fue estar lejos de Emi —dijo apretando

la mano de Emiliano que descansaba en su regazo.

La cena en la casa transcurrió en una atmósfera cálida y acogedora. Las conversaciones fluían con naturalidad, mezclándose entre anécdotas familiares y temas de actualidad. Alba respondía a las preguntas con tranquilidad, compartiendo detalles de su vida y su familia con una sonrisa en los labios. Sentada junto a Emiliano, se sentía feliz y agradecida de estar allí, compartiendo ese momento especial con él y su familia.

Las risas resonaban en el comedor, mezcladas con el tintineo de las copas brindando en señal de celebración. Los rostros alrededor de la mesa estaban iluminados por sonrisas genuinas, compartiendo momentos de complicidad y felicidad.

La cena llegó a su fin y tras el postre, el café y una copa en el salón, se despidieron.

—Fue un placer tenerte aquí —expresó Silvina con una sonrisa radiante—. Espero que vuelvas pronto y, Alba... gracias —enfaticó.

Emiliano se puso de pie y ayudó a Alba a levantarse de su asiento.

—Gracias a ustedes por recibirme con tanto cariño, me sentí muy a gusto.

—Ma, pa, gracias —dijo Emiliano lleno gratitud, sus ojos decían más que las palabras.

El Uber había llegado y esperaba en la gran entrada de gravilla. Después de despedirse con abrazos y sonrisas, Emiliano y Alba salieron de la casa, las luces de la noche iluminaron su camino.

El viaje de regreso fue tranquilo, apoyada en su hombro con la música suave de fondo y el sonido de la noche acompañándolos. Alba se sentía feliz y tranquila; apreciaba haber sido aceptada y bienvenida, eso era algo que la preocupaba.

Mientras Emiliano acariciaba con suavidad su mano que estaba entrelazada con las suyas, ella se aferraba a la certeza de que este era solo el comienzo de su historia juntos.



Capítulo 36

“Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.”

Antonio Machado

Los días que siguieron estuvieron llenos de esa felicidad simple y profunda que surge de la compañía del ser amado. Alba, ahora profesora en la universidad, disfrutaba de la cercanía de Emiliano, con quien compartía no solo un pequeño departamento sino también sueños y proyectos. Las noches eran su momento sagrado, donde el mundo exterior se desvanecía y solo existían ellos dos.

El día de la mudanza, Octavio y Mariana observaban a la pareja con una alegría inmensa, sabiendo que su hija había encontrado su complemento perfecto. Emiliano, por su parte, se sentía pleno, como si todas las piezas de su vida finalmente encajaran. Y Alba, ella vivía cada día con la certeza de haber encontrado su lugar en el mundo, al lado de Emiliano.

—Emi... —suspiró Alba mientras disfrutaban juntos el atardecer en un verano por demás caluroso desde su pequeña terraza.

—Mhm...

—Nunca imaginé que la felicidad pudiera ser tan sencilla y tan completa al mismo tiempo.

—Eso es porque la construimos juntos —respondió Emiliano, tomando su mano con una sonrisa perezosa.

Alba asintió conmovida, sintiendo el latido de su corazón en sintonía con el de Emiliano. Se sentía agradecida por cada momento compartido. El amor los envolvía en una burbuja de calidez

y complicidad, había algo mágico en la forma en que el destino había reunido a Alba y Emiliano, y ellos lo percibían.

En su pequeño departamento, compartían mucho más que un hogar, compartían sueños, anhelos y la promesa de un futuro juntos.

A medida que pasaban los días, se enfrentaron a nuevos desafíos y aventuras. A lo largo de su viaje juntos, descubrieron que el amor no era solo un sentimiento, sino también una decisión que tomaban cada día al despertar. A pesar de las dificultades y obstáculos que se presentaban en su camino, ambos se aferraban el uno al otro; si habían podido superar la distancia del primer año de la beca, nada podía separarlos.

En la seriedad de los corredores universitarios, Alba y Emiliano se deslizaban como dos almas enlazadas por un amor que, aunque consolidado y firme, debía mantenerse discreto ante las miradas curiosas. La vida los había envuelto en una danza de rutinas compartidas y momentos robados al implacable paso del tiempo.

Alba, como profesora, daba clases y compartía con sus alumnos sus experiencias en Berklee, su voz y la sutileza de las notas que tocaba resonaban en las mentes ávidas de saber de sus alumnos, mientras que su corazón latía al compás de un amor que trascendía los límites de la academia.

Emiliano, por su parte, se debatía entre el deber y el deseo; sus clases y sus responsabilidades laborales eran los vientos que lo llevaban a través del día, pero era Alba el faro que guiaba su alma en la dirección correcta.

Los pasillos, que en otro tiempo resonaban con el eco de un romance sin restricciones, ahora guardaban el secreto de un amor expresado en el lenguaje sutil de las miradas y los gestos fugaces. En ocasiones, el día les concedía la dicha de compartir un almuerzo en la cafetería cercana al campus, un remanso de complicidad en el bullicio académico, donde las risas de Alba y Emiliano se combinaban con el aroma del café y las memorias compartidas. Otras veces, el césped del campus se transformaba en su rincón íntimo, donde disfrutaban del menú preparado con amor la noche anterior.

Los rumores que una vez se tejieron en esos mismos pasillos, cargados de desprecio, incredulidad, envidia y celos, ahora se disolvían en la tranquilidad de la certeza. Alba, *la pianista ciega de increíble talento*, y Emiliano, *el chico lindo*, otrora *nuevo*, habían navegado juntos contra los vientos del tiempo y la distancia. Los que en su momento especularon sobre la improbabilidad de esa relación, ahora guardaban silencio, rendidos ante la fuerza de un sentimiento que desafiaba la simpleza de las palabras.

En aquellos días, largos días, en los que Alba se encontraba en Boston, hubo un giro en los habituales acontecimientos: Emiliano se hallaba solo, y en medio del vaivén de la vida académica, muchas chicas que se sentían atraídas por él, viendo la oportunidad que antes, con Alba presente, no habían tenido, se insinuaban, a veces demasiado directamente.

Emiliano, un joven cuya esencia y apariencia parecía cautivar a quienes lo rodeaban, se convertía en un imán para la atención femenina gracias a su porte desenfadado y su mirada dulce, una combinación seductora que dejaba una estela de fascinación a su paso, sumado a eso, Emiliano albergaba en su interior un misterio, que lo hacía aún más atractivo.

A pesar de las insinuaciones y coqueteos que recibía, mantenía una distancia marcada. ¿El motivo? Alba. Ella era la razón de su lealtad y la fuerza que lo impulsaba a resistir cualquier tentación. Y aunque anhelaba un contacto humano, extrañaba sentir el calor de la piel de su chica y oler su aroma; ellos habían encontrado una manera muy de ellos de aliviarse en los momentos

en los que el deseo y las necesidades físicas los apremiaba. Era su secreto.

Ahora, con la elegancia de quien conoce cada rincón de su territorio, Alba se movía con determinación por los pasillos de la universidad. Sus pasos, medidos y memorizados, la llevaban por un sendero seguro y, en aquellos momentos en los que la vida la llevaba fuera de su zona de confort, siempre había una mano amiga que la guiaba a su destino.

El corazón de Gabriel, que había sido su tutor, bailaba al ritmo incierto de un amor no correspondido. Desde el primer día que puso sus ojos en Alba, supo que estaba perdido en un laberinto de emociones que solo ella podía desentrañar. Después de la partida de Alba a Berklee, él había decidido, con la seguridad y arrogancia que lo caracterizaban, embarcarse en un viaje hacia Boston, con la certeza de que se ganaría su corazón; sin embargo, el destino le tenía preparadas lecciones dolorosas. Primero, Mariana, la madre de Alba, se interpuso en su camino con una firmeza que le heló el alma. Fue un golpe duro, una bofetada de realidad que lo dejó tambaleándose en su propia inseguridad. Luego, Emiliano, a quien había subestimado, le había dado un golpe que había herido su orgullo. Al principio, Gabriel no se rindió y, una y otra vez, con la persistencia de quien cree en un amor imposible, intentó acercarse a Alba. Para él, cada rechazo era un puñal clavándose en su pecho y, aunque Gabriel se aferraba a la esperanza, o a su seguridad excesiva, finalmente, la realidad se impuso con una contundencia dolorosa cuando ella habló con él: era claro que no estaban destinados a estar juntos.

—No tengo ningún interés, Gabriel. Te pido que no me pongas las cosas difíciles. Dejé pasar un montón de cosas, pero ya está; cortala, porque lo único que vas a conseguir es que ni siquiera pueda respetarte. Además, ¿te das cuenta lo poco ético que estás siendo? No me hagas tomar una decisión que pueda complicarte el trabajo en la universidad —había declarado con mucha seriedad—. Yo estoy con Emiliano y cuando vuelva, voy a seguir con él. No me interesa tu opinión y te pido que me respetes y lo respetes a él. Si no podés hacer eso, entonces te pido que no vuelvas a dirigirme la palabra —le había dicho con una incomodidad palpable y una irritación evidente que a él lo subyugó.

Fue entonces cuando la oportunidad de quedarse en Boston se presentó ante él; Berklee le ofreció un puesto, una oportunidad de estar cerca de Alba, aunque fuera en silencio, en las sombras de su mundo.

Así, con el tiempo como testigo de su dolorosa rendición, Gabriel se dio cuenta de que su arrogancia no era más que un escudo frágil para protegerse del rechazo. Debía aprender a soltar y dejar ir, y así lo hizo.

Durante aquellos dos años en los que Alba tejió sus sueños en Boston, el profesor Augusto se convirtió en un faro de apoyo para Emiliano. Como un guía sabio, él también mantenía un contacto constante con Alba, recordándole la magnitud de la oportunidad que tenía frente a sí. Con la ternura que solo un padre puede sentir por sus hijos, Augusto acompañaba a la pareja en su travesía, ofreciendo consejos, infundiendo ánimo y subrayando la trascendencia de cada instante en aquella experiencia.

En cada llamada telefónica con Alba, sentía un cosquilleo en el corazón, una mezcla de alegría por su éxito y un sutil anhelo por lo que él mismo no tenía.

—Tienes que aprovechar cada instante, Alba, eres una privilegiada, no todos tienen la oportunidad que tienes tú, así que no te pierdas nada —decía, instándola a vivir plenamente cada experiencia.

Y cuando Emiliano compartía con él sus alegrías y preocupaciones, Augusto escuchaba con atención, consciente de que en esos momentos se estaba escribiendo la historia de dos jóvenes destinados a estar juntos.

Augusto era un hombre marcado por la soledad, una soledad que había hallado eco en la música y en la enseñanza. Los pasillos y las aulas de la universidad eran su refugio, su universo donde encontraba consuelo y sentido. Sabía, con la certeza de quien había vivido lo suficiente, que cuando llegara el momento de partir, su mayor arrepentimiento sería no haber encontrado el amor verdadero, no haber construido una familia que llenara su corazón de ternura.



Capítulo 37

“El amor eterno es aquel que no se conforma con lo efímero, sino que busca la eternidad en el abrazo del ser amado.”

Emily Brontë

El escenario estaba iluminado por un resplandor dorado; los focos brillaban sobre Emiliano mientras él se dejaba llevar por la melodía del saxofón. Estaba en su elemento, rodeado de música y amor.

Seis años habían pasado desde que vivía con Alba, llevaban una hermosa vida; ambos trabajaban en la universidad, lo que les permitía seguir recorriendo aquellos pasillos donde el amor había florecido. Ahora estaban esperando a su primer hijo. La emoción llenaba su corazón mientras tocaba, sin saber aún si sería una niña o un niño; eso no importaba, solo importaba el hecho de que estaban juntos, compartiendo ese hermoso momento.

En la primera fila, Alba disfrutaba del espectáculo; su mano acariciaba suavemente a su pequeño vientre, donde crecía la semilla de su amor. A su lado, la sonrisa orgullosa de los padres y hermanos de Emiliano era un reflejo del amor incondicional que sentían por él. En cada acorde que emanaba de su saxofón, en cada nota que danzaba en el aire, veían reflejados años de esfuerzo, pasión y dedicación, y aunque les había costado aceptar la decisión de su hijo, no tuvieron más opción por la fuerza de los hechos y su inquebrantable voluntad. Era como si la música misma fuera un testamento de la esencia de Emiliano, de su alma que se expresaba a través de cada melodía.

En la segunda entrada, Emiliano se sentó en la butaca alta en medio del escenario, y el saxofón en sus manos parecía una extensión de su cuerpo. Cerró los ojos por un momento, meditando las palabras que diría a continuación, dejando que los recuerdos lo envolvieran por completo.

—Esta canción es para mi mujer que está ahí, sentada en primera fila, como siempre —dijo y sonrió con cariño, luego continuó—: es la primera canción que toqué para vos, mi amor, y ahora quiero tocarla para vos y nuestro hijo.

Entonces, comenzó a tocar “Stand by Me”, los acordes resonaban en el teatro, llenos de amor y nostalgia. Alba sintió cómo las lágrimas de felicidad rodaban por sus mejillas mientras escuchaba la canción que representaba tanto para ellos. Era como si Emiliano estuviera expresando con cada nota todo lo que sentía por ella, por su hijo por venir, por la vida que habían construido juntos y la que tendrían.

El público estaba hipnotizado por la música, por la pasión y el amor que emanaba de cada nota. Pero entonces, en un instante que pareció detenerse en el tiempo, un silencio abrupto llenó el espacio y, tras tambalearse en su asiento, Emiliano cayó. El ruido sordo hizo que a Alba se le saltara un latido y un grito ahogado se escapó de la garganta de Silvina mientras veía horrorizada cómo su hijo caía al suelo y el saxofón resbalaba de sus manos.

El grito de Silvina le heló la sangre a Alba, quien se encontraba sumida en su propia oscuridad, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor. A pesar de su ceguera, podía sentir el miedo y la angustia que llenaban el ambiente, como una densa niebla que lo envolvía todo.

—¿¿Qué pasa?! ¿¿Qué está pasando?! —gritó Alba con desesperación.

—Emiliano... se cayó —apenas pudo decir Silvina sosteniendo a Alba.

Nicolás, Martín y Viviana corrieron al escenario rodeando a Emiliano, intentando despertarlo.

—Llévame, Silvina, necesito estar con él, por favor —Silvina la tomó de la mano y la ayudó a subir al escenario.

Alba se arrodilló junto a él, notó que Emiliano no respiraba y su corazón se partió en mil pedazos.

—¿Emiliano, por favor! ¡Despertate! —gritó entre sollozos e hipidos, pero él permanecía quieto, como si la vida se hubiera desvanecido de repente.

Una súplica desgarradora que cortó el aire como un cuchillo afilado salió de los labios de Alba.

—¿Por favor, Emi! ¡No, no podés dejarnos solas! ¡No me dejes, por favor! ¡No, por favor, Emi! —gritó Alba, su voz resonaba con desesperación, con una angustia que la ahogaba. El sonido de su voz se mezcló con los murmullos y los sollozos que llenaban el teatro.

Silvina, con el corazón destrozado y llorando, se acercó a Alba y la abrazó con fuerza.

—Alba, ven, dejemos trabajar a los médicos que ya están aquí —dijo con voz temblorosa, tratando de transmitirle algo de calma en medio de semejante tragedia.

Los médicos rodearon a Emiliano, tratando frenéticamente de revivirlo, pero sus esfuerzos parecían en vano. Los minutos se congelaban mientras Alba se aferraba a la esperanza, su mente se inundaba de recuerdos de su amor, de los momentos felices que habían compartido juntos, de la vida que crecía en su vientre.

—Por favor, Emiliano, despertate, quedate conmigo, no puedo yo sola, no puedo sin vos... por favor, quedate conmigo... —susurró Alba, al tiempo que sus lágrimas caían sin control por sus mejillas.

En ese instante desgarrador, la sublime melodía que Emiliano interpretaba al desplomarse tomaba un profundo significado, vibrando con toda su intensidad emocional. *Stand by me*.

A pesar de su ceguera, podía ver claramente en su mente la sonrisa que había imaginado de Emiliano, sus ojos llenos de amor cuando la miraba.

Emiliano yacía en el suelo, inmóvil, rodeado de sus seres queridos desesperados e incrédulos.

—¿Por qué no se levanta, Nicolás? —preguntó con voz ronca y temblorosa—. Obligalo, decíle que se despierte.

Los minutos pasaban y los médicos seguían intentando revivirlo. Alba, consumida por la zozobra, gritaba; y justo cuando uno de los médicos anunció que no había nada más que hacer, ella colapsó sobre Emiliano. Y así, en medio del caos y la oscuridad, Alba cerró los ojos y se aferró a la mano, que ya comenzaba a enfriarse, envuelta en el amor eterno que siempre los uniría.

Emiliano, *su* Emiliano, se había ido. Había partido de este mundo en el mejor momento de su vida, rodeado de amor y música. Su partida dejaba un vacío imposible de llenar, un hijo que nunca conocería a su padre y muchos sueños por cumplir.

El amor de Alba por Emiliano perduraría por siempre, como una llama eterna en su corazón roto que nunca nadie podría sanar.

En el instante previo en que todo se volvió negro, el último pensamiento de Emiliano fue Alba y su hijo por nacer. El amor por su mujer y la emoción por la llegada de su primogénito llenaban su mente mientras luchaba por mantenerse consciente. Aunque su corazón ya no latía, el eco de su amor y sus sueños compartidos resonaba aún en el silencio que lo rodeaba.

El saxofón, que momentos antes había sido una extensión de su alma, ahora yacía a un lado, abandonado, en el suelo del escenario. Las luces del teatro parpadeaban en un brillo difuso, y el murmullo del público se desvanecía en un zumbido distante mientras Emiliano luchaba contra la oscuridad que amenazaba con engullirlo por completo.

En medio de la confusión y la desesperación, un nombre resonaba en su mente como un faro en la noche: Alba. Su amada Alba, quien lo había llenado de luz y amor desde su primer encuentro, un día que marcó un antes y un después en su existencia.

Su amor por ella se había intensificado con el tiempo. Imaginaba el rostro de su hijo, su sonrisa y sus ojos llenos de vida, y el corazón de Emiliano se llenaba de una alegría indescriptible. Anhelaba tener a su hijo entre sus brazos, compartir con él la música y el amor, y verlo crecer al lado de Alba, formando la familia que soñaron.

En ese momento crítico, con el fin cerrándose sobre él, mientras su fuerza se debilitaba, Emiliano luchaba por aferrarse a la realidad, por mantenerse consciente. Las visiones de Alba y su futuro hijo se entrelazaban con los sonidos amortiguados del teatro; el llanto desconsolado, las súplicas y los gritos de Alba, los de sus padres y hermanos, y las voces preocupadas de los médicos.

“Alba...” repitió en su mente. “Te amo... a vos y a nuestro hijo... siempre...”

Las palabras se desvanecieron en su mente mientras Emiliano se dejaba llevar por una luz brillante que lo llamaba. Su mente se deslizaba hacia la inconsciencia y, en ese momento de rendición, su último pensamiento, lleno de amor y devoción, era para Alba.



Capítulo 38

“En cada nuevo nacimiento hay un milagro que nos recuerda la belleza y fragilidad de la vida.”

Lao Tzu

Tras la partida de Emiliano, Silvina, su madre, se acercó a Alba con pasos pesados, su rostro marcado por el dolor compartido e insoportable de la pérdida. En sus ojos se reflejaba una mezcla de compasión y desolación. Extendió una mano temblorosa para sostener la de Alba, transmitiendo así una conexión inexplicable en aquel momento de pérdida.

—Alba, querida —susurró Silvina con voz entrecortada por el llanto contenido—. Hay algo que debes saber... algo que Emiliano deseaba que ocurriera si algo llegaba a pasarle.

—No quiero saber nada, no quiero —berreó.

—Alba, escúchame, no hay tiempo y necesito cumplir la última voluntad de mi hijo.

Los oídos de Alba zumbaban, pero logró captar las palabras que se deslizaban entre los sollozos de Silvina. Cuando Emiliano les había dicho a sus padres sobre el embarazo de Alba, también había tomado una decisión que ahora resonaba en la mente de Silvina; la duda de si su hijo sabía que algo podría llegar a pasar la torturaba. Había firmado un documento sobre donación de órganos, con un gesto altruista que solo el verdadero amor podía inspirar.

Silvina continuó, sus palabras pesando como losas sobre el corazón de Alba.

—Emiliano... él te donó sus córneas, Alba. Pensó en ti, en la posibilidad de que, en caso de que él faltara... pudieras recuperar la vista.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Alba, su cuerpo temblaba con una mezcla de emociones indescriptibles. La tristeza, aguda y penetrante, se entrelazaba con la incredulidad del último acto de amor que le permitiría volver a ver el mundo a través de los ojos de su amado.

El peso de la desolación se posó sobre los hombros de Alba, una carga que parecía imposible de soportar. Emiliano, incluso en la muerte, le estaba brindando un regalo de amor y posibilidad.

Las lágrimas seguían fluyendo, un río de dolor y gratitud que se mezclaba en el alma de Alba. Se aferró a la mano de Silvina como si fuera un ancla en medio de la tormenta emocional que la envolvía. La familia de Emiliano, que ahora compartía en silencio el peso de la pérdida, también se unió en este momento de revelación y dolor.

En medio de aquel caos, no había tiempo que perder. Alba se sometió al trasplante y, tras este, su mente aún se aferraba a las palabras del cirujano: “Puede llevar hasta tres años para que su visión vuelva a la normalidad y vea con claridad”.

Alba se acarició suavemente el vendaje sobre sus ojos, la idea de ver el mundo con claridad nuevamente, de contemplar cada detalle a través de los ojos de Emiliano, era un anhelo que la mantenía en pie. Respiró hondo, acariciando el pequeño vientre donde crecía la semilla de su amor, un pequeño ser que llevaba consigo.

La realidad no tardó en recordarle que el camino hacia la recuperación no sería fácil. La rehabilitación, con sus ejercicios meticulosos y a veces frustrantes, se extendía ante ella como un sendero lleno de obstáculos, todo eso mientras transitaba el duelo y se ahogaba en el abismo de la pérdida de su más grande amor. El dolor, profundo e insondable, se aferraba a cada latido de su corazón.

Sin embargo, no estaba sola en este viaje emocional. Las familias, unidas por lazos que la tragedia había fortalecido, la rodeaban con su apoyo incondicional. Sabían que ese bebé no solo sería el fruto del amor entre Alba y Emiliano, sino también un símbolo viviente de la unión de dos familias que habían encontrado consuelo y compañía en medio del dolor.

También estaba su médico, que, con su voz alentadora y su experiencia, la guiaba paso a paso.

—Alba, es importante que sigas con tus visitas a rehabilitación. Cada ejercicio que hagas te acerca un poco más a esa vista que tanto anhelas —le había dicho el doctor con una sonrisa cálida.

Pero entonces, la realidad volvió a golpear. La noticia de que, debido al trasplante, sería necesario someterse a una cesárea cuando llegara el momento del parto, provocó una mezcla de miedo y resignación que se apoderó de ella por un instante.

El dolor de Alba era una sombra constante, un susurro persistente que resonaba en los rincones más profundos de su ser. Cada latido de su corazón era un recordatorio punzante de la ausencia de Emiliano, un eco que reverberaba a través del vacío que él había dejado. Las lágrimas que derramaba en silencio eran como cristales de amor congelado, reflejos brillantes de los momentos que habían compartido, cada una llevando consigo la promesa de un amor que no conocía fronteras de tiempo ni de espacio.

En la quietud de la noche, cuando el mundo parecía detenerse y el silencio se hacía palpable, Alba sentía la presencia de Emiliano en la brisa que acariciaba su piel, en el suave murmullo de las hojas que susurraban su nombre. Era un amor eterno que se negaba a ser olvidado, que se aferraba a la esencia misma de la vida, impregnando cada recuerdo, cada sueño, cada suspiro con la dulzura de su memoria.

Los días se sucedían con una monotonía que parecía envolverlo todo. Cada amanecer traía consigo la misma sensación de vacío, un recordatorio cruel de la pérdida que pesaba en el corazón de Alba. A pesar de ello, su vientre crecía, cada día más redondo y lleno de vida. Cada

patada, cada movimiento, le recordaban de manera despiadada pero también hermosa, un lazo eterno con Emiliano que se manifestaba de manera tangible. Alba acariciaba suavemente la curva que se había formado, sintiendo el movimiento suave y rítmico de su bebé, allí podía sentir el vínculo sagrado, una conexión con Emiliano que trascendía la muerte. En esos momentos, en los que podía sentir la vida palpar dentro de su ser, la tristeza se mezclaba con una dulce melancolía.

La terapia de rehabilitación se convirtió en su nuevo ritual diario. Con paciencia y determinación, Alba se sometía a las sesiones, cada una llevándola un paso más cerca de recuperar la vista que Emiliano le había regalado. Los médicos le aseguraban que todo iba bien, que sus ojos estaban respondiendo de manera positiva al trasplante. Aun así, había momentos de desesperación, cuando la oscuridad que la rodeaba parecía una prisión sin escape.

Pero había algo que nunca la abandonaba: la música. El piano se había convertido, nuevamente, en su refugio, en su santuario personal donde podía perderse y encontrarse al mismo tiempo. Los dedos de Alba danzaban sobre las teclas, ese era su idioma para expresar lo que con palabras no podía, un torrente de emociones que fluía libremente cada vez que se sentaba frente al piano.

Cada nuevo día, al despertar, sus dedos buscaban instintivamente el marco de la foto que tenía en su mesa de noche. Ahí estaba él, protegiéndola, llenando la habitación de luz y calor, recordándole que aún estaba presente en su vida de una manera diferente, a través de su pequeño que crecía, ajeno a todo lo que ocurría y de los ojos que pronto verían por él.

Los días de embarazo transcurrieron con una mezcla de emociones, desde la felicidad abrumadora, pasando por la melancolía hasta la desesperación desgarradora por la falta de Emiliano. Durante las noches, cuando el silencio envolvía al mundo, Alba se tomaba un momento para hablar con su hijo. Le ponía grabaciones de su padre tocando el saxofón y le compartía sus pensamientos, sueños y recuerdos del amado padre que, aunque nunca conocería en persona, siempre estaría presente en sus vidas como un recordatorio constante.

El día del nacimiento, fue un día lleno de luz y esperanza. Alba entró en cirugía, había pedido permanecer despierta durante la cesárea, quería escuchar el primer sollozo de su pequeño, y así fue, cuando un llanto vigoroso llenó la habitación, su hijo vino al mundo. Fue un momento mágico, lleno de asombro y dicha, pero también de mucha tristeza por la ausencia física de su amado.

Alba tomó a su hijo en brazos, sintiendo su calidez y su fragilidad, y en ese instante supo que todo había valido la pena, que el amor que compartió con Emiliano había dado frutos en forma de esta pequeña vida que ahora sostenía entre sus manos.

—Hola, mi amor —susurró Alba con voz temblorosa, acariciando suavemente la mejilla del bebé—. Tu papá y yo te amamos mucho. Aunque no esté físicamente acá, siempre estará en nuestro corazón y nos guiará con su amor desde donde quiera que esté.

El bebé, ajeno a las palabras de su madre, pero sintiendo su amor incondicional, cerró sus diminutos puños alrededor de su dedo, como si entendiera el mensaje que le transmitía. En ese momento, Alba sintió una paz profunda y una certeza absoluta de que, a pesar de las adversidades, el amor verdadero siempre encuentra una manera de perdurar.

Los días pasaron y, rodeada por el amor de ambas familias, Alba se sumergió en la maternidad con toda la fuerza de su espíritu. Cada momento compartido con su hijo era un regalo precioso que atesoraba con todo su ser. Juntos, crearon nuevos recuerdos, nuevos vínculos, construyendo una nueva historia que combinaba el legado de Emiliano con el presente lleno de amor y esperanza.

En las noches, cuando su hijo dormía plácidamente en su cuna, Alba se sentaba en silencio junto a la ventana, disfrutando del delicado sonido de la respiración del pequeño. En esos momentos de quietud, sentía la presencia reconfortante de Emiliano a su lado, como una suave brisa que acariciaba su rostro y le susurraba al oído palabras de aliento y amor.

—Gracias, Emi —susurró Alba—. Gracias por amarnos tanto, por cuidarnos desde donde estés. Sé que siempre estarás con nosotros, guiándonos en este camino de la vida y llegará el día en que volvamos a estar juntos. Te extraño tanto, mi amor. Nuestro hijo es un sol, dicen que se parece a vos... ya quiero verlo...

Un año y medio después de que Emiliano dejara este mundo, Alba encontró la fuerza para seguir adelante y darle a su hijo el amor y la vida que él hubiera querido. Por fin, pudo ver, por primera vez, la foto que descansaba enmarcada en su mesa de noche.

Fue una mañana de otoño, cuando los rayos dorados del sol se filtraban por la ventana de su habitación, iluminando su rostro con una suavidad reconfortante. Alba abrió los ojos y se sorprendió al ver con claridad el espacio que la rodeaba. Su corazón latía con fuerza mientras extendía sus dedos temblorosos para alcanzar el marco de la foto que había estado allí, esperando siempre.

Alba levantó la vista y observó cada detalle con reverencia. Emiliano, con una sonrisa traviesa, parecía estar allí mismo, vivo y palpable. Su corazón dio un vuelco doloroso al recordar los momentos compartidos, las risas, los sueños tejidos juntos y no pudo evitar llorar con una profunda tristeza, pero también había una nueva sensación, una sensación de agradecimiento y amor por los dos regalos que le había dejado.

Mirando y acariciando la foto, no pudo evitar preguntarse si lo que le habían contado era así. ¿Su pequeño Emiliano realmente llevaría los mismos ojos azules y dulces de su padre? ¿Sonreiría de la misma manera, con esa chispa de vida que llevaba en la foto?

—Albi, ¿estás despierta? —escuchó una voz a través de la puerta, interrumpiendo ese momento de profunda emotividad.

—Sí, Pato... entrá —dijo limpiándose las lágrimas.

—Emi está despierto en su habitación, lo dejé jugando —notificó su hermana sin darse cuenta de lo que ocurría con Alba.

Era una costumbre verla llorar aferrada a esa foto, una que ella misma había tomado una tarde antes de la tragedia. La imagen capturaba un momento congelado en el tiempo, un instante de felicidad y amor puro. Emiliano sonreía radiante, sus ojos brillaban con la luz del amor que sentía por su hermana. Alba lo abrazaba, escondida entre sus brazos, dentro de su abrigo, su cabello rojo fuego destacaba en la tarde plomiza.

—¿Estás bien?

—Seguís siendo tan hermosa como te recordaba —dijo mirándola y, perpleja, Patricia se lanzó a sus brazos fundiéndose en un abrazo que no requería explicaciones.

Con pasos vacilantes, salió de la habitación y se dirigió hacia el dormitorio de su hijo. La puerta se abrió con un suave chirrido y Alba contuvo el aliento al entrar en la habitación iluminada por la luz de la mañana.

Allí estaba él, su pequeño tesoro, sentado en el suelo con sus juguetes esparcidos a su alrededor. Al verla entrar, levantó la mirada con curiosidad, sus ojos tan parecidos a los de Emiliano la miraban con una mezcla de sorpresa y reconocimiento. En ese instante, el tiempo pareció detenerse.

—Hola, mi amor —susurró Alba, con voz temblorosa por la emoción que la embargaba.

El niño la miró fijamente por un momento, como si estuviera tratando de entender las emociones de su madre.

—Mami —dijo con voz dulce, extendiendo sus bracitos y moviendo sus manitas para que Alba lo levantara.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Alba nuevamente, sin poder contener la oleada de emoción que la inundaba. Se arrodilló frente a su hijo y lo levantó, envolviéndolo en un abrazo cálido y lleno de amor. Era como si en ese abrazo, el espíritu de Emiliano estuviera presente, bendiciendo aquel momento de unión entre madre e hijo.

—Sos tan igual a tu papá, hijo —murmuró Alba, acariciando suavemente el cabello del niño, al tiempo que besaba su sien.

El niño la miraba con sus enormes y curiosos ojos azules, mientras absorbía cada palabra.

Con su hijo en brazos y el amor de Emiliano guiándolos, Alba sintió que, finalmente, había encontrado la paz que tanto había anhelado desde aquel día trágico. Ahora, *viendo* a su pequeño milagro en sus brazos, sabía que juntos podrían enfrentar cualquier desafío que la vida les presentara, porque el amor siempre sería su guía y su fortaleza.

Y, en esa habitación llena de luz y amor, Alba cerró los ojos por un instante, agradeciendo a Emiliano y al universo por haber amado y haber sido amada, por haberle dado la bendición de ser madre y por haberle permitido seguir adelante, con la esperanza y la certeza de que el amor verdadero nunca muere, solo se transforma y perdura por siempre en los corazones de aquellos que lo llevan consigo.

“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando.”

Rabindranath Tagore



Epílogo

“La resiliencia es la capacidad de encontrar la luz incluso en los momentos más oscuros.”

Helen Keller

Ocho años después

Alba caminaba por el campus de la universidad de la mano del pequeño Emiliano, una versión diminuta de su padre, con los mismos ojos azules y sonrisa traviesa. Detrás de ellos, un grupo de personas que era un tsunami emocional: Octavio y Mariana, sus padres; Patricia, su hermana; Nicolás y Silvina, los padres de Emiliano; Viviana, Martín, la encantadora Milagros, y Manuel, su gran amigo. Todos ellos, unidos por el vínculo del amor y la memoria.

El profesor Augusto, con su pelo blanco que era un testigo silencioso del paso del tiempo, los recibió con los brazos abiertos y una emoción palpable en el aire. Saludó con cariño al pequeño, viendo en su rostro la misma chispa de curiosidad y determinación que había caracterizado a su padre. Era un día especial, una ceremonia que honraría la memoria de Emiliano.

Las emociones flotaban en el ambiente, palpables y profundas. Se rememoraron anécdotas, se compartieron risas y lágrimas, todos unidos por el recuerdo de un joven brillante que había dejado una marca indeleble en la universidad y en sus alumnos como profesor de instrumentos de viento. Muchas de ellas, el pequeño Emiliano ya las conocía porque su madre sabía mantener

viva la memoria de su padre. Por eso, le hablaba de las pequeñas cosas que a él le gustaban, como el olor a café por las mañanas o la pasión que tenía por la música. Le contaba anécdotas graciosas y momentos especiales que habían vivido juntos, asegurándose de que su hijo conociera a su padre a través de sus palabras y recuerdos. Finalmente, llegó el momento culminante de la ceremonia. Con manos temblorosas por la emoción, Alba y los demás familiares retiraron la tela que cubría la placa.

“Emiliano Cárdenas: Sala de Música para Instrumentos de Viento”, rezaba, una dedicación que llevaba consigo el peso de un amor eterno y un legado que perduraría por generaciones.

Las lágrimas rodaban libremente por las mejillas de Alba mientras abrazaba a su hijo con fuerza. El dolor seguía allí, palpitante, pero también había un brillo de orgullo y amor. Emiliano viviría para siempre en los pasillos de esta universidad, en la melodía de los instrumentos de viento que llenarían la sala que desde ahora llevaba su nombre, en el pequeño Emiliano y, eternamente, en su corazón.

Después de la ceremonia, Alba tomó a su hijo de la mano y lo llevó a recorrer los rincones de la universidad. Juntos caminaron por los pasillos del edificio académico. Cruzaron el patio y, finalmente, llegaron al edificio estudiantil. Alba se detuvo frente a la puerta que otrora había sido su pequeño dormitorio y cerró los ojos, dejando que los recuerdos la envolvieran como una suave brisa.

Con los ojos cerrados, sosteniendo la mano de su hijo, caminó por el pasillo vacío, pero inundado de recuerdos.

—Veintiséis puertas... —murmuró con la voz entrecortada—. Este era el dormitorio de tu papá.

Abrió los ojos para encontrar a su hijo mirándola con curiosidad y ternura.

—¿Veintiséis puertas, mamá? —preguntó el pequeño Emiliano, con la inocencia de la infancia.

—Sí, mi amor —respondió, acariciando suavemente su mejilla—. Esa era la distancia que nos separaba; mamá no podía ver, así que era la forma de encontrar el camino hacia papá.

El pequeño asintió con solemnidad, como si comprendiera la importancia de esas palabras. Juntos, madre e hijo, se quedaron allí parados frente a la puerta que había sido el dormitorio de Emiliano, como un portal hacia una dimensión de felicidad plena. El tiempo seguía avanzando implacablemente, pero ese momento, en ese lugar lleno de recuerdos, parecía detenerse por un instante.

Alba cerró los ojos una vez más, dejando que la presencia de aquel Emiliano lleno de vida, sueños y determinación llenara su corazón. Podía sentirlo en cada rincón de aquel lugar, en cada susurro de la brisa que acariciaba su rostro. Y en ese instante de conexión etérea, supo que, aunque Emiliano ya no estuviera físicamente con ellos, su amor y su espíritu vivirían para siempre en sus corazones.



Nota de la autora

“En algún universo paralelo, tú y yo estamos juntos para siempre.”

Haruki Murakami

En un universo paralelo, en el rincón más íntimo de mi corazón, Alba y Emiliano siguen viviendo su historia de amor eterno. Tras de la triste partida de Emiliano de este mundo, el destino les concedió un nuevo comienzo en un plano donde el tiempo es eterno y el amor es la fuerza que guía sus vidas.

Emiliano, en este universo paralelo, encontró la paz que anhelaba. Sus días transcurren entre el susurro de las hojas al viento y la suave melodía de la música que amaba. Acompañado por el amor inquebrantable que siente por Alba, vagan por campos de flores y paisajes llenos de luz, siempre con una sonrisa en los labios y llenos de amor.

En este mundo paralelo, ellos se encuentran en un lugar donde no existen las despedidas. Se toman de la mano y caminan juntos por senderos dorados, compartiendo risas, sueños y el eterno amor que los une. Cada día es una nueva aventura, cada momento una oportunidad para fortalecer su vínculo y hacer crecer el amor que sienten el uno por el otro.

En este universo paralelo, Alba y Emiliano han creado un hogar lleno de amor y paz. Su hijo, el vivo retrato del amor que compartieron, crece feliz y rodeado del amor de sus padres. Cada noche, Alba y Emiliano se miran a los ojos, recordando los momentos vividos y proyectando un futuro lleno de sueños compartidos.

Y así, en este mundo donde el amor es eterno, Alba y Emiliano siguen viviendo juntos y

felices, porque el amor verdadero trasciende todas las barreras y perdura más allá de la vida misma.

En el rincón más íntimo de mi corazón, su historia continúa siendo un testimonio de la fuerza del amor y la esperanza que siempre nos guía, incluso en los momentos más oscuros. Porque, en definitiva, Alba y Emiliano son más que personajes de una historia; son el reflejo de un amor que nunca muere y que vive eternamente en el corazón de quienes los aman.



Sobre la autora

“Hay dos maneras de difundir la luz... ser la lámpara que la emite, o el espejo que la refleja.”

Lin Yutang

Victoria Aihar nació en Montevideo, Uruguay, en 1978. Educada en una familia tradicional, se casó en el 2000 y vive la vida junto a su esposo, repartida entre la costa y las sierras uruguayas.

Además de ser auxiliar contable, diseñadora web, programadora y webmaster, desde hace años se desempeña como diseñadora editorial para autores independientes y algunas editoriales.

Como parte de su búsqueda personal, estudió inglés, francés y árabe; danza oriental, cerámica, vitrofusión y otras expresiones artísticas, además de viajar a los más diversos y exóticos destinos, siempre con el objetivo de formarse, crecer y evolucionar en el más amplio sentido.

Ese *collage* hace que Victoria sea la persona que es: un ser que, desde hace muchos años, va más allá de lo evidente, explorando y buscando definir las preguntas y encontrar respuestas donde sea, no solo en la ciencia, sino también en la conciencia y más allá, en lo profundo de su ser individual y colectivo. Es un viaje eterno que, seguramente, comenzó antes, mucho antes de su nacimiento, y seguirá mucho después de su partida.

Con treinta y cinco años, ya en su juventud adulta, comunicar y compartir sentimientos es su nueva pasión, es parte de ese viaje. Por ello, en 2013, comenzó a escribir, una tarea que abraza, como todas las que ha emprendido antes, con amor y entrega.

“Una canción para Abril” es su primera novela, primero autopublicada, luego editada y publicada en su versión completa y digital, bajo el sello Zafiro de Editorial Planeta y en 2015 en papel por Booket, también de Editorial Planeta.

“Una segunda oportunidad” es su segunda novela publicada en marzo de 2015 por Editorial Planeta bajo el sello Zafiro en digital, en 2016 por Librománticas en papel para el Río de la Plata y en 2019 publicada por Love Kiss, en papel, para todo México y en Amazon para todo el mundo.

“Una café no se le niega a nadie” es un relato que editó y publicó Editorial Planeta bajo el sello Zafiro.

“¿A cuántos centímetros de ti?” fue autopublicado en octubre de 2014 y en marzo de 2016 tuvo su oportunidad en papel con Librománticas, en 2017 se editó y publicó en Ediciones Lee. En septiembre de 2019 se lanzó en portugués y en mayo 2020 en inglés.

A finales de 2015 participó de la antología solidaria “54 corazones tras la esperanza”.

Tras una pausa de tres años, en diciembre de 2018 participó en la antología erótica “Un cóctel para recordar”.

En febrero de 2019 participó en la antología solidaria “Sensaciones Divinas” del grupo de Facebook Divinas Lectoras.

En julio del 2019 participó de la antología erótica “Sinfonías en la piel”.

En septiembre de 2019 participó de la antología “Con amigos, todo es posible” junto a sus compañeras del Septiembre Romántico y Rioplatense.

En abril de 2021 participó de la antología “Rockeando la vida” ideada y organizada por Natalia González Villoldo de Librománticas.

En septiembre de 2022 participó de la segunda antología junto a sus compañeras del

Septiembre Romántico y Rioplatense “Mujeres que se atreven”.

En junio de 2023 publicó “Elegí ser feliz” un compendio de cinco historias independientes, pero interconectadas.

"Veintiséis puertas" es su cuarta novela.